

INTRODUCCION A LA AMERICA CRIOLLA

Jorge Abelardo Ramos

América Latina ha sido siempre tributaria del mundo europeo; Estados Unidos se agregó más tarde a la constelación de las grandes potencias que veían en el Nuevo Mundo una gran reserva colonial. La subordinación indicada no fue solamente económica: las grandes fuerzas internacionales elaboraron cadenas más sutiles y efectivas. Para perpetuar su control económico y político se deformó la tradición histórica, se crearon centros políticos diversionistas, e ideologías sustitutivas se opusieron a la formación de una verdadera ideología nacional latinoamericana. Así fue como el marxismo, el nacionalismo y las tradiciones democráticas sirvieron para fines totalmente distintos a aquellos que habían justificado su existencia y desenvolvimiento en los grandes países metropolitanos.

Se hizo necesario reelaborar una visión totalizadora del pasado y del presente, en el orden de la economía, de la historia, de la política y la cultura, para que América Latina readquiriera su conciencia perdida. Ediciones del Mar Dulce se propone recoger, sin ninguna clase de limitaciones de partido o facción, las mejores contribuciones a esa tarea, lo cual significa, en el orden de las ideas, satisfacer los mismos propósitos buscados en el siglo pasado por San Martín y Bolívar por medio de las armas. Cada generación es llamada por las voces de un destino. Quizá a la actual le corresponda acometer y coronar la vasta empresa sanmartiniana y bolivariana con las ideas y las fuerzas del siglo XX.

Capítulo 2

Martín Fierro y los bizantinos

No ofrecemos al lector una exposición sobre literatura pura: ni los esfuerzos de la química han logrado situar nada en estado específico. La impureza, por el contrario, es el *modus* constante de la naturaleza, de las letras y también de la política. Todas las tentativas de “purificar” algo concluyen generalmente en su esterilización. Nuestro tema será en consecuencia lo nacional y lo europeo en la literatura argentina y, por implicación, en la formación del pensamiento nacional latinoamericano. Un entrelazamiento tan atrevido en apariencia entre la cultura y la política causará repulsión a no pocos intelectuales. ¡Si lo sabremos! Un franco debate de este género demostraría el divorcio de una parte de nuestra inteligencia respecto del país en que viven. Su poliglotismo espiritual rechaza en el territorio subordinado lo que constituye el asunto habitual en la metrópoli europea, esto es, la más enérgica y apasionada polémica sobre las letras y sus fines.

En las ciudades imperiales la interacción de la política y las letras se ejerce sin disimulos. Es un fenómeno cotidiano. Resulta completamente natural en París que Camus polemice con Sastre sobre la cuestión de si el primero expresa en sus escritos la influencia norteamericana o sobre si el autor de *La Náusea* se ha convertido en un criptostalinista. Esta discusión, inocua por otra parte, es un espectáculo regular en una nación imperialista que cuenta con ciudadanos de primera clase, y cuya riqueza material posee la contrafigura de una variedad incesante de tendencias estéticas. Pero como esta nación, del mismo modo que

Inglaterra, Estados Unidos, Alemania o Italia, exporta a los países atrasados los episodios de su creación espiritual junto con sus productos técnicos, a aquellos no les queda más remedio que aceptarlo todo: las máquinas de escribir, el nylon, las ediciones de lujo, el pensamiento, y los roedores del pensamiento.

También se importan las polémicas. Si para los franceses una exégesis de Rilke, de los acuarelistas japoneses o de los románticos alemanes, constituye parte de su formidable aventura intelectual, de su sabia vejez como raza, para nosotros supone la postergación de tareas espirituales infinitamente más urgentes e imprescindibles. Pero basta reflexionar un momento para caer en la cuenta que ese “universalismo” europeo es más aparente que real. Para un francés o un inglés culto no existe nada más interesante que leer libros sobre su propio país. Y, si es posible, sobre su propio pueblo natal. El auge de la novela regional en Francia testimonia ese hecho que ha dado su fama a Giono. Los elementos exóticos en los asuntos de la literatura francesa son accesorios a su movimiento fundamental, que gira sobre el eje de la propia nación y se refieren generalmente al Oriente colonizado por las empresas militares del país. Así nació en otro tiempo el ciclo de Pierre Loti o Paul Morand. El largo brazo imperial permitió la creación de filiales ultramarinas en el folklore afrancesado de Madagascar, la Martinico o Guadalupe. Pero el elemento distintivo de las literaturas europeas, en general, es la investigación y creación constantes sobre sí mismas, producto de un genuino orgullo nacional y de una riqueza histórica también indiscutible. Aquí nos aproximamos al centro de nuestro problema.

En Europa no hay falsos ídolos, o para decirlo mejor, la crítica renueva los altares. Claudel declara sin cortesía que “Gide es un delincuente” o Papini escribe que “Sastre es un animal escribiente y vociferante”. En esas naciones viejas, estratificadas en tantos aspectos, las rebeliones estéticas o las formas más corrosivas del análisis se ejercen libremente, por obra de las fuerzas discordantes fundadas en el cauce de una gran tradición común. En nuestro país por el contrario, ningún prestigio parecería resistir un examen despiadado, si juzgamos por la ausencia de una crítica o la naturaleza conservadora de nuestros santones letrados. Resultaría un verdadero acontecimiento en la Argentina que alguien que se propusiese acusar a Ricardo Rojas de haber olvidado sus ideales de juventud, por ejemplo. Postulaba en ellos una visión nacional de nuestra cultura. ¿Quién le reprocharía- digamos- su postración ante la camarilla mitrista y su vetusto altar de “La Nación”, que ahora pasea su sahumero por el rostro del autor de *La restauración nacionalista*? No olvidemos, sin embargo, la importancia de Rojas en la historiografía de las letras argentinas, que el sombrío Groussac ridiculizó. Le resultaba intolerable al célebre bibliotecario y polígrafo francés imaginar siquiera la existencia de una literatura argentina. Declaraba fantasioso e inútil, en consecuencia, escribir una historia de ella.

Otros santones, esta vez de estirpe anglosajona, lo han reemplazado en el crédito público. A la crítica de los mandarines cosmopolitas se consagra el presente trabajo.

La “colonización pedagógica”

Para Spengler toda gran unidad de cultura, históricamente aparecida, es la expresión de un “alma cultural”. Para una semi-colonia, esa alma cultural se traduce, básicamente, en la aparición de un impulso hacia una conciencia nacional autónoma. Pues el fundamento primero de toda cultura, en el sentido moderno de la palabra y no por cierto en el dominio tecnológico, es una afirmación de la personalidad nacional, que tiende a propagarse en su primera fase en el ámbito de una ideología propia y que puede o no contener implicaciones estéticas inmediatas.

En los países tributarios los problemas de la cultura revisten una importancia especial. A nuestro juicio aún no ha sido analizada de manera satisfactoria. Es digno de observarse que en las naciones coloniales, despojadas de poder político directo y sometidas a la jurisdicción de las fuerzas de ocupación extranjeras, los problemas de la penetración cultural pueden

revestir menor importancia para el imperialismo, ya que sus privilegios económicos están asegurados por la persuasión de su artillería. La formación de la conciencia nacional en este tipo de países no encuentra obstáculos. Por el contrario, es estimulada por la simple presencia de la potencia extranjera en el suelo nativo.

Esto no impide, por cierto, que en Liberia, por ejemplo, la clase negra dominante, descendiente de los esclavos libertos que abandonaron Estados Unidos después de la guerra de Secesión y que expropiaron a los verdaderos nativos, se sienta norteamericana y lea a Faulkner, del mismo modo que la oligarquía bostoniana se creía inglesa en el siglo XIX. Es bien cierto que, aún en los países coloniales, la influencia cultural imperialista se ejerce sobre todo en aquellas capas sociales ligadas a los beneficios de la explotación del país. En los círculos nativos privilegiados del Sudán se admira a Eliot y sus hijos aprenden una dicción perfecta del inglés moderno en las aulas de Oxford. Lo mismo puede decirse de las castas parasitarias de Puerto Rico, que envían a sus vástagos a estudiar a Estados Unidos. Se consideran norteamericanas y desestiman a sus compatriotas de raza y de lengua.

Los mencionados ejemplos no alteran nuestro pensamiento anterior, esto es, que el imperialismo en los países coloniales otorga mayor importancia a su policía colonial que a su literatura clásica. Pero si en la colonia de Kenya la policía reemplaza a Eliot, en la tradicional semicolonia de la Argentina, Eliot suplanta a la policía colonial. ¿Se trata de un plan elaborado? No. El imperialismo no es un edificio, un comando en jefe o una sección de planificación. Es una relación entre cosas. El influjo cultural del “imperium” nace de su propio poder mundial y de la educación del gusto por lo ajeno (que es lo prestigioso semi-sagrado) de los grupos privilegiados en las colonias y de ciertas clases medias sometidas a la hipnosis del patrón cultural hegemónico. El resultado es sofocar la aparición de una conciencia nacional, punto de arranque y clave de toda cultura.

En la medida que la “colonización pedagógica” no se ha realizado (según la feliz expresión de Spranger, otro imperialista alemán), sólo prevalece en la colonia el interés económico fundado en la garantía de las armas. Pero en las semicolonias, que gozan de un *status* político independiente decorado por la ficción jurídica, aquella “colonización pedagógica” se revela esencial. Aparte de los lazos creados por la dependencia financiera, la diversión cultural cosmopolita (parnasiana o “marxista”) es ineludible para soldar la armadura de la enajenación. El dominio imperial se sutaliza. De este modo, Borges es una especie de travieso Gobernador local bilingüe. En la India de 1842, el gobernador Roberts dijo unas palabras sugestivas: “Nadie puede imaginar lo difícil que es gobernar sin la ayuda de los intermediarios nativos”.

La “inteligencia” argentina, por así decir más reputada y la juventud universitaria han sido víctimas predilectas del sistema. Han asimilado los peores rasgos de una cultura antinacional por excelencia. Las condiciones históricas descritas presidieron la formación de nuestra “élite” intelectual. Su función es clara: ser fideicomisaria de valores elaborados por Europa y que Europa manipula en su propio beneficio.

La cultura satélite bilingüe

La europeización de cierto segmento de la cultura argentina no constituye un fenómeno local. Si el cristianismo difundió su influencia en los límites marcados por la expansión del imperio romano, la europeización de la cultura mundial ha seguido los caminos de las aventuras imperialistas. El siglo XVIII fue reconocidamente un siglo francés. Es la Europa francesa, el siglo de las luces. Las luces provenían de Francia, lo mismo que la Revolución, las mujeres, las modas, la lengua de la diplomacia y toda suerte de vicios públicos y secretos, incluyendo enfermedades de la sangre. En cambio, el siglo XIX fue inevitablemente el siglo que contempló el apogeo de la edad victoriana, o sea el siglo británico por excelencia: la gloria naval, el té de la india a las cinco, el criquet y la equitación, los modales reservados y el corte inglés., la Bolsa, en fin, casi todo lo que puede

exigir un verdadero caballero a la vida, aunque sea un ricacho de la Pampa o un Príncipe hindú agobiado de joyas. Debía corresponder a los Estados Unidos el monopolio del siglo XX y aunque los frutos del nuevo poder, además de la tecnología, se repartieron entre las modas alimenticias, las gaseosas y el “rock”, el sello del “imperium” en algunas novelas y cuentos breves imprimió sin duda su peculiar carácter a las letras de nuestro tiempo. Pero no se trata de la influencia mutua que los estados dan y reciben en la historia del mundo. Francia lo ha entendido muy bien cuando inicio en 1980 una batalla en regla contra la influencia y la difusión de la lengua inglesa en suelo francés. Este rechazo define claramente y no en un sentido negativo el nacionalismo francés y pone al desnudo la permeabilidad de la semi-colonia argentina que se somete pasivamente a todas las influencias a condición de que ellas sean extranjeras.

Hubo una época que en la corte de la Rusia Zarista, en los círculos aristocráticos de Rumania o de Polonia y en general en toda Europa oriental, se hablaba únicamente el francés. No era ajena a esta predilección idiomática la influencia que el capitalismo francés ejercía en esos territorios ricos de historia y de tradición espiritual. Nuestras clases por así decir “cultas” han imitado esas costumbres propias de los pueblos vencidos, a quienes se les impone un traje, un tipo de comida, una literatura y una lengua.

Nuestra “inteligencia” colonial, educada en esta escuela de imitación, expresa invariablemente su aversión a una teoría de lo nacional. Por lo demás, acepta el nacionalismo de los europeos, esto es el nacionalismo imperialista de un Eliot o de un Valéry, cuyo tema constante es la averiguación de las hazañas culturales o históricas de su propio país. Pero rechazan al mismo tiempo el derecho de reivindicar o desarrollar nuestra propia tradición nacional, sin cuya afirmación no puede probarse el derecho de un país a ser su propio dueño. Es imposible acusarla de incoherencia. La formación de gran parte de nuestra *intelligentsia* fue dirigida desde el extranjero.

Al propio Eliot no se le escapa que

“La inequívoca cultura satélite es la que conserva su lengua aunque está tan estrechamente asociada y subordinada a otra, que no sólo ciertas clases, sino todas, tienen que ser bilingües. Difiere de la cultura de la pequeña nación independiente en este respecto: que en la última es generalmente necesario que sólo algunas clases conozcan otra lengua.”

Eliot se refiere en el primer caso a una colonia: en el segundo, a una semicolonía. El escritor inglés conoce su clientela. Por otra parte, posee una lucidez perfecta con respecto a la posición del Imperio británico en el seno del mundo colonial. Como es natural, su objetividad reposa en los intereses que defiende. No difiere de esto de Kipling. Si el poeta de la era victoriana cantaba las hazañas del fusil de repetición ante la resistencia de las lanzas sudanesas, al poeta del premio Nobel le toca presenciar el hundimiento inexorable del Imperio y sólo le resta especular sobre la gloria pasada y su crisis actual:

“Nos quedamos con la melancólica reflexión – escribe- de que la causa de esta desintegración (de la cultura hindú) no es la corrupción, la brutalidad, la mala administración: tales males han desempeñado sólo un papel pequeño, y ninguna nación dominadora ha tenido que avergonzarse menos que Gran Bretaña a este respecto; la corrupción, la brutalidad y la mala administración prevalecían en la India antes de la llegada de los británicos; y por lo tanto su práctica ya no podía perturbar la forma de la vida indostánica.”

Hasta aquí, Eliot. Según vemos, este poeta no oculta su nacionalismo; admira y justifica el genio británico. Prescindiendo de todo análisis particular de su obra que dejamos a los especialistas, nos importa destacar que se trata de un escritor nacional, como Valéry o como en el campo de la morfología de la literatura son Spranger o Spengler. Maestros de la literatura europea, con cuyos patrones se ha escrito la nuestra, estas figuras irradiaron su influencia en la dirección señalada por el avance mundial del imperialismo. Jamás ignoraron la trascendencia política de la cultura que representaban. Impecables testimonios de esa

perspicacia imperialista son Eliot y Valéry ¿Por qué no reclamar a nuestros intelectuales colonizados una consecuencia equivalente?

La crisis de la afirmación y la literatura pura

La perplejidad del mundo intelectual en la Europa burguesa se expresa irrefutablemente por la disolución de todas sus formas y concepciones tradicionales. Desde hace años está proclamada una verdadera “crisis de la afirmación”, una proscripción de lo real, una religión de la oscuridad, un sacerdocio de las sensaciones y una decisión de concebir la literatura como una actividad específica. Tales son algunas de las puntualizaciones del ensayo de Julián Brenda sobre la literatura pura. En efecto, para el mundo espiritual del occidente capitalista no resta otro recurso en su ocaso que refugiarse en sí mismo. Renegar de la vida y aislar a la literatura de la crisis social que la envuelve, he aquí la postrera solución.

Por supuesto que este procedimiento no hace sino reintroducir la crisis en el núcleo mismo de la cultura. Si la crisis europea se expresa en el horror a lo real, en una aversión semejante, que nadie mejor que Valéry ha reflejado al exclamar que “entramos en el porvenir retrocediendo”, se funda justamente el carácter subordinado del “intelectual puro”. La vieja tradición que soñaba en un literato puro nimbado con aureolas sacerdotales no ha desaparecido del todo, por lo menos bajo ciertas formas. Esta idea ha nutrido en Europa la creencia de que los intelectuales deben formar parte de una *élite* privilegiada dentro de una clase dominante, situada a su vez en la cumbre de una sociedad estratificada y jerarquizada. El profeta de este sueño reaccionario es Eliot. Por supuesto que sus creencias individuales carecerían de importancia si este escritor británico no generalizase las opiniones del imperialismo, que necesita poner a su servicio de manera exclusiva a los intelectuales, maquillando su servilismo con una ilusión. La función social de estos últimos es menos independiente que nunca y sus virtudes paralizantes, sobre todo en los países semicoloniales, equivalen a varios regimientos de rifles canadienses. Desde este punto de vista Eliot escribe, más que para la metrópoli misma, para las colonias y zonas periféricas de Inglaterra. En el territorio inglés, los ciudadanos de esa Atenas imperial están actualmente demasiado preocupados en calcular su frugal almuerzo diario como para meditar en el destino platónico de sus escritores. El pensamiento de Eliot y en general de los apóstoles de la literatura pura, encuentra su mejor campo de difusión en países como la Argentina. La paradoja consiste en que nuestro país ha dado varios pasos audaces en la Revolución Nacional, pero esta revolución peronista ha sido incapaz hasta hoy de librar la batalla intelectual decisiva.

El intelectual es incapaz de confesar que su salario depende de sus opiniones y que el odiado burgués u oligarca lo tienen tomado por el cuello. Ante las dificultades, el filósofo o el poeta resuelven que el mundo les produce asco. Huyen de él y diseñan en el aire signos mágicos. Disuelven la poesía en la música y transforman la literatura, en un sistema criptográfico. En definitivas cuentas la literatura, que en su mejor tradición fue un medio de comunicación estética entre todos los hombres, se ha convertido en manos de estos falsificadores en un método de incomunicación. Se escribe para escritores. Solo entienden los iniciados en la religión secreta. El despotismo ilustrado o seudoilustrado de este lenguaje esotérico posee la curiosa característica de pretender infligir a la prosa una calidad intelectual rigurosa; la triste verdad es que sus propios autores no pueden explicarse al lector. La oscuridad es su reino. Tal es uno de los rasgos distintivos de la mayor parte de la literatura contemporánea:

Benda escribe:

“Precisamente es esta estima por el pensamiento personal únicamente lo que manifiesta Proust cuando promulga: “todo lo que era claro antes de nosotros, no es nuestro”, Suares, cuando decreta. “Pensar como todo el mundo, es pensar estúpidamente”;

Alain cuando cree abrumar a sus adversarios porque afirman "pensar en coro". Puede aseverarse que para esta escuela, pensar individualmente que dos y dos suman cinco, encierra más valor que pensar "en coro" que suman cuatro.

Mallarme confesaba que

"La literatura a la que mi espíritu exige una voluptuosidad sería la poesía agonizante de los últimos momentos de Roma."

Es muy posible que el estado actual de la sociedad francesa sugiera la consagración de una escuela semejante. América Latina no quiere agonizar sino vivir sin agonía.

Según Benda, los caracteres que distinguen a la literatura moderna europea son los mismos que los atribuidos a las literaturas llamadas de decadencia, particularmente en Roma y Grecia. Dicho autor resume así esos rasgos: el culto de la obra breve, desprecio de la gran inspiración; la perfección de la forma enmascarando la pobreza del fondo; el trabajo artístico supliendo a la inspiración; la ausencia de generosidad; la profusión de las doctrinas irracionales y místicas; el prestigio de una literatura mágica. En relación con esto Benda cita unas palabras de Sainte Beuve:

"De ahí que el hombre culto se haga raro, y la agudeza, el falso hombre y la pretensión ocupen su lugar."

Por cierto que estos fenómenos encuentran en Europa un terreno para el debate. Al contrario, ninguna discordia se plantea en la Argentina. Nuestra literatura más prestigiosa es un cenotafio; la presunción oculta el vacío; nada conmueve nuestras tumbas.

Algunos críticos confían en el regreso a la religión para restaurar el eje espiritual clásico. Otros afirman que la creciente oscuridad de la poesía y la literatura se deriva de un agotamiento de las posibilidades de la lengua: varios siglos de creación constante habrían originado un desgaste de las palabras y los ritmos.

El poeta se vería obligado a rehacer inevitablemente los instrumentos de su arte, a organizar la confusión y a replegarse en un aislamiento creciente, puesto que la oscuridad lograda promueve un auditorio restringido, formado generalmente por los mismos artistas, que se influyen entre ellos y pierden contacto con el mundo.

Procesos reales en Europa, se desfiguran en Argentina, que no ha experimentado sus episodios precedentes. El virtuosismo de un mundo agotado se instala entre nosotros, reemplazando una expresión nacional genuina. Ha nacido de ese modo todo un género atormentado (de una complejidad apócrifa) inasimilable por nuestros pueblos. Recién nacidos a la vida histórica, ellos reclaman una literatura objetiva y manifiesta. Nuestros escritores más afamados, nutridos de una metafísica ajena, exponen una angustia estetizante, bendecida por Kierkegaard pero sorda y ciega ante la realidad del continente sumergido, esta Atlántida visible subyugada por el imperialismo y excluida de la vida. ¡Qué cantera para el drama, que tema para un nuevo orbe artístico! Pero la sociedad oligárquica no ha dejado en su estela histórica más que parálisis, manías imitativas, poesías traducidas, argentinos indiferentes con su país.

Al cabo de miles años de existencia. Europa adoptó el sistema capitalista. Al desvanecerse las posibilidades internas a ese régimen. Inglaterra pudo producir un Eliot, que mira hacia el ayer con desconsuelo, con una especie de nostalgia feudal. Eliot está en completa libertad de introducir en sus obras numerosas citas en idiomas extranjeros, del mismo modo que Ezra Pound, cuya sobreabundancia de erudición avergonzaría a Borges; pero si estos ingredientes librescos matan a la poesía actual y la convierten en un producto para sibaritas, al menos Eliot es profundamente inglés. Tiene, por añadidura, la ventaja de que hasta puede olvidarse de serlo; la cultura nacional británica ha logrado todos sus fines, puesto que la nación inglesa no sólo se ha constituido, sino que ha comenzado (en cierto sentido histórico) a desintegrarse.

El caso de Borges es enteramente diferente. Esto es natural ya que varía el estado cultural de nuestros pueblos y son otras sus exigencias. La presencia de Kafka o de Kierkegaard en estos escritores argentinos no es menos artificial, y revela que aquella estética que para los europeos es la etapa final de sus vísperas, para nosotros parece ser el capítulo primero – símbolo de una dependencia espiritual sofocante-.

Wladimir Weidllè ha escrito a propósito de Kafka y sus epígonos palabras que merecen transcribirse:

“Cuanto más avanzamos en la lectura, más nos convencemos – la impresión se agudiza hasta llegar a ser casi insoportable en el último capítulo de América- de que asistimos al desenvolvimiento de una alegoría muy sutil, cuyo sentido oculto estamos a punto de adivinar. Ese sentido lo necesitamos, esperamos que venga; la espera se hace dolorosa, estamos como en medio de una pesadilla un segundo antes de despertar- pero nos despertamos y el fin del relato no explica nada-. Estamos condenados a lo absurdo, debemos errar indefinidamente en el laberinto sin salida de la existencia; y de repente comprendemos que es esto lo que quería decir Kafka y no otra cosa. La vida no es sino tiniebla; y aquí cuadra repetir una vez más que ya no se trata de la penumbra del sexo, del nacimiento de la noche original, sino de las tinieblas negras de la muerte.

Un resignado odio hacia la vida, tal es el pensamiento que Kafka ha expresado artísticamente en su obra. En apariencia, esta vasta metafísica de lo absurdo, esa meditación de la nada, parece rechazar toda relación con raíces terrestres; sin embargo, hasta el propio Kafka no puede ser explicado sino a través de sus características nacionales y raciales. Sus libros debían ser inevitablemente los de un centroeuropeo, más precisamente los de un judío de Praga: había percibido intensamente el despliegue declinante del universo europeo tradicional, su pronunciamiento a la anarquía, la pérdida de toda esperanza. La primera guerra mundial lo marcó profundamente, como a toda su generación, y volvió real su desequilibrio potencial. El ahogo racial, la asfixia de una nación triturada, el ingreso a la descomposición de todo un mundo hizo de Kafka lo que es. Desde Goethe sabemos que un artista no engendra la realidad sino a la inversa. La desolación planetaria de Kafka es el reflejo vacilante del mundo desolado, o dicho en términos menos literarios, de la sociedad capitalista en bancarrota.

¿Por qué esas corrientes poseen una influencia tan notable en la literatura argentina? La razón más válida es que nuestra literatura no es sino parcialmente argentina, sino que prolonga hasta aquí las tendencias estéticas europeas. Su misión es traducir al español el desencanto, la perplejidad o el hastío legitimados por la evolución de la vieja Europa. Weidllè comenta así este proceso de kafkismo universal:

“Kafka obedeció únicamente a su instinto estrecho pero infalible en la dirección que tomó una vez por todas; otros han querido erigir en principio, en método lo que para él fue una experiencia enteramente personal y profundamente vivida; y eso explica por qué las fuerzas destructoras que él ha sabido poner al servicio de su arte y que ha encarnado en su obra, han destruido el arte de los otros y hasta les ha prohibido realizar una obra.”

Estamos ante una observación definitiva. Podría agregarse que nuestros escritores, si bien están al corriente y en cierto sentido forman parte de la literatura europea, lo hacen del modo más cómodo posible. Los poetas argentinos que más se ocupan de lo mágico, lo angélico, lo delirante o lo metafísico, están a mil leguas de rehacer en sí mismos todos los procesos de iconoclastia, enfermedad y locura que dotaron al arte europeo de artistas en estado salvaje. Nuestros intelectuales traducen pasiones ajenas: desarraigados, sin atmósfera – sombras de una decadencia o de una sabiduría que otros vivieron-. De ahí que la literatura argentina posea este carácter gris, igualitario y pedante que hasta o irrita. Si esta descripción posee algún valor, ella nos permitiría comprender el papel jugado por Victoria Ocampo en nuestra vida literaria.

Numerosas razones han producido en Europa la declinación cultural que comentamos. La más importante es la crisis orgánica de la civilización capitalista en su conjunto, que

arrastra en su caída a los valores que la burguesía heredó o produjo en el período de su ascenso triunfal. Esta crisis espiritual no puede ser revertida por medios estéticos ni por una inmersión religiosa. La solución está en manos de la política, puesto que la raíz del problema tiene esa índole. Pero, ¿Qué diremos, en cambio, del reflejo sombrío que esa cultura espléndida y agonizante ejerce sobre la literatura argentina? ¿Qué diremos de la combinación fatal de un pensamiento anti argentino formulado con las recetas de un aristocratismo hermético? El prestigio adquirido en la literatura de nuestro país por todas las modas místicas o semimísticas corre parejo con el respeto hacia lo original, lo secundario y lo abstracto; un clima nauseabundo de banalidad arrogante reina en nuestras letras. Lo universal no pasa a través de estas oscuras literaturas de importación falseadas hasta la médula.

Naturaleza antinacional de nuestra burguesía

Una confabulación espontánea pero engendrada, sin embargo por las necesidades objetivas de la vieja oligarquía, ha exterminado en poco más de medio siglo todos los gérmenes de un pensamiento nacional. Derrotado el imperialismo en este sector de América Latina, no ha sido aniquilado aún su predominio cultural. Esta revancha sutil no es menos peligrosa para la juventud argentina que el puño de hierro de la contrarrevolución imperialista abierta. Por el contrario, es allí, en el campo de una teoría de lo nacional donde es preciso vencer. Tomemos como ejemplo el caso norteamericano. Estados Unidos fue un país colonizado por los inmigrantes ingleses, que en pocas generaciones logró un desarrollo capitalista. Si bien es cierto que no produjo todavía una cultura con rasgos propios, ha adquirido ya una conciencia nacional. ¿Cuál es el elemento predominante de esta conciencia? La aspiración a la hegemonía mundial, el orgullo del poder, la decisión de imponer su ley a todos los pueblos del mundo y en primer lugar a América Latina.

Es bien evidente que el vertiginoso avance técnico norteamericano le ha exigido desembarazarse de toda la influencia ideológica británica y elaborar a marchas forzadas una poderosa conciencia de nación imperialista.

¿Cuáles son nuestras defensas culturales frente a este coloso? ¿Corresponde nuestra “inteligencia” al desarrollo actual del país o es un amargo reflejo de la era oligárquica, aislada del pueblo y hostil hacia sus conquistas? Debemos convenir que la aspiración de Alejandro Korn (“tengamos una voluntad nacional, luego hallaremos fácilmente las ideas que la expresan”) no se ha cumplido, en lo que concierne a la clase intelectual, incluyendo también a alguno de sus discípulos. Existe un abismo entre la infraestructura de la sociedad y la superestructura en nuestro país. El triunfo económico del nacionalismo sobre la oligarquía terrateniente no ha trascendido al dominio político por la hostilidad y la ceguera antinacional de la burguesía. Pero tampoco se expresa en el dominio teórico, donde la oligarquía y su mandarinato aún prevalecen.

Ya Juan Ramón Peñaloza ha tenido oportunidad de señalar las características históricas que presidieron la formación de la burguesía industrial argentina. Nos permitiremos evocar algunas líneas:

“Esta burguesía está compuesta en gran parte de extranjeros imbuidos de cultura extranjera, y que no han tenido tiempo de asimilarse ideológicamente al país en que viven, el cual por otra parte, no estaba en condiciones, debido a su carácter semicolonial de ofrecer una cultura autóctona moderna. Dependiendo como depende del imperialismo para proveerse de materias primas, combustibles, equipos, maquinarias y procedimientos técnicos, nada teme más que privarse de esa fuente si da algunos pasos atrevidos; el continuo contacto que por este motivo mantienen con él refuerza aquel extranjerismo ideológico. Frente al criollo hijo de la tierra, considerase más bien como una parte de la burguesía europea o yanqui y comparte el odio colonizador, el menosprecio hacia el nativo y hacia las posibilidades del país, que caracterizan al imperialismo. Sólo una fracción menor

de la burguesía nacional se integra generalmente a la causa de la Revolución Nacional, aunque le transmite generalmente sus limitaciones y su codicia de clase tardía.”

Es preciso promover la formación de una inteligencia nacional que encuentre en el interior del vasto país latinoamericano las fuentes de su inspiración creadora. Espontáneamente, el sistema cultural de la factoría, generalmente teñido de “izquierdista” para disimular su perversa índole, empuja a los intelectuales euro argentinos a calificar de “nacionalismo reaccionario” una tentativa semejante. Es que su misma existencia se encuentra entrelazada con el folklore europeo o sus mitos nacionales. Podría observarse que esos mitos europeos se producen ya como formas de una decadencia, como todo lo precioso, lo singular y lo raro, mientras que nuestras propias creencias aún no han nacido o son tan antiguas que se las ha olvidado. Pero tampoco propongo crear un santoral autóctono; por el contrario, tratase de destruir una ideología antinacional tanto en el plano de la historia escrita como en el de las letras. La parte pensante del país ya sabe en qué clase de muerto civil quisieron convertir a Manuel Ugarte; y el país entero también sabe que la nueva generación revolucionaria no permitirá nuevos entierros de ese género. Hay temas argentinos, los más argentinos de todos, que son verdaderos tabúes para nuestros escritores. Aún está por escribirse una genuina biografía de Mitre, el exterminador de los caudillos populares y organizador de la guerra del Paraguay por cuenta del capital europeo. Bien sabemos todos que aquel que se atreva a situar a Mitre en el proceso histórico del país tendrá cerradas para siempre las puertas de “La Nación”, prohibido su nombre en la revista “Sur”. El audaz será definido como “nazi” o “rosista” por esas vacas sagradas de la Argentina de ayer.

La formación de esta intelectualidad argentina fue condicionada por el imperialismo desde la victoria de Caseros. Resulta, pues, completamente lógico que sus miembros hagan profesión de fe “internacionalista” o “universalista” frente a todas las tentativas de reevaluar nuestro pasado o de transformar nuestro presente. Amparándose tras de una cultura apolillada, que no inspira ya respeto ni en Europa, protegen su vaciedad con el escudo de un hermetismo literario o seudofilosófico que retrata no sólo la profunda confusión del Viejo Mundo, sino ante todo su propia impotencia creadora.

Ni crítica, ni literatura

Carentes de una compenetración con la mejor tradición argentina, que es el método más válido para entroncarse con la tradición latinoamericana de que formamos parte, los concesionarios de la cultura se divierten con el lunfardo porteño o con cierta idealización del compadrito de orillas, mitad delincuente, mitad guapo, cuyo lenguaje ritual complace a Borges y a gran parte de la juventud intelectual. El tango participa de dicha divinización equívoca, cuyo exotismo debe atribuirse tanto a los ingredientes de la cárcel como a las fuerzas inmigratorias. Aquí se detiene todo ese argentinismo intelectual, tributario, como se ve, de los gustos europeos, deseoso de encontrar color nativo o rarezas dialectales a todas las aberraciones de una gran ciudad sudamericana. Con la frecuentación o estudio de este idioma del delito, que en modo alguno puede asimilarse al lenguaje popular de Buenos Aires, se pretende argentinizar una prosa con elementos foráneos al país real. No otro es el significado de la presencia del compadrito en la obra de Borges o en los gustos de ciertos círculos intelectuales de Buenos Aires.

La vida intelectual argentina sufre de la ausencia de una crítica; pero no puede nacer una crítica sin una literatura. Sería poco serio designar con ese nombre a comentaristas ocasionales que añaden al lector un nuevo factor de confusión a los libros de suyo confusos y oscuros que regularmente hacen su aparición en la Argentina y que merecen los halagos de la sociedad literaria. La crítica de ideas no existe en el país. No insistiré sobre la única razón evidente, esto es, que del extranjero se importa todo: la literatura y la crítica de la literatura. Aquí se recocina el conjunto y, si es posible, se lo hermetiza más aún. Una ley no escrita gobierna la llamada “crítica bibliográfica”, generalmente anónima. Esa ley es el mudo

desprecio o el vacío hostil hacia toda obra genuinamente argentina. Cuando es virtualmente imposible silenciarla del todo, se la comenta en términos abstractos que estimulan la indiferencia del lector hacia el autor y la obra. Los libros extranjeros o nacionales destinados a glosar el pensamiento o la literatura extra nacional, merecen en cambio una atención preferente, comentarios elaborados y atrayentes, dignos de aparecer en los países de procedencia. Pero será inútil buscar en estos comentarios una sola idea que contribuya a fortalecerlos como Nación.

A este género de comentaristas más o menos literarios le parece suficiente discurrir con erudito aburrimiento acerca de Keats, Joyce o Michaux (con abundantes citas en inglés y francés) y volcar toda la charla sobre una sorpresiva alusión a Sarmiento para que la indigerible página adquiriera una significación nacional. Las revistas literarias y los suplementos dominicales ejercen un manipuleo indistinto de cuanto detritus formal o filosófico desecha Europa; con estas operaciones de virtuosismo inerte se ha hecho la fama de nuestros héroes locales en los círculos que se consideran a sí mismos “intelectualmente privilegiados”. Toda esa bufonería ha envenenado las fuentes de nuestra actividad creadora, que ha trocado la literatura de ficción en una ficción de la literatura.

Afirmamos que el incierto porvenir de nuestras letras no puede cifrarse en su parálisis actual. Para los escritores argentinos ha llegado la hora de enterarse que una revolución recorre el continente y que Europa ya nos ha dado cuanto podía esperarse de ella. La madurez espiritual e histórica de América Latina exige una segunda emancipación.

Muerte y desfiguración del “Martín Fierro”

En épocas lejanas hasta los estadistas argentinos traducían al castellano los clásicos ingleses. En nuestros días Borges califica a Hudson y a los viajeros ingleses (miembros del Intelligence Service de la época) como proveedores de una literatura argentina muy superior al *Martín Fierro*. Ezequiel Martínez Estrada, más cauteloso, coincide esencialmente con Borges, agregando por su cuenta a nuestro poema nacional inverosímiles asimilaciones con *La muralla china o la divina comedia*. *Martín Fierro* es para Borges (denigrador irónico de todo lo argentino) la crónica de un compadrito y cuchillero, pependenciero y semiladrón. En algunos aspectos sitúa a Hernández por debajo de Ascasubi. Todo lo cual bastaría para trazar un cuadro bastante completo del mundo espiritual de Borges y sus prejuicios políticos, si este autor no nos proporcionara muchos otros testimonios directos.

Lugones llamó al *Martín Fierro* “poema épico”. Las reiteradas sátiras de Borges contra esta calificación y contra el responsable de ella (en la medida que Lugones intentó refundar una literatura nacional, encuentra en Borges un implacable crítico) nos permiten ver que para el conjunto de la clerecía intelectual cuyo intérprete es el autor de *Ficciones*, la tragedia de *Martín Fierro* no ha logrado desprenderse del inconsciente colectivo de la oligarquía. Son los victimarios del gauchaje quienes se expresan en la sorda invectiva de Borges, aquellos que barrieron a los gauchos alzados o sometieron como peones de estancia a sus hijos. El poema de Hernández canta el réquiem de los vencidos por la oligarquía probritánica de la época, eliminados por el Remington y el ejército de línea, expulsados hasta más allá de la línea de fronteras. Fueron los lingüistas posteriores y los profesores universitarios del género de Capdevila los que cubrieron el rostro de *Martín Fierro* con su erudición de diccionario para volverlo irreconocible.

La interpretación del *Martín Fierro* parece establecer la prueba decisiva para situar a un escritor adentro o afuera de la tradición nacional. El divorcio que generalmente se realiza con respecto al poema y la vida de José Hernández (sus luchas políticas de federal democrático), es una notable prueba suplementaria del espíritu de cálculo de la oligarquía y sus sacerdotes cosmopolitas.

Característicos representantes de una inteligencia extra nacional, Borges y Martínez Estrada serán examinados en las páginas siguientes como figuras simbólicas: críticos del *Martín Fierro*, el poema nacional permitirá juzgarlos.

Borges desciende de una abuela inglesa y de un coronel unitario; su ámbito natural es Buenos Aires. Ha vivido siempre de espaldas a la Nación. Martínez Estrada, en cambio, es un hombre del interior. Nació en San José de la Esquina, y esa fatalidad geográfica (con sus implicancias Psicológicas) le impide confundir el país con el puerto, lo que vuelve más notable su condición de “alquilón” de Buenos Aires.

Martínez Estrada ha comprendido rápidamente (sus triunfos literarios comienzan en la década infame), que si la política a secas es deleznable, la política literaria es digna de un artista y de su prudencia. Su obra está rodeada de prestigio. Se le atribuye trascendencia sociológica. Pese a todo, debe ser incluida en ese género anfíbio del “lirismo ideológico” propio del moderno bizantinismo literario, que aparenta encontrar su órbita en los problemas más rigurosos. Nada hay más alejado, sin embargo, de la severidad intelectual que los trabajos de este autor.

La interpretación de Martínez Estrada, trabajosamente fundada en dos volúmenes (1) es ésta: José Hernández no es un hombre concreto y su *Martín Fierro* no es un poema épico. El autor y su obra han sido trascendidos por un espíritu omnipotente y maligno que lo subyuga todo y que hace de Hernández un objeto de su poder, semiconsciente de su propia creación poética. Las criaturas de *Martín Fierro* se sienten presas de una fatalidad (preferentemente griega) y su voluntad de justicia se estrella contra jerarquías anónimas sucesivas que se levantan unas tras otras en una infinita dominación (a la manera checoslovaca). De esta suerte, Martínez Estrada evade el problema central de la obra que es relativamente más prosaico: la destrucción implacable de la economía natural y de sus hombres representativos, por la ganadería y agricultura de tipo capitalista ligadas a las potencias europeas.

En su *Ensayo de interpretación de la vida argentina*, Martínez Estrada ha culminado, si así puede decirse, una carrera. Más de 900 páginas nutridas testimonian la dificultad de nuestros escritores para entender el país en que viven. Resulta simbólico, e inesperado en apariencia, que esta discusión en torno a una literatura nacional nos haya conducido directamente a una interpretación del *Martín Fierro*. Nada más lógico, sin embargo, puesto que el drama histórico del que *Martín Fierro* fue sólo una coronación constituye el momento más importante de la historia argentina y de su literatura, así como el punto de arranque para su inteligibilidad posterior.

Si Borges es un intelectual euro porteño completo, Martínez Estrada, en cambio, puede ser situado más bien en la línea sucesoria de Ricardo Rojas, es decir, como un escritor que ha sellado un compromiso con la oligarquía aunque no deja de observar el revés de la trama. Téngase en cuenta que este autor tiene el sentido común suficiente como para corregir sus descubrimientos embarazosos con la cortina de humo de Kafka.

Para ayudar a comprender la vida de este gaucho barbudo, sucio y violento, Martínez Estrada llama en su auxilio a Víctor Hugo, Milton, Rabelais, Homero, Hamrun, Kafka, Dickens, Isidoro Duncan, Gustave Flaubert, Dante Alighieri, Baudelaire, Chesterton, Goethe. La extraña nomenclatura de sus fuentes no es el único espectáculo curioso ofrecido por esta obra agobiadora, que trata el más nacional de nuestros asuntos sofocado por estas autoridades.

Martínez Estrada pronuncia en este libro su auto condena. Como provinciano, no puede ocultarse el panorama histórico del cual surgió el *Martín Fierro*. Aunque la palabra oligarquía está escrita una sola vez en toda su obra, al fin y al cabo la estampa, y de las citas abundantes se destacan algunos hechos delicados: el bestial asesinato del general Peñaloza por las bandas enviadas por Sarmiento y Mitre; el carácter criminal de la guerra del Paraguay; la personalidad política de Hernández como federal democrático. Pero no en vano Martínez Estrada ha acumulado todos los premios nacionales de literatura posibles. El

provinciano se ha vuelto porteño y como porteño, esclavo del clan oligárquico. Al relatar la vida de Hernández, cuyo sentido básico rehúsa admitir, dice que:

“Las dos acciones en pro de López Jordán, como su actuación en Paysandú al invadir Corrientes las tropas paraguayas, son arranques de su temperamento más que de sus ideas.”

El federalismo democrático de José Hernández no ha sido discutido hasta ahora por nadie. Fue un luchador político que estigmatizó a la oligarquía triunfante de la provincia de Buenos Aires, cuya acción continuaba bajo el rótulo de la “organización nacional” la misma política absorbente que el ganadero Rosas había practicado bajo la divisa del federalismo. Pero si Rosas negociaron con Europa y al menos le impuso condiciones, sus adversarios entregaron todo sin escrúpulos. Hernández representaba al federalismo genuino del interior nacional que quería constituir un país y destruir el monopolio aduanero de la europeizante Buenos Aires. El juicio de Martínez Estrada, al considerar que los actos políticos de Hernández (de una continuidad notable) respondía más a su temperamento que a sus ideas, demuestra más bien cuáles son las ideas de Martínez Estrada. El diario “La Nación” premia estos delicados servicios.

¿Un escritor de lengua inglesa, gran escritor argentino?

Del mismo modo que Borges y que nuestros escritores más aclamados, Martínez Estrada encuentra en William Henry Hudson no a un publicista inglés, sino al más grande escritor argentino. Este interesante equívoco, particularmente asombroso en boca de un escritor profesional, es una prueba concluyente del servilismo intelectual de un país colonizado. Para un hombre de letras parecería evidente por sí mismo que el rasgo fundamental para definir la nacionalidad de un escritor es el idioma. Sería impropio designar a este sensible instrumento como a un simple transmisor de sentimientos e ideas ajeno al territorio físico e histórico en el cual se nutre; las relaciones entre el idioma y la psicología nacional son muy estrechas. De ahí que sea imposible llamar escritor argentino a quien se expresa en inglés, pese a que Borges considere como poetisa argentina a Gloria Alcorta, que escribe en francés. Lo que es excusable en Borges, escritor bilingüe, resultaría más difícil en boca de Martínez Estrada. Pero hay convenciones que no se violan. Para que Martínez Estrada pueda hacerse disculpar por la dinastía mitrista sus incidentales observaciones sobre la impopularidad de la guerra del Paraguay y el papel de Mitre en la supresión de los caudillos representativos, es preciso que rinda tributo a Hudson como gran escritor argentino. En este plano, las condescendencias de Martínez Estrada no tienen fin. Reclama una literatura genuinamente argentina y menciona a Kafka como el artista cuyo universo metafísico se asemeja más al *Martín Fierro*.

Este irresponsable espíritu de juego tiende a despojar a nuestro autor de toda culpa. Su largo trabajo sobre Martín Fierro constituye en realidad una extensa admonición contra la significación política de Hernández. Siguiendo los pasos de Borges, refuta el calificativo de poema épico que Lugones discernió a nuestro canto nacional. En cada página de su obra Martínez Estrada deja adivinar una hostilidad sustancial contra el pueblo argentino tal cual fue y tal como es. Dice de Hernández que era

“Un hombre que no tuvo ningún interés por los problemas de la cultura. Se desconoce que poseyera en su biblioteca un importante libro siquiera; y de haber existido realmente tal biblioteca (sólo Avellaneda alude que existió), es de suponer que estuviera constituida por obras populares de poetas españoles en boga y de esa clase de publicaciones oficiales de que se nutren nuestros políticos.”

A Martínez Estrada, cuya erudición inorgánica no soporta la potencia de un creador iletrado, le resulta inconcebible que Hernández haya podido plantarse indestructiblemente en la vida argentina, sin haber leído a Shakespeare. Se ignora si Homero fue el hombre más culto de su tiempo, pero es generalmente admitido que nos transmitió material para varias

bibliotecas; a nuestro Homero criollo no le hacía falta más. Observamos el toque despectivo con que Martínez Estrada alude a “nuestros políticos”. Este desprecio latente es la expresión del desconocimiento sustancial de la vida argentina y de la irradiación de un literato ante los hombres que hacen la historia fuera de la Cámara de los Comunes. Por lo demás, el desprecio a los políticos es muy habitual en los círculos de la aristocracia rural, que se considera por encima de aquellos.

“Muy distinto es el caso de otro grande escritor nuestro-agrega-criado en el campo, lejos de todo centro de cultura, cuya vida de pastor y de vagabundo está orientada hacia el saber preciso, científico, conforme a las mayores exigencias del observador y del escritor. William Henry Hudson recibió del cielo la misma gracia de conservar su alma inmune a las contaminaciones del pensar y del sentir libresco. Él nos cuenta qué maestros tuvo, ejemplares curiosos de excentricidad, pero también que libros encontró en la casa paterna: Gibbon, Rollin, Milton, San Agustín, Dickens, Carlyle, Darwin.”

El método “científico” de Martínez Estrada queda iluminado con la asombrosa asimilación entre el bardo de un pueblo de pastores que luchó con las armas en la mano contra cuatro invasiones europeas, y el escritor británico procedente de un orbe viejo y sabio. La “barbarie” de Hernández era más saludable y creadora para nosotros como país naciente-podría pensarse-, que la civilización británica encarnada en el arte de Hudson, que tendía a indiferenciarnos y a sofocar nuestro ser nacional. Como por accidente, iluminando por ideas errantes, Martínez Estrada recapitula en ciertos momentos. Observa con aparente ingenuidad que la Argentina tenía

“Cierta aire de establo que los viajeros perciben al desembarcar y que hizo a Ortega y Gasset definir al país como una factoría.”

La palabra “factoría” no compromete a Martínez Estrada, no se asombre el lector: su recurso defensivo es sumergirse en el seno de la nebulosa, pero su empleo le permite alimentar cierto prestigio de hombre osado. Naturalmente que la Argentina tuvo y tiene todavía en parte un aire semicolonial, sobre todo en ciertos barrios de Buenos Aires. Lo tendrá, en definitiva, hasta que no se integre en la Confederación latinoamericana, que realizará nuestro destino histórico. La palabra factoría atrae a Martínez Estrada únicamente por sus efectos acústicos. No implica para él un problema especial: profundizar su sentido lo llevaría a conclusiones peligrosas, como explicar, por ejemplo, la significación de la oligarquía agropecuaria, del capitalismo europeo colonizador o de nuestras guerras civiles. Implicaciones semejantes suscitan su repugnancia instintiva. Prefiere descubrir problemas más complejos y menos comprometedores, como el del mestizaje.

“He aquí la terrible palabra, la palabra proscrita: mestizaje, clave de gran parte de la historia iberoamericana. La tragedia de los pueblos sudamericanos en su cuerpo y en su alma que pertenecen a dos mundos separados; el secreto de la violencia y el encono que el mestizo lleva en su sangre y en su espíritu.”

Para nuestro autor, las incesantes luchas interiores, la mutabilidad de los regímenes políticos, las crisis sociales, la intervención creciente del imperialismo, la agonía de la economía natural, el predominio de la oligarquía extranjerizante, despótica e ilustrada y la balcanización de América Latina en veinte estados ficticios, no tiene ninguna importancia. Escapan a su visión. Su verbalismo ideológico prefiere encontrar en el fenómeno del mestizaje producido por la fusión de los descendientes de los conquistadores y de los inmigrantes con las razas aborígenes la clave de un “resentimiento”, de un “encono” y de una “violencia” que constituiría el gran problema de nuestra historia. Como es natural, el papel en blanco es inerme y acepta todo lo que se imponga. Pero un escritor laureado sabe cuáles son los límites del pensamiento y la *petit histoire* del coraje intelectual. Para Martínez Estrada

“Sería ociosa toda averiguación del sentido de nuestra historia y de los demás países sudamericanos si se prescinde del problema moral del mestizo.”

En apoyo de su indagatoria se funda en el libro más débil de Sarmiento (*Conflicto y armonía de las razas en América*). De este presunto conflicto racial Martínez Estrada deriva una conclusión:

“el gaucho era eso: resentimiento”.

Arrojar sobre los hombros del mestizo y de la fusión racial las desgracias de una nación en proceso formativo, constituye una de las tesis más placenteras y más difundidas que el imperialismo contemporáneo puede acoger en nuestros días. Nuestro autor sabe también señalar sus autoridades. Con invariable respeto cita frecuentemente a Paul Groussac, cuya calculada devoción por Mitre y su impermeabilidad ante la realidad argentina constituyen sus títulos habilitantes. Al apelar a la palabra de Groussac, nada menos que sobre el gaucho, Martínez Estrada designa como juez al abogado de Mitre, enemigo mortal del gaucho. Pero como el prestigio del gauchaje ha llegado a ser una característica nacional insoslayable desde el juicio de San Martín, nada le cuesta a Groussac elogiar al gaucho y hacerlo servir a sus fines:

“Con estos mismos gauchos sufridos y aguerridos- escribe el intelectual francés- nuestros liberales acosaron a Rosas; y con ellos, por fin, la República Argentina desalojó de su guarida del Paraguay al dictador espeso y vulgar que aplastaba a ese pobre suelo, históricamente tan predestinado a tan diversas tiranías”.

Varón prudente, Martínez Estrada no comenta esta monstruosidad. Deja flotando en el ánimo del lector la idea de que Solano López era un Tamerlán nacido en la selva. Aparenta ignorar que fue el jefe del pueblo paraguayo, diezmado por la coalición argentino-brasileño-oriental. La guerra del Paraguay fue inspirada por el capital británico y execrada por las masas populares argentinas. Dirigida por Mitre, constituyó el último capítulo de la disgregación nacional en el Río de la Plata. El *Martín Fierro* de José Hernández nació directamente de la indignación popular no sólo ante el exterminio de los gobiernos federales del interior argentino, sino también ante la naturaleza funesta de la guerra del Paraguay impuesta por la oligarquía porteña en su calidad de procónsul del capital británico. Aunque la palabra patriotismo desagrada a Martínez Estrada, la emplea, sin embargo, cuando la necesita, aunque sea en sentido negativo:

“En el Martín Fierro (sin patriotismo, sin grandeza, sin tendencia a la exaltación) el epos está vivo y sólo hará falta reemplazar...etc.”

Para Martínez Estrada el *Martín Fierro* ha dado lugar a una especie de leyenda patriótica que ha transformado al héroe del poema en un ídolo reseco estragado por los ateneos folklóricos. En esta crítica culta subyace el desdén del intelectual europeo por lo único viviente y nacional de la literatura argentina. Es una aversión explicable. Bajo cierta pompa moral que aparece reincidentemente en el texto, Martínez Estrada tiende a deprimir constantemente la idea misma de lo argentino. Afirma que nuestra literatura carece, fuera de *“los impromptus viriles de Echeverría, Alberdi y Sarmiento”*

De un contenido valiente en defensa de la justicia:

“Acaso no haya país alguno sobre la tierra con tal carácter de moderación y de tolerancia para la iniquidad y la infamia.”

El autor que comentamos parece ignorar la historia política y las luchas sociales de nuestro país. Si dejamos de lado la heroica y desgarrada crónica de la época de las masas y las lanzas, de la que *Martín Fierro* es un testimonio no pequeño, el último medio siglo, particularmente a partir de 1916 y 1945, expresa bien a las claras que las masas trabajadoras argentinas han sabido batirse. La literatura política, sino la literatura a secas, ofrecen testimonios reflejos. La afirmación de que no hay país sobre la tierra con tal carácter de moderación y tolerancia para la iniquidad y la infamia, parece indicar que Martínez Estrada

va a decir algo, pero defrauda al lector. No dice nada. Con frecuencia este autor sugiere que va a combatir. Pero, o no pasa nada, o combate del otro lado de la barricada. Juzgar como Martínez Estrada que el espíritu del miedo

“Sofocó en Hernández una bella disposición natural a marcar con fuego a los impostores y a los explotadores de la ignorancia y de la miseria y como industria subsidiaria de la riqueza pública privada.”

Y declarar que Martín Fierro

“Es un poema evasivo”

Significa una ceguera completa, o una verdadera burla. El mismo género de escritor que reprocha a Hernández el hecho de que su

“Intención de cantar la verdad es reprimida.”

Es el que hace una profesión del desprecio a la política y al drama social, y destaca generalmente su inclusión en la obra artística como un elemento extraño, partidario y descalificador. En su afán de originalidad, o más bien en su necesidad de agotar en un examen particularizado y extenuante el sentido central del poema. Martínez Estrada llega, como se ve, a conclusiones sorprendentes. Lo único que resta es acusar a *Martín Fierro* de ser un poema hermético. Sin embargo, así lo insinúa varias veces nuestro enredado autor.

José Hernández, “burgués descontento”

Otras novedades nos reserva Martínez Estrada en esta “interpretación de la vida argentina”. En el capítulo titulado “Política y Políticos”, prosigue su tentativa de disminuir la personalidad de Hernández... Martínez Estrada se propone demostrar que el autor de *Martín Fierro* era simplemente un militante banderizo, un montonero irracional de la política argentina, pero de ninguna manera un representante popular imbuido de una concepción coherente de nuestra realidad. De este modo, Martínez Estrada, cuya vulnerabilidad en la crítica histórica es patética, declara que es una inconsecuencia en Hernández (defensor de los caudillos, partidario de López Jordán y enemigo de Mitre) su defensa de la capitalización de la ciudad de Buenos Aires. Lejos de disminuir la lógica política de Hernández y del movimiento federal democrático del interior, esta actitud de 1880 confirma por una parte que si bien Hernández no había leído a Nietzsche ni tenía una biblioteca poblada, poseía en cambio ideas perfectamente claras con respecto a la realidad de su patria.

La capitalización de la ciudad de Buenos Aires fue resistida por la oligarquía porteña y particularmente por la clase ganadera de la provincia. Significó en verdad una victoria del interior argentino contra la tradición absorbente de la ciudad-puerto, que constituía una canonjía especial de la provincia y la fuente principal de sus recursos para imponerse al país empobrecido. La federalización de Buenos Aires impuesta por Roca (apoyado en el complejo de fuerzas de las provincias mediterráneas) sancionó en ese momento la derrota de la oligarquía bonaerense y obtuvo una restauración del equilibrio argentino. La poderosa influencia del capital europeo, por supuesto, volvió ilusoria más tarde esa revancha del interior y puso en manos de la oligarquía bonaerense el control exclusivo del país. Pero la posición de Hernández en el debate del 80 no era sino la continuación y el remate de su trayectoria como federal democrático. El puerto y la renta aduanera pasaban a partir de esa fecha a la Nación, sus ingresos se distribuían a todas las provincias. Se destruía así el monopolio de la aristocracia terrateniente de la provincia de Buenos Aires sobre una fuente de riqueza que pertenecía a todos los estados federados. La consolidación de la influencia imperialista europea en la vida argentina anularía por más de un siglo esta conquista

fundamental de la federalización de Buenos Aires. La fidelidad a sí mismo no es comprendida por Martínez Estrada:

“En política, Hernández no iba más allá de su experiencia y de su honradez sin que jamás alcance a trascender los límites de lo puramente personal.”

He aquí lo que afirma nuestro más profundo sociólogo.

La circunstancia de que José Hernández, en los últimos años de su vida, haya actuado en las filas del roquismo (como amigo de Dardo Rocha y de Avellaneda) motiva en Martínez Estrada una curiosa observación. Según nuestro autor, José Hernández habría olvidado al gaucho desvalido para incorporarse a la plana mayor de la oligarquía en el poder, fascinado por la nueva era de progreso. Lo que Martínez Estrada no comprende es que en la década del 80, que presencia el apogeo del roquismo, es la oligarquía bonaerense la que retrocede políticamente. Y es bajo el control de Roca que las provincias del interior llegan al poder. Veamos qué es lo que escribe Martínez Estrada:

“Todo lo grande que había en Hernández, queda en el Martín Fierro, cuya segunda parte acusa, a pesar de los amagos del protagonista, un clima de concordancia en la misma dirección de los creadores de la Grande Argentina. Lo triste es que muere lo mejor de sí sumido en aquel fondo bondadoso de sus sentimientos. Es la oligarquía precisamente la que llega al poder: los estancieros, los militares, los jueces, los pulperos. No es dudoso que, desaparecidos los motivos personales de lucha, resurge en él, desde profundidades gentilicias, lo que era auténticamente suyo. Apenas quedan vestigios de su ardor panfletario porque la Vida de Peñaloza y Las dos políticas no fueron fruto de su legítimo amor al país, de su meditación sobre los problemas de su formación y desarrollo que habían tratado a fondo Echeverría, Alberdi, Mitre y Sarmiento, ni de un designio de desenmascarar a los traidores de los ideales de Mayo...Era hombre de limitadas aspiraciones sociales, un burgués descontento y disconforme que más tarde se ufana en la contemplación de un resurgir de la riqueza bajo el lema, similar al de Rosas, de “progreso y paz”.

Resultaría que la lucha de Hernández (que se emparentaba con la tradición del federalismo democrático, con las montoneras, con los caudillos, con las masas del interior, con el gauchaje alzado) no habría sido inspirada por su “legítimo amor al país”, por su “meditación sobre los problemas de su formación y desarrollo”, sino por el disconformismo de un burgués limitado. Señalemos de paso que acusar a Hernández de burgués nacional es un elogio inesperado para la época, puesto que en un amplio sentido histórico lo que trataba de hacer Hernández era justamente propulsar el desarrollo de una burguesía nacional (en lo que fracasó), impulsar el avance de un capitalismo nacional. Observemos el indisimulado elogio que Martínez Estrada hace a Mitre; no existe mejor salvoconducto en los círculos locales de la cultura imperialista. El mismo Mitre escribía a José Hernández en 1879, comentando el Martín Fierro:

“No estoy del todo conforme con su filosofía social que deja en el fondo del alma una precipitada amargura sin el correctivo de la solidaridad social. Mejor es reconciliar los antagonismos por el amor y por la necesidad de vivir juntos, unidos, que hacer fermentar odios que tienen su causa, más que en las intenciones de los hombres, en las imperfecciones de nuestro modo de ser social y político.”

Así se expresaba (con bastante lucidez en cuanto al significado del poema) el responsable de las masacres de gauchos y el inspirador intelectual del asesinato de Peñaloza. Martínez Estrada comenta ese párrafo de la carta de Mitre, calificándolo como

“Palabras de nuestro más grande historiador, tan en el modo de ser y pensar general.”

Mitre nunca reflejó el pensar ni el modo de ser general: fue un porteño típico desvinculado del interior. Toda su historia política es la historia de la defensa de los intereses de los terratenientes, ganaderos y comerciantes de la provincia de Buenos Aires. Martínez Estrada escribe sobre Hernández:

“¿Qué pensaba del drama de nuestro interior? ¿ Creía efectivamente que eran los inmigrantes que venían a romperse las manos en la tierra nunca labrada, a perder sus crías en la soledad sin asistencia médica, a soltar hijas para que se las gozasen los hijos de los arrendadores, creía que eran esos pobres labriegos los culpables? ¿Creía que eran los comisarios analfabetos cuya brutalidad estaba en razón directa del desempeño de su cargo, los causantes de la peste?...No era el gringo: era el país sin brazos; era la herencia de haraganería y fraude de España en América: el prejuicio contra los trabajos villanos; la falta de profesión y oficio en los ricos y en los pobres; el sistema de asco y de ignominia en la que América hispánica había vivido tres siglos; la falta de sentido moral, de conducta limpia, de conformidad a las reglas del buen juego. Era la desordenada libertad de que disfrutaban el hombre y el animal de la campaña por una parte; y del ansia de mando, de la necesidad visceral de gobernar aunque en pequeña escala (si no podía en una provincia, en la comisaría); era la falta de un sentido de honor y de patriotismo en el ejército para la defensa de los principios y de las instituciones. La falta de ejército, porque las levas de indigentes, de vagos y criminales no hacen un ejército: la falta de oficialidad, porque los jinetes y los entorchados no hacen un caballero que manda.”

La asimilación del poblador de la pampa gringa con las sociedades anónimas del capital europeo, de los “factores morales” con las reglas del buen juego británico, la identificación implícita de todo villano y lo haragán en el criollo de tierra adentro y del trabajo austero y la aptitud profesional en el extranjero, he aquí lo que para Martínez Estrada constituye uno de los meollos de nuestro drama histórico. Este ejercicio de auto denigración sistemática es tan viejo como la historia de nuestro coloniaje y tan falso como difundido.

Es este sensato respeto por la interpretación imperialista de nuestra historia política y literaria el que lleva a Martínez Estrada a escribir que

“el uruguayo Florencio Sánchez y nuestro Hudson son excepciones, etc.”

En boca de este autor, decir “el uruguayo”, equivale a expresar “el extranjero”, puesto que según la ONU, Uruguay es una Nación, aunque haya sido creada por Canning para debilitar a la Argentina. La referencia a “nuestro Hudson” no es menos reveladora: para Martínez Estrada el escritor de lengua inglesa es “nuestro” y el dramaturgo rioplatense, extranjero. Ya veremos más adelante en Borges idéntico criterio. Si algún lector duda sobre el significado de la palabra “colonialismo”, le ofrecemos estas muestras a escala de laboratorio.

El lector no debe asombrarse: en la opinión de Martínez Estrada, el castellano ni siquiera es capaz de dibujar fielmente nuestro paisaje, nuestros problemas y nuestra fisonomía nacional.

“Lo cierto es que la lengua castellana tiene ya una tectura, una tectónica que en teoría no obsta, pero en la práctica sí, al reflejo fiel de ese mundo. Lo advertimos en el hecho de que la obra traducida del inglés al castellano conserva mucho más pura esa sustancia nacional, netamente argentina, que la escrita por autores nuestros. Y es porque los autores nuestros, que pueden despojarse del influjo omnipotente del idioma cuando traducen, no pueden hacerlo cuando toman directamente de la realidad (p.418, II).”

Aunque la cita es escandalosa y requeriría una observación satírica, ha pasado sin comentarios en la Argentina. Cuando el balbuceo intelectual se eleva a este nivel se transforma en incompetencia lisa y llana. Se desnudan vívidamente las reacciones de este autor frente al país al que niega en todos sus aspectos, incluso en su aptitud para forjar una literatura. La desestimación de nuestra lengua es el remate final de una trivialidad reiterada.

Veamos sumariamente algunos otros juicios de este pontífice. Valora la *Vida del general Peñalosa* escrita por José Hernández contra Mitre y Sarmiento, como un trabajo que

“no contiene datos fidedignos ni doctrinas políticas.”

Dicho escrito, cuyos cargos son ilevantables y que la historia ya ha juzgado, es

“Una diatriba sin otra fundamentación que la pasional. Necesita presentar a la víctima como un varón de grandes virtudes patrióticas.”

Tal estimación no le impide a Martínez Estrada, por supuesto, ofrecer más adelante una versión circunstanciada del asesinato de Peñaloza que confirma en todas sus partes el relato de Hernández, calificado previamente como “diatriba”. Contradicciones semejantes no son infrecuentes en este autor, frutos ilegítimos de su compromiso con la oligarquía. Esta ha procedido con justicia, glorificando a su intérprete.

La política como historia

A Martínez Estrada le interesa también la política actual. Sus frecuentes alusiones a la misma se emparentan notablemente con el sistema de ideas que examinamos. El procedimiento para analizar el pasado, como para evaluar el presente, está rodeado de una deliberada confusión que ya nos es habitual, pero su pensamiento es inequívoco. Después de afirmar que

“No había tampoco entonces políticos ni ideales patrióticos”

Agrega que la situación de 1858

“forcejea bajo la película de 1880... La de 1930 bajo la de 1943 y está bajo la de 1946...”

Estas monstruosas analogías permiten, sin embargo, estudiar el pensamiento de Martínez Estrada : para él, como para muchos, la revolución militar de 1943 reviste la misma significación que la revolución popular de 1945 y en consecuencia debe ser rechazada como un todo en aras de una doctrina que Martínez Estrada no ofrece. Un nihilismo semejante, expresado con frecuentes suspiros “democráticos”, constituye, justamente, la plataforma política que sostuvo el capital europeo en el pasado y el imperialismo en el presente, para ahogar las tentativas de autodeterminación nacional del pueblo argentino.

El “intelectual puro” podrá charlar sobre la metafísica en Kafka, se remontará a Tucídides, querrá descender al averno dantesco, ser “independiente” de todos los intereses visibles e inmediatos y sostener a la literatura y al arte como una antorcha por encima de las desgracias y miserias terrestres; también podrá descargar su indisimulado fastidio contra la época de las masas y las lanzas cubriendo su examen con un simulado objetivismo; pero cuando debe expresarse abiertamente sobre la realidad argentina se hace intérprete del pensamiento imperialista. Que es lo que quería demostrarse.

¿Creerá el lector que exageramos? No. Martínez Estrada tiene ideas bien claras al respecto. Con frecuencia usa la historia para hablar del presente. Mal le queda el papel de Esopo a este fabulista sin verdad. Pretendiendo aludir a la industria de guerra en la época de Rosas, hace una incursión a la actualidad al declarar que ahora

“la industria pesada de guerra sostiene millares de personas sustraídas a los trabajos agrícolas y los trabajos particulares.”

Vemos aquí al poeta ocuparse de la política. Sin embargo, olvida ilustrar a sus lectores sobre el hecho de que en un país semicolonial como la Argentina, la debilidad fundamental de la burguesía nacional y el estado de descapitalización completa del país se debía al continuo drenaje operado por el capital extranjero. Esto sofocaba el desarrollo industrial argentino. Todo lo cual determinó que el Estado se convirtiera en el banquero y el ejército en su instrumento técnico para echar las bases de la industria pesada. Ningún capitalista privado estaba en condiciones de financiarla por tratarse de una rama económica extraordinariamente onerosa en su etapa inicial. La naciente industria pesada argentina ha

“sustraído a millares de personas a los trabajos agrícolas”

Pero elevándolas a un nivel superior de civilización ofrecido por la economía industrial.

Con la ambigüedad que lo caracteriza, Martínez Estrada desea además persuadir al lector de que el ejército argentino levanta fábricas con fines bélicos (punto de vista compartido por Estados Unidos). En realidad, sucede algo muy distinto. Las industrias militares financiadas con dinero del Estado e interesadas en la industria pesada, desempeñan

en el momento actual un papel fundamental para la industrialización argentina. De los talleres administrados por el Ejército la industria liviana recibe innumerables pedidos de artículos metalúrgicos imprescindibles para la satisfacción del mercado interno y en último análisis para la continuidad del nuevo “Standard” económico del pueblo argentino.

No tenemos ninguna necesidad de idealizar el papel de los militares en el movimiento nacional. Al fin y al cabo el 4 de junio de 1943 sólo logró salir de la órbita del cuartel y trocarse en revolución popular con la intervención de la clase obrera. Pero es ineludible declarar que el “antimilitarismo” de Martínez Estrada, como el de otros seudoliberales por el estilo, se basa en una falsa identificación entre la naturaleza del Ejército en un país semicolonial y el carácter del Ejército en un país imperialista. En Francia, por ejemplo, de cuyos productos espirituales se ha nutrido Martínez Estrada, el Ejército desempeña una función contrarrevolucionaria, como puede apreciarse en la actuación del militarismo francés en la lucha contra la independencia nacional de Indochina, su colonia. En la Argentina, como en Bolivia y otros países latinoamericanos, las circunstancias históricas han facilitado en ocasiones en la juventud militar la formación de una conciencia nacional y la adopción de un criterio antiimperialista que ha llevado, en ciertos períodos al Ejército argentino no sólo a jugar un papel político activo en la vida del país, sino a desempeñar actualmente un notable papel económico. Es indiscutible, por otra parte, que la intervención de la clase obrera en los asuntos políticos argentinos ha enfriado estos entusiasmos nacionalistas del Ejército, pero no son estos matices los que preocupan a Martínez Estrada: su espíritu rechaza en bloque toda aspiración nacional que hiera al imperialismo, palabra que su léxico barroco parece ignorar.

Pero que Martínez Estrada prescinda de mencionar al imperialismo o que hable de la política como de una actividad semidelictuosa (excepto en Europa) no significa que no la practique. Por el contrario, este poeta deposita con frecuencia su jebecillo, su pequeño tributo al sistema. Su ejercicio de la política es más modesto del que dejaría suponer su estilo jactancioso. No hace más que repetir en su propia escala el despecho oligárquico. Aludiendo al Martín Fierro y a su modo de expresión, escribe que posee

“Un carácter muy argentino, en cuanto el ciudadano tampoco sabe – en la ciudad ni en el campo- qué es lo que quiere, ni cómo ni por qué. La lengua denota un estado difuso, malestar, más bien que un fin preciso. Esa es, en resumen, la doctrina social argentina, la filosofía y la política: el descontento, la mortificación, el encono sin poder concretar qué es lo que se quiere (aunque mejor se concreta lo que no se quiere). En tal sentido, el lenguaje del Martín Fierro es en su mentalidad más argentina y nacional que en su analogía, prosodia y sintaxis. Hoy mismo (1946) es el estado de ánimo de los trabajadores, los diplomáticos, los estadistas, los legisladores, los políticos, los periodistas y los escritores. Nadie sabe qué es lo que ocurre ni cómo remediarlo, y en ese estado pasional, amorfo, la lengua no puede tener una nitidez y concreción de que carece el alma.”

El estado difuso, el malestar, la imprecisión y la perplejidad de las almas, la ausencia de remedios y la impotencia de la lengua para reflejar la vastedad de este verdadero colapso, ¿No constituyen acaso la mejor descripción del estado de ánimo de la oligarquía imperialista argentina poco después del comienzo de la revolución nacional popular de 1945? Saber evocar con las palabras justas un hecho cualquiera, ya es un mérito, aunque no otorgue a Martínez Estrada el ingreso a las cumbres del arte. Sólo observaremos que el pueblo argentino de 1872, como el de 1945, sabía lo que quería; pero si el primero fue vencido, el segundo resultó vencedor. Martínez Estrada no puede comprender el pasado porque el presente lo irrita. El imperialismo guía su pensamiento (que el poeta cree alado) y lo empuja por senderos preestablecidos. Sólo le permiten reescribir nuestra historia con nuevas metáforas, pero en materia de ideas nada hay en Martínez Estrada que Mitre no haya sancionado.

Es difícil seguir el pensamiento desarticulado de este escritor. Pasa de un punto a otro, retoma temas anteriores, sale de la prosa para entrar en lo poético, y constantemente su

acrobacia verbal se complace en fórmulas arbitrarias. Dice, por ejemplo, refiriéndose a Hernández:

“Su miedo personal, sus limitaciones, están en él mismo y se evidencian en su filosofía política como legislador.”

Ahora bien, el miedo de Hernández como poeta o legislador no aparece en parte alguna. Por el contrario, es el temor de Martínez Estrada a abandonar todas las máscaras el que se revela en su crítica. Hernández, soldado en todas las guerras civiles de su época, donde el vencido se exponía al degüello o la “lanza seca”, tendría “miedo personal” y el bien abrigado Martínez Estrada, sería el valeroso fiscal. Muy curioso.

Alude sin cesar a las limitaciones, a la rusticidad e incultura de Hernández, a su inconsciencia de la obra que escribía, a su escaso nivel político y espiritual. Luego, Martínez Estrada cita un fragmento de la carta que Hernández envió a sus editores:

“Quizá tenga razón Pelliza al suponer que mi trabajo responde a una tendencia dominante en mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho. Mas las ideas que tengo al respecto las he formado en la meditación y después de una observación constante y detenida. Para mí, la cuestión de mejorar la situación de nuestros gauchos no es sólo una cuestión de detalles de buena administración, sino que penetra algo más profundamente en la organización definitiva y en los destinos futuros de la sociedad, y con ella se enlazan íntimamente, estableciéndose entre sí una dependencia mutua, cuestiones de política, de moralidad administrativa, de régimen gubernamental, de economía, de progreso y de civilización.”

El autor revela aquí más “conciencia” que su altivo exegeta! Inquieto quizá de que la propia adopción de un tema tan nacional como el estudio del *Martín Fierro* pudiera despertar sospechas de xenofobia en el ambiente a que pertenece, Martínez Estrada se apresura a declarar de una manera en apariencia incidental que

“el sentimiento correlativo a las supersticiones, a la psicología del hombre inculto, es el patriotismo que forma un sentimiento indisoluble con él.”

Sin la existencia del patriotismo y de un sentimiento de amor por la patria sería inexplicable todo el mundo moderno a partir de la Revolución francesa. Martínez Estrada declara que el gaucho no era patriota. En apoyo de su tesis comenta que

“al contrario, Picardía expresa que el gaucho es argentino para que lo hagan matar.”

Esta dislocación flagrante del pensamiento del personaje de Hernández, significa precisamente lo contrario. Pero trampas de tal índole no le impiden a Martínez Estrada, a quien no arredran las contradicciones, apelar al testimonio de Joaquín V. González, que afirma lo opuesto:

“Todos sus alzamientos y rebeliones (las de los gauchos), sus bárbaras exacciones y sus invasiones feroces, iban dirigidos contra los que ellos llamaron los enemigos de la patria, y aunque algunos de sus caudillos tuvieron intervenciones perversas e intenciones criminales, la masa que obedecía a sus sugerencias malditas no veían sino la razón aparente que ellos ponían ante sus ojos con todo el valor de la verdad...”

Llegado a este punto, Martínez Estrada ha debido preguntarse un poco azorado si en el fondo no estaría levantando el telón de la historia falsificada. Reacciona en el acto y limpia su alma:

*“¿No es lo grosero, la liberación de las tradicionales pautas de corrección y de alambicamiento de la poesía lo que nos satisface tan íntimamente en el **Martín Fierro**? ¿No será un poema del odio contra lo correcto, lo amanerado, lo artificioso, un contra poema? ¿No hay un encanto pecaminoso en encontrar excelsitudes en la villanía? ¿No es ese el espíritu de los iconoclastas? ¿Somos iconoclastas los admiradores del **Martín Fierro**? ¿Simpatizamos con su prédica antigubernamental, anti policial, anti culta por descontento con la sociedad en que vivimos? ¿Es el poema, como el nacionalsocialismo, una invención adecuada a las necesidades de envilecimiento y brutalidad del hombre, a su instinto de*

destrucción y apostasía? ¿Estamos en presencia de un activador de los instintos bajos, los que la literatura culta se ocupa precisamente de amortiguar?, etc.”

Dejamos por cuenta del lector la interpretación de este galimatías donde la libertad del arte proclamada por estos doctores del espíritu encuentra su campo más sublime. Digamos solamente que la inesperada mención del nacionalsocialismo, ligada al nacionalismo democrático de Hernández no es una mención accidental, sino absolutamente necesaria en el pensamiento de Martínez Estrada. Todo lo nacional es para este autor y congéneres, fascismo, terrorismo o cuatrерismo. Esta vulgaridad ideológica es la moneda falsa del imperialismo “democrático” en nuestro continente. Ese es el motivo por el cual Martínez Estrada califica la opinión de Mas y Pi sobre el *Martín Fierro* (“hay en esa reivindicación de *Martín Fierro* un exagerado prurito patriótico”) como la opinión

“...más cierta y más sensata que se ha dicho hasta hoy.”

Y ese autor, que ha comparado a Mitre con Plutarco, que ha puesto el verismo de Sarmiento por encima del de José Hernández, que ha hecho todos los esfuerzos para disminuir la estatura política del autor del *Martín Fierro*, y que ha opuesto el juicio de un europeo insignificante (Grosa) al de un argentino eminente (Lugones), llega al fin de su examen y se ve en la obligación de dictaminar. Veamos que sentencia:

*“ Hay que tener en cuenta que el mundo del **Martín Fierro** , es ese mundo informe, el del caos primitivo, el de las regiones del planeta aún no civilizadas, el de los climas que rechazan la vida, el de las temperaturas malsanas, el de las zonas epidémicas: el mundo inevitable. Todos sus representantes están al servicio de potestades incógnitas como en **La muralla china** de Kafka, aquellos seres de un imperio de miles de millones de habitantes y de millones de kilómetros cuadrados están al servicio de un emperador arcaico, lejano, ya inexistente, que impartió sus órdenes decenas de siglos atrás...”*

Prosiguiendo este desagradable laberinto verbal agrega:

*“El **Martín Fierro** también es un capítulo simbólico de esa lucha universal (contemplemos sus rastros en Europa) donde el hombre como ente de una naturaleza despiadada destroza con sus propias manos aquello que le es más querido.”*

Al señalar a ciertas fuerzas misteriosas (que sólo él adivina) y que son las que determinan los males reflejados en el *Martín Fierro*, Martínez Estrada declara:

“En ese sentido profundo toda esta porción del Continente y Australia, sin duda, está sometido a esas fuerzas telúricas que se personifican en los hombres eminentes y que se metamorfosean en sus empresas y se instalan en los órganos de nuestro progreso, en las máquinas, en los edificios, en los puentes, en las escuelas, en las cunas, en los estandartes. En seguida que fijamos en alguien esas fuerzas que dejamos de percibir las divinidades para entretenernos en sus víctimas que casi siempre llamamos victimarios, el problema se escamotea y nos hallamos ante indescifrables enigmas... Surge del poema el carácter arbitrario del poder que es ejercido por no se sabe quiénes y con qué objeto... Pesa el poder sobre los ciudadanos como una amenaza permanente, como una divinidad infernal que exige el sacrificio de víctimas al azar y que nunca se sabe dónde estirará su zarpa, a quien ha de destruir. Es una fatalidad, una divinidad maligna de la que sólo puede escapar el infortunado mediante fórmulas de conjuro más que de procedimiento, que es la que da con eterna filosofía el viejo Vizcacha.”

Como ha llegado ya el momento de cantar claro, pero el libro ya está concluido, Martínez Estrada se vuelve más oscuro que nunca. Al evocar a los personajes de *Martín Fierro* inserta su frase final:

“Si alguien les dijera que sólo han sido imágenes de un sueño y todo una angustiada pesadilla, podrían convenir en que sí, aunque sin conceder que las imágenes de la vigilia sean más ciertas en la urdimbre de la realidad impenetrable.”

Aquellos intelectuales de la generación del *Martín Fierro* (los de la calle Florida) que se burlaban de los ripios de Ricardo Rojas y de la falsa solemnidad de la generación “modernista”, que satirizaron a los cisnes de engañoso plumaje de Darío, que se rieron de sus

Marquesas, que sonríen aún frente a los malos versos de Manuel Ugarte y se callan con incalculable cobardía acerca de su eminente significación en la vida cívica del país, todos esos antiguos vanguardistas de diccionario tienen ahora un buen ejemplo para reírse. Tienen ahora en sus propios santones de la literatura falsamente nacional una excelente materia para la sátira. La risa higiénica está a su alcance.

Borges bibliotecario de Alejandría

Valéry, a quien admira nuestra “élite” literaria como a la encarnación del intelectual, proclamó una vez su horror al desorden (esto es, a la irrupción moderna de las masas en la creación de sus propios destinos):

“Pésale siempre el orden al individuo. Pero el desorden le hace desear la policía o la muerte. He aquí dos circunstancias extremas en las que la humana naturaleza no se siente a gusto. Busca el individuo una época agradable en la que sea a un tiempo el más libre y el más válido; la encuentra hacia el comienzo del fin de un sistema social. Entonces, entre el desorden y el orden, reina un instante delicioso. Como se ha adquirido todo el bien posible que procura el acomodamiento de poderes y deberes ahora puede gozar de los primeros relajamientos de ese sistema. Mantiénesse todavía las instituciones; son grandes e imponentes; pero sin que nada visible haya cambiado en ellas, apenas si conservan otra cosa que su bella presencia; lucieron todas sus virtudes, su porvenir está secretamente agotado; su carácter dejó de ser sagrado o bien le resta sólo lo sagrado: la crítica y los desprecios las debilitan y las vacían de todo su valor inmediato y el cuerpo social pierde suavemente su porvenir. Es la hora del goce y del consumo general.”

Esta inusitada predilección policial de Valéry no debería extrañar a nadie que conozca las fuentes genuinas en las que se alimenta la moderna cultura francesa: su imperio colonial en crisis es el que provee la plusvalía necesaria para que en París sus intelectuales adoren de rodillas, simultáneamente, el espíritu puro y la policía colonial, custodia del orden en las plantaciones de las selvas africanas. Tampoco pueden sorprendernos las ideas políticas de Borges, representante de nuestra “élite” local. En su libro *Otras inquisiciones*, este autor publica una página significativa. Se trata de una nota reveladora titulada *Anotación al 23 de agosto de 1944*, fecha de la retirada alemana de París. Fue un día de celebración memorable en los fastos de la oligarquía porteña. Se lanzó a la plaza Francia- en su barrio, en su órbita- a festejar la recuperación de París, su patria primera y probablemente su auténtica patria y la de sus mayores, enriquecidos por las vacas y refinados por Montmartre. Naturalmente, para las masas trabajadoras argentinas ese día no tuvo ninguna significación especial: estaban ocupadas en organizar sus sindicatos y en preparar la defensa de sus condiciones de vida que la propia aristocracia vacuna intentaría arrebatarles un año después en esa misma plaza de Buenos Aires. El proletariado argentino no sabía hablar francés.

A Borges, en cambio, ese día lo incitó a practicar ese tipo de literatura explícita que habitualmente aborrece. La jornada elegante le inspiró una página política. Como en todos los momentos decisivos de la historia, hasta los teólogos se hacen políticos. Un literato puro como Borges debió participar de algún modo en esa crisis civil. No se trataba, por cierto, de una manifestación espontánea suscitada por el retorno de París a manos francesas. Por el contrario, el verdadero sentido del acto en plaza Francia era intentar reprochar el intento, confuso pero intento al fin, del 43 de la recuperación del país por manos argentinas. Nadie se engañó a ese respecto. Pero Borges, que tampoco se lo ocultaba, pudo escribir más tarde, ya con intención retrospectiva, que el acontecimiento le había suscitado

“Felicidad y asombro... el descubrimiento de que una emoción colectiva puede no ser innoble.”

Esta voluntad de aristocracia que resulta en un Eliot de un despecho feudal por el plebeyismo moderno del imperio que lo mantiene, en Borges y congéneres se revela más bien grotesca. No nace de la exigencia interior de un país que no registra ninguna participación en

las Cruzadas y cuyos títulos de nobleza se remontan a los primeros Shorthorn importados. Lo que se trata de señalar es que Borges repite en castellano las inflexiones despectivas que Eliot pronuncia en inglés; en verdad, todo el irrealismo militante de Borges es el seudónimo estético que utiliza para insistir en que no pertenece a la literatura argentina, sino a una forma sutil de penetración dialectal de la cultura imperialista europea en nuestro país. Borges es consciente de esto y triunfa ampliamente en su tarea. Su desdén irónico hacia el pueblo argentino es un ingrediente particular del desprecio imperialista europeo hacia un país que rehúsa perpetuarse como colonia.

Martín Fierro, malevo

Veamos ahora que es lo que Borges opina sobre el *Martín Fierro* de Martínez Estrada:

*“El **Martín Fierro** ha sido materia o pretexto de otro libro capital: **Muerte y transfiguración de Martín Fierro**, de Ezequiel Martínez Estrada. Trátase menos de una interpretación de los textos que de una recreación; en sus páginas un gran poeta, que tiene la experiencia de Melville, de Kafka y de los rusos, vuelve a soñar enriqueciéndolo de sombra y de vértigo, el sueño primario de Hernández. **Muerte y transfiguración de Martín Fierro** inaugura un nuevo estilo de crítica al poema gauchesco. Las futuras generaciones hablarán del Cruz, o del Picardía de Martínez Estrada, como ahora habla del Farinata de De Sanctus o del Hamlet de Coleridge.”*

El letrado que juega con ideas y que encuentra sumamente agradable la farsa intelectual, es considerado el primer escritor argentino. El caso de Borges presenta, a nuestro juicio, uno de los ejemplos más flagrantes de irresponsabilidad en nuestra literatura de importación.

En su opúsculo denigratorio titulado *El Martín Fierro* (Ediciones Columba, 1953, Buenos Aires), Borges juzga que

*“Para nosotros el tema del **Martín Fierro** ya es lejano y de alguna manera exótico; para los hombres de mil ochocientos setenta y tantos era el caso vulgar de un desertor que luego degenera en malevo.”*

Es inevitable un disentimiento con esta enunciación despectiva. Ella prueba por el contrario, que el tema de *Martín Fierro* no es en modo alguno lejano y que tampoco es exótico. Una observación al pasar: para Borges, el *Hamlet* de Coleridge (¡no el de Shakespeare, el de Coleridge!) es una figura familiar, propia, constante; en cambio, el *Martín Fierro* de Hernández es un documento inactual, exótico y turbio. Lo nacional es exótico; lo extranjero propio. El sueño de Hernández es primario; la “recreación” de Martínez Estrada está enriquecida de “sombra y vértigo”. Todo esto resulta algo cómico.

Los valores están invertidos aquí. Borges no soporta lo argentino. Y como en el *Martín Fierro* se expone lo nacional en función del drama del poverío de la época, le repele doblemente: como canto argentino y como protesta social.

En el espíritu de Borges y de toda su clase, el *Martín Fierro* se ha convertido en peón de estancia, en obrero industrial, en “cabecita negra”.

Las grandes líneas de la historia argentina se renuevan y se manifiestan con una asombrosa continuidad. No, los hombres de mil ochocientos setenta y tantos que consideraban el asunto de Martín Fierro como “el caso del vulgar desertor que luego degenera en malevo” no eran todos los argentinos, sino por el contrario, una muy pequeña parte de ellos. La inmensa mayoría del país estimaba que el caso de Martín Fierro no era un caso vulgar congénere de la crónica policial o epítome del malevaje orillero. Por el contrario, el país entero, que no vivía en Buenos Aires, vio en el poema una trascendencia que no fue advertida por los Borges de la época, obsesionados por la llegada del buque-correo de Marsella. La publicación del poema despertó en el interior del país un interés tan profundo que, en los primeros siete años de su aparición, se vendieron 150.000 ejemplares de *Martín Fierro*, incluidas las ediciones legales y las clandestinas. Esta difusión grandiosa puede

resultarle a Borges una de las tantas sorpresas aritméticas nacida de la ingenuidad y bastardía de masas primitivas. Si se tiene en cuenta que jamás, ni antes ni después, ningún libro argentino o europeo alcanzó en nuestro país una tirada tan importante, es preciso convenir que este folleto de 1872 debía ofrecer al pueblo del país algo más sugerente que un simple pretexto para el análisis gramatical del señor Tiscornia o para la metafísica brumosa de Martínez Estrada. Queda en pie de manera incontestable que la más grande creación estética de nuestro pueblo nació como resultado de las luchas civiles y fue, desde el primer momento, reconocida, adoptada y asimilada por vastas masas del país. El más intenso momento literario que poseemos, que nos define con caracteres propios, es un poema íntimamente ligado a la psicología y a la tradición vital de los argentinos. Aun exquisitos como Borges o Martínez Estrada deben inclinarse ante la propagación irresistible de un poema fundido con nuestros orígenes históricos. Se le debe en grado importante al siempre alerta Unamuno el haber obligado a nuestra casta intelectual a reconocer la existencia del poema. A propósito del escritor vasco, nuestra cipayería intelectual no se fatiga en comentar el pensamiento de Unamuno, español que se enorgullecía de serlo y que lo era hasta los tuétanos. ¿Pero qué ocurre en este país al escritor que se atreva a ahondar el tema de lo nacional? ¿Qué crédito mereció Lugones, que también tenía la pasión argentina, admirada por nuestros intelectuales en Unamuno solamente porque es europeo? A Unamuno le perdonaron siempre sus caprichos políticos y arbitrariedades ideológicas, en aras del “espíritu puro”. Pero a Lugones no se le perdonó nada, no porque hubiera proclamado “la hora de la espada”, sino simplemente porque buscaba confusamente un camino propio. Dicho esto último, conviene advertir que esta idea no implica un juicio estético sobre la obra global de Lugones.

La derrota artística que las masas desposeídas infligieron póstumamente a la oligarquía porteña con el *Martín Fierro*, suscita la invariable hostilidad de Borges. Es interesante registrar sus impresiones, porque Borges, a diferencia de Martínez Estrada dice todo lo que piensa:

*“El **Martín Fierro** tiene mucho de alegato político: al principio no lo juzgaron estéticamente, sino por la tesis que defendía. Agréguese que el autor era federal (federable o mazorquero se dijo entonces); vale decir que pertenecía a un partido que todos juzgaban moral e intelectualmente inferior. En el Buenos Aires de entonces todo el mundo se conocía y la verdad es que José Hernández no impresionó mucho a sus contemporáneos.”*

Esto es cierto. En Buenos Aires todos se conocían, tanto los que se habían puesto a sueldo de la flota francesa como los descendientes del gauchaje que luchó en la Vuelta de Obligado. Pero el hecho de que “todos juzgaban moral e intelectualmente inferior” al partido de Hernández, es una parte de la verdad. La verdad entera es que ese “todo Buenos Aires” estaba formado por los importadores de toros ingleses, de casimires de Manchester, o de sillas de Viena, y sólo constituía la minoría insignificante del pueblo argentino, cuyos ojos estaban fijos aún en el osario de las montoneras aniquiladas por el ejército de línea y el partido de los caballeros de levita. Borges corrobora su aserto apelando a la prosa desdeñosa de Groussac:

*“En 1883 Groussac visitó a Víctor Hugo; en el vestíbulo trató de emocionarse reflexionando que estaba en casa del ilustre poeta, pero “hablando en puridad me sentí tan sereno como si me hallara en casa de José Hernández, autor de **Martín Fierro**.”*

La subestimación evidente que Groussac sentía hacia la Argentina, inmenso baldío en el que estaba obligado a vivir, se manifiesta aquí plenamente. La sonrisa aprobatoria de Borges ante ese desprecio indisimulado no necesita mayores comentarios. A Borges todo lo argentino le produce una curiosidad distante, como a un argentino de la clase alta que ha perdido el seso por Europa. Conviene señalar que no todo lo que resta del viejo patriciado comparte al “snob” que hay en Borges. Jamás le ha perdonado a Lugones que escribiera *El Payador* y que definiera al *Martín Fierro* como un poema épico.

“Lugones siempre había sentido lo criollo; pero su estilo barroco y su vocabulario excesivo lo habían alejado del público.”

Borges no odia el estilo de Lugones, sino al artista que intentó, en un medio hostil, indagar las raíces de lo nacional. Así, subalternizado el intento de Lugones de establecer los precedentes de una literatura propia, arguye Borges que el autor de *Poemas solariegos* escribió *El Payador* con el objeto de acercarse al público, de conquistar auditorio. Esto define por entero a Borges. Desechando la interpretación de Lugones, nuestro erudito concluye ásperamente que era una “imaginaria necesidad” que Martín Fierro fuera épico y que, al fin de cuentas, sólo se trata

“del caso individual de un cuchillero de 1870.”

El “humus” social sobre el que reposa el *Martín Fierro* es rechazado ásperamente por Borges.

Con las mismas razones rechaza el juicio de Rojas, que estima la vida del gaucho Martín Fierro como la vida de todo el pueblo argentino. Pero Calixto Oyuela, “con mejor acierto”, de acuerdo a la opinión de este orfebre, escribió:

“El asunto de Martín Fierro no es propiamente nacional ni menos de raza, ni se relaciona en modo alguno con nuestros orígenes como pueblo ni como nación políticamente constituida.”

Preferimos no discutir la solvencia de Calixto Oyuela para evaluar a Hernández. Como se ve, a Borges no le repugna restaurar fósiles cuando le conviene. Urgido por un afán de precisión agrega:

“¿Qué fin se proponía Hernández? Uno limitadísimo: la relación del destino de Martín Fierro por su propia boca.”

Este galimatías no es una definición, pero reviste un gran interés político. La liquidación sangrienta del gauchaje y su reflejo poético constituyó para Borges un drama “limitadísimo”. Si tal es su opinión sobre la suerte de un pueblo temporalmente vencido, no estima del mismo modo la piratería ingloriosa de los lanceros británicos que conquistaron la India:

“Los ingleses que por impulsión ocasional o genial del escribiente Clive o de Warring Hasting conquistaron la India, no acumularon solamente espacio sino tiempo; es decir experiencia, experiencias de noches, de días, descampados, montes, ciudades, astucias, heroísmos, traiciones, dolores, destinos, muertes, gentes, fieras, felicidades, ritos, cosmogonías, dialectos, dioses, veneraciones.”

Es posible que acumularan todo eso, y también libras esterlinas y océanos de sangre. Pero el lector argentino puede aprender por la pluma de Borges cómo se escribe la historia del mundo. De esta manera podrá explicarse por qué Kipling, el vencedor, reunió más imágenes memorables que Hernández, el vencido. Para el imperialismo británico Borges tañe su lira. Al gauchaje informe le reserva su desprecio. Sus observaciones históricas no son incidentales: obras todas en mismo sentido. Con toda desenvoltura afirma que

“El más resuelto y secreto defensor de Montevideo fue el mismo Rosas, muy suspicaz de un crecimiento peligroso de Oribe.”

Original interpretación del período del bloqueo, que permite insinuar al lector un olvido altamente conveniente de que la flota francesa y los comerciantes de esa nacionalidad radicados en Montevideo, tenían intereses y armas suficientes para emprender por sí mismos esa tarea. Recuérdese que gran parte de la emigración unitaria colaboró notablemente a ese esfuerzo de la segunda Troya, cuyos presupuestos se discutían en el palacio Borbón. Cuando se habla de Montevideo, Borges prefiere generalmente evocar el nacimiento de Lautréamont, el poeta, o de Supervielle, el banquero. Deja en el tintero a Canning, que concibió el Estado-tapón para debilitar a la Argentina y balcanizar más aún al continente. Son olvidos propios de su artista: Martínez Estrada también incurre en ellos.

El europeo Borges y su condenación de las turbas

Atacando en los que intentan ver en la obra de José Hernández una valoración de las virtudes nacionales, Borges comenta malignamente que

“El Martín Fierro les agrada contra la inteligencia, en pos de una herejía demagógica del pauperismo como estado de gracia y de la imprevisión infalible.”

La repulsión contra los de abajo es incontenible. Lo manifiesta con la espontaneidad de la rutina paseando su mirada a través de un siglo de historia. Su voluntad de ahogar el tema trágico de Martín Fierro en una simple anécdota de comisaría, lo que lleva a escribir que

“La cándida y estrafalaria necesidad de que el Martín Fierro sea épico, ha pretendido comprimir en ese cuchillero individual de 1870 el proceso misceláneo de nuestra historia.”

Pero está obligado, como el propio Martínez Estrada, a pronunciar su veredicto sobre la esencia del poema. Borges apela a la fuga. Ya no utiliza las flechas envenenadas. Emplea ahora la técnica del disimulo metafísico:

“...Para unos, Martín Fierro es un hombre culto: para otros un malvado o como dijo festivamente Macedonio Fernández, es un siciliano vengativo; cada una de esas opiniones contrarias es del todo sincera y parece evidente a quien la formula. Esta incertidumbre final es uno de los rasgos más perfectos del arte, porque lo es también de la realidad. Shakespeare será ambiguo, pero es menos ambiguo que dios. No acabamos de saber quién es Hamlet o quien es Martín Fierro, pero tampoco nos ha sido otorgado saber quiénes realmente somos, o quien es la persona que más queremos.”

Toda esta hibridez persigue disolver la conclusión obligada de su análisis (insignificancia conjunta del autor y del poema) en una abstracción pueril: el puñado de inepticias cubre la retirada. Pero sus ejercicios retóricos contra el gauchaje se prolongan hasta el pueblo de nuestros días. Borges ha escrito un libro titulado *Historia universal de la infamia*. Ha dejado muchas fuera del volumen. Aquí recordamos algunas. En una conferencia pronunciada en el salón de actos de los antiguos propietarios del diario La Prensa, titulada “El idioma de los argentinos”, Borges volvió a un tema de su predilección: el compadre, el malevo, el arrabal. No discutiremos sus gustos, sino sus falsas identificaciones. En la cabeza de Borges la vieja distinción de que guapo u orillero eran producto de “la orilla”, vale decir de los extremos límites urbanos, ha llegado a transformarse en una idea más precisa. Para nuestro autor, el arrabal genera al compadrito, pero el arrabal no tiene ubicación geográfica precisa, sino como muy bien dice

“Nuestra palabra arrabal es de carácter más económico que geográfico. Arrabal es todo conventillo del centro.”

Es decir que arrabal y compadrito son las designaciones estéticas que Borges aplica a la gente pobre, al trabajador, al obrero, en una palabra, al populacho. Los abuelos de Borges emplearían la palabra chusma.

Véase cómo este aristócrata define al arrabal y al proletariado:

“Arrabal es la esquina última de Uriburu con el paredón final de la Recoleta y los compadritos amargos en un portón y ese desvalido almacén y la blanqueada hilera de casas bajas, en calmosa esperanza, ignoro si de la revolución social o de un organito.”

Hijo del barrio norte, cuyos títulos nobiliarios todavía huelen a alfalfa, Borges se burla entre dientes de la gente pobre y sola admira al pobre que se hace matrero, es decir, criminal.

El letrado describe a la sociedad plebeya:

“Arrabal son esos huecos barrios vacíos en que suele desordenarse Buenos Aires por el Oeste, donde las banderas coloradas de los remates – la de nuestra epopeya civil del horno de ladrillos y de las mensualidades y las coimas- va descubriendo América. Arrabal es el rencor obrero en Parque Patricios y el razonamiento de ese rencor en diarios impúdicos.”

La prensa obrera que defendía los derechos de los trabajadores es para Borges una prensa impúdica. “La Prensa” de los Gainza Paz, en cambio, era una prensa púdica en el sentido de que ocultaba, mediante los servicios intelectuales de los Borges, toda la infamia de un país colonial.

La razón de esta violencia es simple. Pese al hecho de que Borges anatematiza la idea misma de la lucha de clases, él pertenece a una clase y la defiende constantemente. Contra lo que la gente supone, Borges es un verdadero militante. Es un pilar del "status quo". La expresión de su menosprecio hacia el obrero (arrabalero) es el servicio que como intelectual rinde a sus iguales de adentro y de afuera. En la medida en que los trabajadores organizados se han transformado en la fuerza social más importante de la vida nacional, la vieja cólera de Borges contra el plebeyo se ha duplicado, si esto es posible. Más aún, como la clase obrera se ha transformado en la protagonista de la Revolución Nacional que tiende a reintegrar al país su dignidad como tal, y a vincularnos con el resto de una gran nación inconclusa, revaluando así todas las nociones de patriotismo, Borges se aplica a denostar la idea misma de la patria, cosa muy propia de un europeo, particularmente cuando no está en la suya.

En una nota titulada "Nuestro pobre individualismo", escribe que

"Las ilusiones del patriotismo no tienen término; en el primer siglo de nuestra era, Plutarco se burló de quienes declaraban que la luna de Atenas es mejor que la luna de Corinto."

Borges ridiculiza semejante ilusión argentina. Nuestro políglota postula el carácter inmejorable de la luna de Londres, que al menos produjo a Ruskin y cuyos ditirambos se ejercitan en una lengua prestigiosa.

No se trata de que Borges no sea patriota. Es un patriota inglés, francés o alemán según los casos. Destaquemos el temor de Borges ante

"La gradual intromisión del estado en los actos del individuo; en la lucha con ese mal cuyo nombre es comunismo y nazismo, el individualismo argentino acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontraría justificación y deberes."

Cuando las cosas se hacen difíciles Borges se vuelve claro. El Estado débil es típico de los países coloniales y semicoloniales. El estado fuerte, aparece en estos países como dos variantes: ya sea cuando un gobierno practica el poder con el apoyo imperialista contra las masas o cuando una revolución popular eleva su poder sobre los agentes del imperialismo. La segunda variante no complace a Borges. Los derechos del individuo en este caso son para Borges los derechos del imperialismo, que encuentra ciertas dificultades en las aduanas. Ante la creciente autodeterminación del país Borges declara resignadamente que

"Sin esperanza y con nostalgia, pienso en la abstracta posibilidad de un partido que tuviera alguna afinidad con los argentinos; un partido que nos prometiera (digamos) un severo mínimo de gobierno."

Como hijo dilecto de un país que fue colonia, Borges desea un gobierno de fideicomiso, una administración colegiada al Uruguay, la potestad internacional al estilo de Tánger: un puerto libre de inferencias molestas, un servicial entrelazamiento con el extranjero. Pensando en cipayos de este género es que Lenin aclaró alguna vez que

"aquel que rechaza el nacionalismo de un país oprimido apoya inevitablemente el nacionalismo de un país opresor."

Desde 1920 a 1930 Jorge Luis Borges jugó al porteño, pero no al argentino. Para él la Argentina ha sido siempre Buenos Aires y la glorificación de la ciudad en su obra es una forma de desestimación del país entero. Aun en sus temas vernáculos, en su estudio sobre Carriego, en las indagaciones sobre el tango y el compadrito, en sus ofensivas contra el *Martín Fierro*, Borges busca demostrar invariablemente las "lágrimas" de la Argentina y de sus hombres. Se interesó en ellas como el esteta puede detenerse en una desgracia, en una fatalidad, en una tara. Posteriormente consagró sus esfuerzos a la literatura fantástica, al género policial, a la divagación seudometafísica o seudofilosofica, atacando de flanco, incidentalmente, al país en que vivía. A partir de 1930 fue voluntaria y decididamente un escritor extranjero.

Borges pertenece a esa clase de escritores, tan frecuente en nuestro país, que posee el secreto de todos los procedimientos y combinaciones, pero les falta el soplo elemental de la vida. Han revuelto la marmita de la sabiduría y la sintaxis, pero nada nace de ellos, sino

robots, criaturas geométricas o seres mecánicos. Los ejemplos sobran en los cuentos de Borges o en las novelas de Mallea o en la fama de los epígonos que saturan libros, revistas y suplementos. Este hermetismo inepto y grotesco ha trascendido el cenáculo original; en rigor, el ejercicio actual de las letras parece incompatible con la claridad. Por cada Borges hay cien Murena; por cada Martínez Estrada cien Canal Feijoo. Un charlatanismo desencadenado envuelve a la nueva generación intelectual. No estamos en presencia de una literatura activa sino contemplativa, que no retrata una sociedad viviente sino personajes inmóviles y parlantes, demostrativos de la pericia infecunda de nuestros escritores.

Nuestra literatura se ha disgregado en una vana búsqueda de estilo, soslayando el encuentro con el alma común de una literatura nacional. Leyendo a Borges se recuerda a un crítico contemporáneo que aludiendo a la esterilidad intelectual de nuestro tiempo escribe:

“Se tiene la impresión de que ese autor no pensará ni vivirá otra cosa que lo que pueda volcar en el papel. Sabe medir y elegir, y esas operaciones no implican que en él tenga lugar el menor conato de lucha; todo está valorizado, y no existe en su obra ninguna riqueza oculta. En todo momento se nota una satisfacción perfecta de sí mismo, una complacencia y una seguridad poco comunes (o más bien dicho, demasiado comunes) y la falta absoluta de vacilaciones fuera de las de orden gramatical.”

Lo mismo puede decirse de la mayor parte de los escritores hipnotizados por Europa, que han hecho de la literatura un simulacro sin convicción.

Nuestra literatura será universal si es auténticamente latinoamericana

Si se examina cualquiera de los productos que regularmente publican los suplementos dominicales o las editoriales argentinas bienpensantes, encontraremos que la ilegibilidad es su fundamento común. Pareciera que esta imprecisión deliberada fuese la condición primera del ejercicio de las letras. Debe renunciarse en su lectura a toda adquisición intelectual, puesto que figura en los cálculos de publicista que su presunto lector dispone del ocio y la indiferencia coincidentes con la gratuidad total de la página que se le ofrece. Es un diálogo entre impotentes, infautados por el espíritu de secta. Ninguno de los participantes de la revista “Sur”, por ejemplo, cree en la confusión o la profundidad de sus colegas. Es una convención inviolable proceder como si así fuera y gozar de este modo entre todos los efectos acústicos de este coro enigmático.

La presencia del imperialismo en dicha duplicidad cultural no puede ser discutible. La vinculación ininterrumpida entre la intelectualidad cipaya y los órganos especializados de Europa y Estados Unidos garantizan la continuidad de un intercambio con saldo desfavorable para el país. Las distintas fundaciones o institutos extranjeros proveen los fondos o la fama internacional necesaria para que los escritores dóciles ingresen al círculo de los elegidos y orienten su obra dentro de los cauces prefijados. Nada genuinamente nacional o, por supuesto, revolucionario habrán de nacer de esta casta políglota. Su rechazo es unánime a las conquistas nacionales y sociales del pueblo argentino. Se burla de toda enunciación de una unión de los Estados de América Latina. Dejaremos para otra ocasión un análisis (que resultaría sorprendente) de las ideas políticas en la literatura argentina. Nos encontraríamos en presencia de un espíritu ultra reaccionario, curioso en estos acérrimos partidarios de la libertad del espíritu. Ninguno de ellos, pese a pertenecer a una Nación irrealizada como América Latina y pese al hecho de que la lengua es la herramienta de su oficio, se ha interesado en el vasto campo de creación que presenta el continente. Todos ellos han seguido la ruta de los exportadores y de los importadores, que fue la ruta hacia Europa¹.

Pero el ciclo de colonización espiritual que ellos simbolizan concluye. La primera y más radical manifestación de la aparición de una cultura propia es la afirmación de una

¹ Faltaban muchos años todavía, cuando se escribió este ensayo, para que América Latina deslumbrase al mundo con la novelística de García Márquez, Carpentier o Vargas Llosa.

conciencia nacional. Una teoría de lo nacional latinoamericano expresa ya la fundamentación de una cultura con rasgos autónomos.

Un alemán admirado por los escribas coloniales-Spranger- declara que

“el impulso que movía a la juventud alemana a volverse con marcada insistencia hacia las fuentes originales de su propia cultura, esa tendencia general, visible en todas partes, a revalorar sus formas primigenias de conciencia debe calificarse de proceso pedagógico cultural de gran estilo.”

Una tarea semejante tiene ante sí la juventud de Argentina y América Latina. Es preciso advertir que la teoría de lo nacional no puede confundirse en modo alguno con una teoría de lo argentino. Somos parte indivisible de un territorio histórico ligado por la unidad de idioma. La realización de la unidad política latinoamericana será el corolario natural de nuestra época y el nuevo punto de partida para un desarrollo triunfal de la cultura americana, nutrida en su suelo y, por eso mismo, universal.

Los Estados Unidos de América Latina al mismo tiempo que transformarán los modos de vida de centenares de millones de almas incorporándolas a la historia mundial, modificarán también sus modos de pensamiento y borrarán las fronteras artificiales entre una cultura de plenitud y la reseca sabiduría de los mandarines.

Toda revolución genuina debe ser popular y encarnarse en símbolos e ideologías simples y accesibles a las masas. El falso intelectual, servidor de la contrarrevolución, se mofa de la ingenuidad de algunos de estos símbolos y de esa ideología; el verdadero, desentraña su profundo sentido aclarando la contradicción aparente en el triunfo tan aplastante de ideas tan vulgares. Esto último es por supuesto más difícil. Pero ninguna revolución genuina consolidará su triunfo si no transforma su hegemonía política, transitoria por naturaleza, en hegemonía espiritual. La Revolución francesa resistió varias restauraciones por la obra de los enciclopedistas y sus continuadores. La revolución popular argentina será inevitablemente derrotada si no consigue superar el primitivismo de sus fórmulas originarias y batir en su propio campo a la ideología de la oligarquía imperialista. Esta victoria intelectual, puesto que figura en los cálculos del publicista que su transformar en resurrección la crisis literaria argentina, sino a entregar a la clase trabajadora la herencia política y espiritual que la historia le señala.

Capítulo 3

Una mirada al Supremo Dictador

Los partidarios de la psiquiatría histórica lo habían considerado un objeto digno de estudio. Que hermoso tipo de neurótico, pensaba el doctor José María Ramos Mejía en la década del noventa, al examinar con su lupa positivista al Supremo Dictador. Ya Thomas Carlyle le había consagrado un libro famoso e insignificante. Para un inglés del siglo XIX todos los hispanoamericanos, y en particular sus enigmáticos dictadores, eran seres que vivían en estado de naturaleza. Había que estudiarlos para servir a la ciencia. Hasta Roberto Cumnighame Graham, que era un criollazo enamorado de nuestra llanura, incurrió en la debilidad de escribir otro libro sobre José Gaspar de Francia. Excusará el lector la arrogancia de citarme a mí mismo: “¡Triste destino el de América Latina! Grandes espíritus que entendían el mundo moderno como el viejo Cumnighame, que fue socialista, partidario de la independencia de Irlanda y que siendo de origen noble se hizo abrir la cabeza en Trafalgar Square por defender a los obreros, en relación con la América española sólo amaba sus caballos, sus pampas y su paisaje. Sólo la amaba como naturaleza pero no podía entenderla como sociedad. Otros ingleses menos artistas que él, habían hecho lo posible para que América mutilada fuera indescifrable².”

² Véase “Historia de la Nación Latinoamericana.” Edición Legasa, Buenos Aires, 1985.

El propio Bolívar se irritaba contra el doctor Francia (y con razón), por la obstinación con que el dictador del Paraguay se oponía a toda intervención extraña en el Paraguay y a toda participación paraguaya fuera de su territorio. Esa fortaleza amurallada, cuyo símbolo fuera “El Paraguayo Independiente”, como se llamaría luego el periódico de los López, herederos de la República del Supremo Dictador, era algo monstruoso, y al mismo tiempo digno de admiración. La colección de apasionantes documentos de la época de Francia, laboriosamente reunidos y seleccionados por el doctor José Antonio Vázquez³, nos aproximará hacia una de las figuras más notables de la historia hispanoamericana. Pero dichos documentos no pueden decirnos todo.

Al fin y al cabo, y desechando las inocentes pesquisas científicas fundadas en las “neurosis de los hombres célebres” de los tiempos de Ramos Mejía, ¿Quién era el doctor Francia? ¿Cuál era el origen del poder que le permitió gobernar treinta años? ¿Cuáles eran sus ideas políticas?

En esta breve nota sólo recordaremos que la “misantrópía” del Supremo Dictador era la personificación psicológica de un hecho político que ni Francia ni el Paraguay habían buscado. Los intereses de la burguesía porteña de Buenos Aires le dictaban su conducta: abandonar a su suerte el destino de la Patria Grande que habían concebido Artigas, San Martín y Bolívar. Sólo aspiraba a conservar la hegemonía de la Aduana de Buenos Aires y monopolizar el tráfico del comercio internacional en manos de Buenos Aires. La gran provincia había usurpado los derechos de las restantes del Virreinato al desaparecer el Rey de España. En lugar de organizar la Nación, disponiendo para ella las rentas aduaneras del mejor puerto, el grupo porteño y bonaerense declaró de su exclusiva propiedad la ciudad, la pradera y el puerto. Como decía Alberdi, esa Aduana era la fuente del Tesoro y del Crédito Público en la época. Con esa alcancía, que llenaban todos los argentinos y administraban para sí solamente los porteños, el comercio de las provincias del Litoral y del Paraguay quedaba estrangulado. Por tal causa la oligarquía de Buenos Aires puso precio a la cabeza de Artigas, Protector de los Pueblos Libres y el más grande caudillo popular que haya memoria en la América del Sur.

Se tendrá presente que Artigas no fue tan sólo jefe de una provincia, como sus infieles lugartenientes Ramírez y López, o el famoso estanciero Juan Manuel de Rosas, sino que se propuso confederar a la vasta heredad hispanocriolla en una nación: fue un revolucionario agrario, fue un proteccionista industrial y fue un soldado de la unidad rioplatense. Esa misma oligarquía determinó el enclaustramiento del Paraguay, que sólo podría comerciar mediante la arteria vital del Plata. Así expatriaron a San Martín, degollaron a los caudillos del interior, dieron un golpe de Estado e impusieron de presidente a Rivadavia, socio de los inversionistas ingleses.

Esa burguesía voraz, que ya había privado a San Martín en el Perú de los recursos necesarios para completar su campaña de independencia continental, no sólo asfixió al Paraguay, sino que también libro a la “soberanía” a las provincias del Alto Perú. Con el célebre leguleyo Casimiro Olañeta, doctor “dos caras” de la antigua Charcas, esas provincias se declararon independientes de las Provincias Unidas de Sudamérica para tranquilizar a sus propietarios de minas e indios del Altiplano, que hasta ese momento vivían enfermos por el temor de verse obligados a trabajar sin beber la sangre de los hijos de Atahualpa. En suma, la oligarquía pampeana y sus socios comerciantes de Buenos Aires perdieron la Banda Oriental, el Alto Perú (hoy Bolivia) y el Paraguay.

Sólo acariciaban contra su reseco corazón la Aduana de Buenos Aires; y se reían del mundo entero.

De este modo es posible explicarse, sin historiadores ingleses ni psiquiatras criollos, la personalidad política del doctor Francia. Una vez que lo encerraron bien encerradito, lo acusaron de ser insociable. Francia les pagó en la misma moneda: ¡Pero a qué precio! Trazó

³ “El Dr. Francia visto por sus contemporáneos” por José Antonio Vázquez, Edición EUDEBA, Buenos Aires.

alrededor del Paraguay una frontera de hierro en el sentido más literal de la expresión, pues fabricó cañones y los emplazó en los lugares estratégicos. Durante treinta años no dejó ingresar ni salir a nadie de su tierra. A quien entraba al Paraguay le resultaba muy difícil salir; y Quién llegaba a salir era casi imposible que volviera a entrar. El naturalista francés Bonpland anduvo por esos lugares buscando plantitas y especies raras; tuvo la desgracia de pisar suelo paraguayo. El Supremo ya no lo soltó. La Europa entera clamó por su libertad, pero el doctor Francia se mantuvo inflexible. Hasta Bolívar, que de alguna manera era un personaje universal que había vivido en París y era un civilizado, se sintió por un momento seducido a tentar la empresa napoleónica de librar una guerra para librar al sabio. Pero este hombre duro no había aparecido al azar en la historia del Paraguay.

Detrás de él estaban los guaraníes, base étnica del pueblo paraguayo. Y la Compañía de Jesús, que había erigido con las Misiones un obstáculo a los *bandeirantes* que cazaban indios a fin de venderlos en el Brasil. También los encomenderos disputaban a los jesuitas el derecho de reducir guaraníes para explotarlos como esclavos. Cuando las Misiones fueron expulsadas a fines del siglo XVIII dejaron una tradición de economía agraria sin grandes terratenientes. Este hecho perduró hasta los López. Sólo se estableció la gran propiedad parasitaria en el Paraguay después de la Guerra de la Triple Alianza. En realidad, a Francia y a los López los sostuvo una clase campesina de pequeños productores relativamente prósperos.

El trágico error del doctor Francia fue el de aceptar el terreno elegido por sus adversarios, que eran adversarios de la causa nacional de la América Latina: un Paraguay aislado no podía ser sino víctima propicia de los grandes imperios y de sus Virreyes locales. Defendió la soberanía gallardamente, pero su fatal limitación histórica le impidió la única política que podía haber cambiado la historia de su época: unirse a Artigas y a Bolívar para destruir a la burguesía porteña, limeña y bogotana – la historia no lo quiso así- y echar las bases de la Nación Latinoamericana. Al caudillo oriental, lo acogió en la hora de la derrota. Artigas vivió treinta años en el Paraguay, pero Francia no lo conoció personalmente, pues siempre rehusó hablar con él. En cuanto a Bolívar, sólo respondió negativamente con una carta altiva al ofrecimiento del Libertador de Colombia de establecer relaciones con los pueblos latinoamericanos.

Defendió de ese modo a su patria chica de las turbulencias revolucionarias; pero abandonó a la Patria Grande. Un cuarto de siglo después de su muerte, se desencadenaba sobre el aislado y orgulloso Paraguay heredado por los López una tempestad de hierro y fuego. La historia dirimía la polémica sobre una política “nacional” fundada sobre una provincia. O las provincias se unían para la Nación, o las oligarquías regionales y sus amos extranjeros triunfarían sobre cada una de las provincias por separado.

El doctor Vázquez nos introduce en el universo del Supremo Dictador. Veámoslo actuar cada día como jefe supremo, instructor de milicias, componedor de matrimonios desavenidos, juez civil, tribunal inapelable del comercio exterior y director de obras públicas. Todo lo hacía, todo lo veía, lo resolvía todo. Hombre ilustrado y consagrado con una pasión excluyente al servicio público, su desinterés, su ausencia de toda vanidad y su temple eran realmente dignos del gran pueblo que lo sostuvo. Esto acentúa la tragedia que abrumará luego al Paraguay como resultado de la política porteña.

Pero la historia fluye todavía y quizá pueda enseñar a los latinoamericanos que deben borrar para siempre, primero en su conciencia y luego en la realidad, toda frontera interna. Pues reunir las partes sangrantes de una patria dividida será la tarea más trascendental que pueda acometer la generación de nuestra América Latina del siglo XX para que nuevamente la humanidad pueda recordar las palabras con que Hegel saludó al estallido de la revolución francesa:

“Era pues una espléndida aurora. Todos los seres pensantes celebran esta nueva época. Una sublime emoción reinaba en aquella época, un entusiasmo del espíritu estremecía el mundo, como si por primera vez se lograra la reconciliación del mundo con la

divinidad.” En el lenguaje hegeliano la divinidad era la Diosa razón de Robespierre; y para nosotros será la profunda racionalidad que pondrá fin a la prehistoria mítica de una América harapienta donde todos sus héroes, como el doctor Francia eran siempre héroes derrotados.

Capítulo 4

La revolución Peruana: un diálogo

En 1974 la Revolución Militar peruana estaba en su apogeo. En casa del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, entonces emigrado en Lima, se realizó una conversación sobre la revolución peruana entre Carlos Delgado, asesor del presidente, General Juan Velazco Alvarado, y Jorge Abelardo Ramos. La discusión fue organizada y luego grabada por la revista “Postdata” que dirigía Alfredo Barnechea. Se publicó luego en Lima y México. He aquí su texto.

Ramos: La visión de la Revolución Peruana, para un argentino que desde hace casi treinta años ha participado de alguna manera en los episodios victoriosos e infaustos de la revolución nacional en la Argentina, es naturalmente un fenómeno estimulante. Creo que aquí el Ejército, en su primera etapa, ha arrancado de cuajo y casi ha salido con todas sus raíces al cielo, el árbol putrescente de la vieja oligarquía agraria, que constituía, desde la colonia, el principal factor del estancamiento nacional. Y ese solo hecho – y creo que un político revolucionario debe ir a los grandes hechos y no empantanarse en las anécdotas menudas- es de una trascendencia histórica tan formidable que sólo después uno puede juzgar pausadamente cuáles son los límites del proceso. Pero lo que han hecho aquí las Fuerzas Armadas y los sectores populares que la sostienen es, en primer lugar, irreversible y, en segundo lugar, figurará en la historia de la América Latina como el acto más importante ocurrido en el Perú desde la muerte de Túpac Amaru. Ha sido destruida la oligarquía agraria peruana. Ese es el hecho inicial para un observador ajeno al proceso, aunque como latinoamericanos formamos parte de la misma Revolución nacional unificadora. Este es mi primer juicio, que es, si se me permite la expresión, ya que estamos impregnados desde los tiempos de Napoleón del lenguaje militar para hablar de los asuntos civiles, un juicio “estratégico”. Pueden gustarme o no ciertos aspectos, digo, en la medida en que uno no conoce realmente los asuntos peruanos. Para mí hay un metro de oro en la materia y es algo que decía uno de los hombres que sabía más de política. Churchill, que manejó un imperio formidable en los tiempos modernos dice en sus *Memorias*:” Es muy difícil conocer la política de su propio país, pero es totalmente imposible conocer la política de otro país.” Así que dejo la palabra a Delgado.

Delgado: Naturalmente yo coincidí con la asignación de un alto rango histórico al haber liquidado el poder económico y político de la oligarquía peruana.

Pero quisiera señalar que la reforma agraria significa la primera de las grandes transformaciones sociales de Perú, pero de ninguna manera es la única: creo que forma parte de una orientación política muy clara destinada a reconstruir los fundamentos de la sociedad peruana y a transformar, esto es, sustituir el sistema tradicional para crear en Perú un ordenamiento social, político y económico esencialmente distinto al que prevaleció antes de 1968. Y esto se realiza dentro de una atipicidad muy clara, donde los factores heterodoxos priman hasta conformar un conjunto de acciones y de planteamientos – que eso es el proceso revolucionario peruano- completamente nuevos, que obliga a repensar, a visitar muchos de los lugares de teoría política contemporánea y muchas de las experiencias surgidas de la praxis de otros procesos de transformación en el mundo contemporáneo. Y uno de estos factores de atipicidad es que todo este proceso se inicia a partir de la acción institucional de

una Fuerza Armada que, históricamente, había sido uno de los elementos de sostén del orden establecido en el Perú. Esto es una conquista muy grande: la Fuerza Armada, sin ruptura de su unidad y sin renegar de su ancestro, por decirlo así, reformó su propio papel en la sociedad peruana.

R: ¿Te puedo interrumpir?

D: Claro.

R: Esto me recuerda el asunto del Ejército Argentino y el Ejército latinoamericano en general. En realidad, la atipicidad del Perú en relación al Ejército, es una característica común de la América Latina semi-colonial, en tanto que el Ejército es el brazo armado de la clase media que a veces sufre el destino funesto de ser instrumento de las clases dominantes, y otras se transforma en el instrumento de la voluntad popular. Y esta contradicción social en que se ha movido el Ejército latinoamericano es lo que explica los cambios en el Perú. En este caso, en la madurez del siglo XX, el Ejército peruano, como hace treinta años el argentino, abre el camino para una reformulación de la estructura social. Esa contradicción fluye del papel que juega la clase media latinoamericana.

D: A mí me parece que un análisis clasista no aporta luces definitivas para la comprensión global del fenómeno. El origen social de los oficiales del ejército peruano no explica de manera total y satisfactoria el cambio posicional de la institución castrense en el Perú. Es el mismo origen de otras Fuerzas Armadas en otros países latinoamericanos, que sin embargo juegan un rol reaccionario. Me parece que hay un conjunto de factores que aportan una explicación, si no total, sí aproximativamente mucho más satisfactoria que una explicación surgida de consideraciones de clase social como origen y procedencia de los integrantes de la Fuerza Armada...

R: Sin embargo, Carlos permíteme que te diga que, en este sentido, el pensamiento marxista, que ha sufrido toda clase de transformaciones desde que llegó...

D: Perversiones, di.

R:...desde que llegó en los barcos de Europa, tiene sin embargo una enorme fertilidad, a condición claro de que le demos la necesaria independencia creadora. En América Latina, integrada por pueblos sin historia, como decían orgullosamente los historiadores occidentales hace dos siglos, existen las clases sociales; en forma embrionaria, tendencial, son el equivalente de las mismas clases sociales existentes en la Europa desarrollada. En tanto que existen, es que a veces, el Ejército en virtud del carácter primitivo de esas clases, de la insuficiencia de la burguesía nacional, de la debilidad de la clase obrera, en algún momento sustituye al *Troisième Etat* de los franceses y ejerce el papel de reestructurador del Estado. De modo que esa debilidad de las clases, testimonio del atraso histórico de América Latina, permite que el Ejército, en ciertos momentos, aparezca como partido de una clase, y apele a métodos bismarckianos para resolver los problemas que las viejas clases de Europa resolvieron bajo la forma del *Tercer Estado*. Es en este sentido que podemos aproximarnos, sin afán de codificar, de envanecernos con una ilusoria sacra ciencia marxista, a nombrar por nuestra cuenta las cosas que ocurren a los latinoamericanos, liberándonos de esa pesada herencia española del siglo XVI, señalada por el padre Acosta, cuando decía que los españoles de aquí ponían nombres de Castilla a las cosas de Indias. Por ello no digo que el Ejército peruano realiza una política burguesa; estoy seguro, en todo caso, que el Ejército peruano realiza, por otros medios, lo que las burguesías del siglo XVII y XVIII, de Inglaterra o de Francia, realizaron mediante un lento proceso histórico o mediante el hacha o la guillotina.

Te voy a contar una anécdota. En junio del 68 yo regresaba de Europa y estuve unos días en Lima. Di algunas conferencias, no recuerdo si en la Universidad de San Marcos o en la de Ingeniería. Traté allí de llevar a los estudiantes, hipnotizados por lejanas voces, como siempre, ciertas coordenadas que me parecían posibles en el Perú. Entre las hipótesis no figuraba la de un golpe militar como el que se dio. Para evidenciar mi escaso poder profético, tan sólo cuatro meses más tarde, éste ocurrió. Es que en el Perú el Ejército no tenía

antecedentes que permitieran preverlo. Quizá sea que la musa de la Historia es mujer e imprevisible. Debemos aproximarnos a los nuevos fenómenos sin prejuicios y sin nombres hechos.

D: Yo haría algunos comentarios a lo que has dicho. En efecto, lo que está sucediendo en el Perú tiene que ser comprendido desde un punto de vista nuevo, no puede ser comprendido con los modos del pasado. En segundo lugar, nada de lo que tú dices inválida, por el contrario, avala, señala la necesidad de ser conscientes de que cuando en teoría marxista se habla de clases sociales, y con esta misma expresión se denominan a fenómenos sociales supuestamente similares que existen en países como el Perú, se comete un serio error. Porque la similitud denominativa tiende a encubrir una disimilitud real, social, muy concreta. No es que en países como los nuestros no existan clases sociales, sino que ellas existen de manera muy diferente a sus supuestos equivalentes en las sociedades capitalistas de alto desarrollo. Y de acuerdo a la propia lógica del razonamiento marxista, de acuerdo a Marx, las clases sociales son el resultado del sistema capitalista. Quiere esto decir que allí donde no haya un sistema capitalista desarrollado no existirá un sistema de clases desarrollado. Un sistema incipiente y larvario como el capitalista peruano, no podrá generar un sistema de clases complejo, completo.

R: Perdóname Carlos. Has llegado a un punto clave. Marx, en modo alguno sostiene que las clases sociales son el resultado necesario de una sociedad capitalista. Las clases existen antes del sistema capitalista: lo que hace éste es formar y desarrollar cierto tipo de clases. Ahora, y en esto estoy de acuerdo plenamente contigo, las clases sociales que hay en nuestra América difieren por su consistencia, por sus relaciones de propiedad, sus medios de producción, sus ideas y sus aspiraciones, de las clases que en este momento existen en la Europa avanzada.

D: Fenológicamente, son realidades distintas.

R: La diferencia esencial que han olvidado los marxistas de Indias con respecto a nuestro teatro histórico de operaciones, es lo que ya había señalado Lenin: la diferencia en el mundo moderno entre naciones opresoras y naciones oprimidas, entre naciones que necesitan realizarse históricamente y naciones que ya lo hicieron y no pueden en el marco del sistema capitalista avanzar más. Por eso hay países revolucionarios, países imperialistas y países semicolonial.

Los papeles que las clases desempeñan en cada uno son distintos. De ahí resulta posible percibir que cuando un movimiento se desenvuelve en América latina, es un movimiento en el que confluyen clases sociales diferentes en torno a objetivos comunes. Eso es un movimiento nacional.

D: Claro. Ahora, desde un punto de vista teórico, en la perspectiva marxista, siendo el concepto de “clase social” un concepto crucial, él fue tratado en forma sistemática por Marx a lo largo de toda su obra. No hay en Marx una definición cabal de este concepto. Pero en el último trabajo escrito por él sobre el tema – me refiero al capítulo inconcluso sobre clases sociales en el tercer volumen de *El Capital*-, se dice explícitamente que en las sociedades modernas las clases sociales son el resultado del sistema capitalista. En síntesis, yo reiteraría que la aplicación mecánica de la terminología marxista tiende a encubrir el hecho de que la aparente similitud denominativa no se refleja en una correspondiente similitud fenomenológica en la sociedad.

Cuando se habla de clases sociales aquí, se está hablando de realidades muy distintas a las que Marx llamó con ese apelativo. Ahora, quiero volver un poco más atrás, para comentar algo que tú decías. Quiero decir que la tarea que la Fuerza Armada está cumpliendo no es comparable a la que cumplieron las burguesías europeas. La construcción de la sociedad capitalista fue la tarea histórica de la burguesía europea en el siglo pasado. La tarea histórica de esta Revolución es superar, esto es, sustituir el sistema capitalista en su conjunto.

R: Tu observación es correcta. A través de un Cromwell o un Robespierre, abren el camino a través del capitalismo, a la civilización. Lo que no quiere decir que las

instituciones o clases que en América latina abran el camino de la civilización a nuestro pueblo, deban pasar por la civilización capitalista.

D: Otra manera de decir esto es: una similitud de función diferenciable. Ahora yo quería comentarte otra cosa, pasar a otra cosa... A ti te interesa mucho Mariátegui...

R: No, me explicaré. Me interesó Mariátegui en relación a Haya. Vi que la izquierda clásica y ortodoxa en el Perú había hecho de Mariátegui una especie de mentor, y entonces yo he planteado el tema estudiando la formación del pensamiento de Mariátegui y sus límites.

D: Justamente, yo quería señalar uno de los múltiples hechos contradictorios de la política contemporánea del Perú; muy claramente dentro del campo de la llamada izquierda ortodoxa o clásica, de inspiración, supuesta o real, más supuesta que real, en mi opinión, marxista. Esos grupos, supuestamente también seguidores de una posición marxista-leninista y seguidores de Mariátegui, otra vez supuestamente, niegan todo carácter revolucionario a este proceso.

R: No es que el proceso revolucionario no sea tal, sino que los que no son revolucionarios ni marxistas, son ellos.

D: No, ya sé, pero desde esa perspectiva...

R: Al decir eso se traicionan.

D: Lógico, pero fíjate, esa contradicción muestra precisamente lo que tú señalas y se ejemplifica en lo siguiente: la completa ignorancia que esa gente tiene de la valoración que Mariátegui dio a la dominación latifundista en el Perú. Explícitamente, en alguna parte de su obra, se dice: la liquidación del latifundismo será la gran tarea histórica de una revolución social en el Perú.

R: Es lo que yo señalo en el estudio del que *Postdata* publica una parte. Analizando los *Siete ensayos* se ve allí la dependencia cultural europea que Mariátegui tenía, porque Mariátegui era un hombre en pleno desarrollo cuando murió. Se observa cierto librecambismo, ciertos prejuicios raciales. Y señalo cómo Mariátegui se va transformando de esta atmósfera d'annunziana y croceana en la que viene envuelto, en un revolucionario y, lo que es más importante, en un peruano que va hacia las raíces de su país. Y se ve cómo en *Siete ensayos* avanza hacia la autoconciencia del Perú verdadero. Allí la cuestión indígena se resuelve en la cuestión agraria: liquidado el latifundismo el indio será libre y peruano. Ese avance de Mariátegui, yo lo destaco como uno de los aportes de su gran talento, al disolver las estupideces famosas de los stalinistas, de los congresos comunistas de la época, donde planteaban nada menos que la creación...

D: De las repúblicas quechua y aimara...

R: Así es: creyendo que se trataba de las nacionalidades alógenas del imperio zarista, porque todo lo que ellos hacían era traducir del ruso, y lo que había sido una gran tragedia y una gran política en la revolución rusa, resultaba ridículo, como casi todo lo que se traduce.

D: Claro, se hacía parodia. Ahora, la mención a Mariátegui es significativa en una conversación que versa sobre proceso revolucionario actual, en tanto que hay que reconocer que la década del veinte fue crucial para la definición de los grandes movimientos políticos de América Latina y del Perú. Tengo la impresión de que lo que sucede hoy en América Latina no puede ser comprendido sin la comprensión cabal de esa década... Yo quería que volviéramos al inicio, y al tema propuesto por ti, porque el señalamiento del carácter histórico de la reforma agraria no agota la temática de las transformaciones propuestas e iniciadas ya por la revolución peruana. Pero me parece necesario caracterizar algunos de los rasgos esenciales de la reforma agraria en el Perú. Diría lo siguiente: la reforma agraria está planteada como un proceso de grandes transformaciones sociales y económicas y no como una medida de carácter puramente redistributivo, técnico o administrativo. En segundo lugar diría que por el sustento mismo de las relaciones económicas concretas que son el fundamento de la sociedad agraria en el Perú, país fundamentalmente agrícola desde el punto de vista de su población económicamente activa, es una medida que excede fácilmente el contexto rural para convertirse en una medida transformadora de toda la sociedad peruana.

No se trata solamente – y esto sólo sería ya un hecho de trascendencia histórica- de una revolución social en la base de sustentos más decisiva de toda la nación peruana. En sus términos...

R: ¿Perú es una nación?

D: Iba a decir en sus términos sociales y en sus términos económicos y políticos. Si el Perú es una nación depende enteramente de la amplitud que asignemos a la palabra. Ahora, la tercera cosa que debe decirse con relación a la reforma agraria, es que ella es el primer hecho de una serie concatenada de medidas de transformación que en su conjunto obedece a un mismo norte. Me explico: la reforma agraria es una de las tres grandes medidas troncales dadas por la revolución peruana, en la línea de una política orientada a sustituir el sistema capitalista. Las otras dos serían la reforma de la empresa industrial capitalista tradicional y su conversión a empresa cogestionaria vía la comunidad laboral como institución, y la medida que avanza mucho más esta tendencia sustitutoria del sistema capitalista, que es la creación del sector de propiedad social en todos los campos económicos importantes. Ahora propiedad social ya empezó a existir en el Perú desde el momento en que se dio la reforma agraria. Las formas cooperativas son formas, si tú quieres, premonitorias de la propiedad social. Lo importante es, pues, en cuarto lugar, que la reforma agraria privilegia las formas asociativas de propiedad. Cuando la reforma agraria termine dentro de dos años, más o menos, el setenta por ciento de la actividad económica en el agro peruano estará sustentada sobre formas asociativas de los medios de producción y no de propiedad individual. De modo que no se trata solamente de que la reforma agraria cancele históricamente el latifundio como institución económica predominante a todo lo largo del periodo republicano, no se trata solamente de que cancele el poder económico de la oligarquía latifundista; porque todo eso podía hacerse vía una modernización capitalista, sino...

R: No puedes hacerlo.

D: Sí puedes, pero eso lo podríamos después. Lo importante es que sustituye la prevalencia de la propiedad privada de los medios de producción en la economía rural por la prevalencia de formas asociativas de producción, lo cual da una esencia no capitalista al nuevo ordenamiento social y económico.

R: Las cooperativas no tienen por qué ser no capitalistas. Una cooperativa es simplemente la incorporación al capitalismo de pequeños productores que ahora son dueños de una comunidad. Eso no es en sí mismo ni bueno ni malo; depende del marco general de la sociedad. Una sociedad socialista relativamente avanzada puede tener cooperativas; es una forma de pequeña burguesía propietaria en cooperativa de los medios de producción. A mí me parece más progresivo que el capitalismo estricto, eso es obvio.

D: No, es que nosotros no estamos tomando en el Perú, creo yo, a las cooperativas como formas cristalizadas, definitivas, inmodificables, sino como un paso y una ruptura a su ulterior conversión en verdaderas empresas de propiedad social. El problema de fondo está en que el cooperativismo en el Perú aún no ha definido formas revolucionarias en su constitución y en su compartimiento; sigue siendo en gran medida el cooperativismo clásico, válvula de escape del sistema capitalista. De lo que se trata, es de crear un cooperativismo que se acerque mucho más a la realidad de una propiedad social de carácter no capitalista; y esa es la orientación de la reforma agraria. Lo importante es destacar que esa apertura a las formas asociativas es un paso sin el cual sería imposible crear una verdadera propiedad social en el campo. No necesariamente éstas vayan a ser creadas; la direccionalidad del proceso es que sí creen. Pero comprendo perfectamente, y te doy la razón cuando tus señalas que la existencia de las cooperativas no definen por sí mismas el conjunto de la economía, eso es muy claro.

R: Ayudan al tránsito.

D: A la transformación más que al tránsito. Por eso es que la reforma agraria no puede ser juzgada, en lo que tiene de mérito histórico, de manera aislada, sino que tiene que ser vista como parte de toda una política de ruptura del capitalismo. En esto...

R: Perdón Carlos. Yo entendía la liquidación de la estructura latifundista como el primer paso sin el cual la sociedad peruana no podía elegir su destino.

D: Bueno, en eso estamos de acuerdo. Yo agrego simplemente que ella es parte de una política de conjunto y que, dentro de esta, hay otras medidas de rango histórico tan alto como la reforma agraria.

R: Me gustaría escuchar alguna opinión tuya sobre las relaciones entre revolución militar y política. El ejemplo que hemos tenido en la Argentina es que el 4 de junio de 1943 el Ejército da un golpe de estado, y todas las fuerzas, aun de izquierda, de la Argentina inglesa se oponen, acusándolo de fascista. Realiza declaraciones ideológicamente reaccionarias y actos nacionalistas. Pero ser nacionalista en América Latina es ser progresista; serlo en la Europa desarrollada es declararse reaccionario. Sin embargo, el Ejército es influido en sus cuadros oficiales, por una gigantesca campaña de intimidación y terrorismo ideológico que desatan los partidos de la vieja factoría portuaria, que moviliza a la clase media, a la opinión pública, contra lo que el gobierno realizaba en orden a la economía y en orden a la política laboral: sindicalizaciones, etc. Al punto que es frustrado el intento del 4 de junio por una contrarrevolución “democrática” que invade las calles de la ciudad manifestando contra el Ejército y contra el gobierno nacionalista. Perón es detenido por un sector del Ejército, intimidado por esa campaña, y enviado a la Isla de Martín García el 8 de octubre. Y el 17 de octubre, a lo largo de diez días, se movilizan en los ingenios de Tucumán, en los frigoríficos de La Plata y en las fábricas del Gran Buenos Aires, las gigantescas masas obreras que obligan al retorno de Perón y devuelven a los amigos de éste su confianza como para reagruparse a su alrededor y restablecer un diálogo entre las corrientes dentro del Ejército. Sus enemigos de adentro constatan que Perón tiene apoyo, al menos tanto como el que lo derribó, es necesario convocar a elecciones para que las corrientes del ejército vean quien tiene más razón y más votos. El Ejército, vencido en su política militar pura, en su nacionalismo sin pueblo, resulta sorprendentemente reivindicado a través de Perón por la irrupción de las masas el 17 de octubre. Y el 24 de febrero del 46, Perón obtiene una victoria electoral muy ceñida, por no más de doscientos mil votos. El ejército se opone de alguna manera al aparato político de las viejas clases de la sociedad argentina y abre las puertas al peronismo, un movimiento político que era el resultado, en ese instante, de la alianza entre los sectores populares y el ejército. No pretendo homologar procesos distintitos, como los de Argentina y Perú. Hago esta advertencia antes de hacer mi pregunta. El Ejército, que está llevando a cabo estas transformaciones sociales en el Perú, ¿Qué visión política tiene de su futuro? ¿Qué instrumento político civil concibe para continuar el proceso revolucionario? Leo documentos y escucho opiniones que dicen que el criterio actual del gobierno es no crear un partido político. Al mismo tiempo observo que hay partidos políticos tradicionales y que existe una actividad política relativamente normal que el gobierno ha respetado. Al lado de lo que está ocurriendo hay dos sectores que esperan: el aprismo y el Partido Comunista. Pero, de parte del gobierno, se estima innecesario crear un partido que defienda y continúe la práctica revolucionaria del proceso. Me gustaría escuchar tu opinión.

D: Me parece que todo esto alude a uno de los problemas fundamentales del proceso. El punto de partida de la respuesta es el que esbocé hace unos momentos: la revolución peruana no es sólo el conjunto de transformaciones económicas que ella está realizando, sino que es también, lo que importa desde el punto de vista ideológico, una posición teórica. De aquí se deriva lo siguiente: el proceso revolucionario se orienta a la sustitución del sistema capitalista, en sus manifestaciones económicas y políticas, y su reemplazo por un sistema, vale decir mejor, por una forma de estructurar las relaciones de poder económico, político y social, que en esencia sea distinta tanto del capitalismo, que prevaleció en el Perú como al comunismo, que es una ley de alternativas al capitalismo y que a nuestro juicio tiene muy serias fallas de concepción, representando una alternativa pobre, revolucionariamente hablando, al sistema capitalista. Esta alternativa al capitalismo, distinta al comunismo, es crear lo que podría ser definido esencial, sintéticamente como un ordenamiento

socioeconómico participatorio. Esto supone un ordenamiento en el cual la economía se sustente fundamentalmente sobre un sector de propiedad directa de los propios trabajadores. El fundamento de esta opción es que nosotros creemos que a la sustitución de la propiedad privada no debe corresponder un sistema en el cual la propiedad de los medios de producción radique en la burocracia partidario-estatal, sino un sistema en donde el acceso directo de los trabajadores, que con su trabajo crean la riqueza, a las fuentes decisionales, sea una realidad, tanto en la economía como a la política. Es decir, quien accede directamente a la propiedad de los medios de producción, accede al ejercicio del poder económico y, a su vez, quien accede al espacio en el que se sustente un efectivo y veraz poder político. Ahora, a una economía basada en la propiedad social de los medios de producción debe corresponder una sistematización de relaciones políticas en base a la transferencia del poder, a la no concentración del poder, a la desaparición de las formas oligárquicas de intermediación y, por lo tanto, a un sistema en el cual el poder político de los ciudadanos, no ya en tanto productores, sino en cuanto ciudadanos, sea ejercido con el mínimo de intermediación por sus propios productores de riqueza. Una ordenación socioeconómica de carácter participatorio, entonces, descansaría sobre la base de una economía de participación, vale decir, una economía sustentada en la propiedad social y en un aparato político donde el poder sea ejercido directamente por las organizaciones sociales de base autónomamente organizadas y libremente dirigidas por sus propios integrantes.

R: Disculpa que te interrumpa un instante, Carlos. Evidentemente debemos volver a evaluar en todo su significado la palabra teoría, porque es la forma con que entramos al futuro y con qué arreglamos nuestra conducta práctica. Yo no estoy totalmente seguro que la propiedad social de los medios determine automáticamente el ejercicio del poder político por parte de quienes están en la base misma de esa propiedad social. Un ejemplo de la disociación entre una economía fuertemente socializada y un régimen político duramente jerarquizado y distante del pueblo, es la Unión Soviética.

D: Yo disputaría eso porque no creo que en la Unión Soviética haya una verdadera socialización de los medios de producción. La hay en tanto existe en teoría una valoración de direccionalidad de ese tipo, pero intermediaria, vía el control real y efectivo de la burocracia estatal – partidaria.

R: De acuerdo. Pero imaginemos nosotros que en tanto el Perú no logre ir hacia esa socialización, nadie va a exigir al Gobierno peruano que decrete la autogestión y la determinación directa de los productores en la economía y la política en cinco o diez años. Es un proceso muy largo. Nadie va a exigir eso; estamos diseñando las líneas del proceso. Yo señalo que si no está aquí esa burocracia, hay alguien que hace ese papel intermediario; en este caso es el Ejército, que ocupa el poder en todos los aspectos fundamentales. El Ejército, pregunto yo ¿es hoy el partido político del pueblo peruano? ¿Cuál es la razón por la que las Fuerzas Armadas no estiman conveniente generar un movimiento político civil?

D: La pregunta no puede ser respondida demasiado sintéticamente sin riesgo de malinterpretación de parte tuya. El rechazo de la Revolución Peruana a expresarse políticamente vía un partido, se fundamenta en lo siguiente: el partido como institución es un mecanismo de intermediación expropiatoria. El partido no es, por tanto, el instrumento a través del cual pueda contribuirse a la creación de una sociedad participacionista. El partido tiende a concentrar poder, no a transferirlo; el partido tiende necesariamente a extender su papel como intérprete del pueblo o de una clase social determinada. En consecuencia, el partido es un instrumento de poder, al servicio de una estructura dirigente y, en esa medida, de expropiación del poder. Entonces, si nosotros intentamos crear una sociedad que se aproxime al modelo de una sociedad participacionista, no podemos utilizar para este tipo de concepción revolucionaria un mecanismo de no participación como el partido. No se trata solamente de que los partidos políticos peruanos hayan sido así, sino de que la *institución partido* tiene esas características expropiatorias. Algunos de nosotros estamos elaborando ideas de alguna manera emparentadas con esta temática que se dan más o menos en estos

términos. A nuestro juicio, el sistema capitalista y el sistema comunista son sistemas basados en economías de no participación. En ambos sistemas el productor se mantiene siempre como un productor intermediario de riqueza: en el caso del capitalismo, por la acción expropiatoria de una clase social, como la burguesía; en el caso del comunismo por una formación social con conducta clasista que es la burocracia partidario- estatal. Nos parece que sistemas basados en economías no anticipatorias tienden a expresarse políticamente en estructuras organizativas de carácter no participatorio. Nos parece también que no es casual el hecho de que el partido como institución haya surgido en la tradición histórica de los países capitalistas de Europa occidental y que sea por lo tanto una creación de los últimos sesenta o setenta años. De ninguna manera el partido representa una institución inherente al hecho de la vida social. No nos parece casual tampoco, que en los países comunistas la expresión política del ordenamiento de la sociedad sea vía la institución política, a través de una modalidad culminante de las características expropiatorias del partido que es la modalidad de partido único. En los países capitalistas existe pluralidad de partidos, pero el partido como institución es el eje de la institucionalidad política de la sociedad y en los países comunistas el partido sigue siendo la institución eje. En síntesis, ambas sociedades son antiparticipatorias; ambas requieren de un mecanismo antiparticipatorio como el partido. Si nosotros queremos lograr aquí institucionalizar un modelo final de carácter no capitalista y no comunista, sino de carácter participatorio, mal podríamos utilizar para este fin la institución expropiatoria del partido. Por eso es que la Revolución peruana decide no expresarse políticamente a través de un partido.

R: La tesis es lógicamente correcta, pero parte de una premisa falsa. Aunque existe una sociedad capitalista, no existe una sociedad comunista como modelo que se ofrezca al examen de nuestros contemporáneos. Existe la Unión Soviética si se quiere tomar un punto de referencia. Y el punto de vista fundamental, para ser conciso en la materia, es que el partido, la burocracia, la ideología petrificada, y la intermediación entre los trabajadores y el poder, es el resultado histórico del atraso histórico y social del viejo imperio de los zares. Y no es una fatalidad inherente a la concepción marxista de una sociedad nueva. En consecuencia, si se examinan los orígenes sociales de la burocracia, si se consultan los estudios de Rakovsky, *Los Peligros profesionales del poder*, o los de Trotsky sobre la naturaleza social del régimen soviético, llegaríamos a un tema muy complejo y también socorrido: de qué manera las revoluciones socialistas han triunfado en los eslabones más débiles del capitalismo: China, la Unión Soviética, Cuba, etcétera, de qué manera se han fundado en el atraso y no en el adelanto; y de qué manera han puesto en cuestión las predicciones de Marx acerca de que el socialismo debía ser el resultado final del desenvolvimiento de las fuerzas productivas de la cultura y de la civilización acumuladas por el capitalismo y la burguesía y no el punto de partida desde el atraso y la pobreza; y sin embargo, distintas circunstancias históricas determinaron que para poder remover el atraso del imperio zarista bizantino y de la vieja dinastía china, tuviesen que ser los marxistas los que comenzasen el proceso de realizar la acumulación de capital que en los países centrales tuvo como misión la burguesía. El socialismo empezó su camino a partir de la acumulación primitiva. Esto dio como resultado el salinismo y los flagelos de la burocracia y el terror. De modo que no podemos decir que eso que está ocurriendo en los países llamados socialistas sea el socialismo. Es “una marcha de tortuga”, como decía Bujarin, hacia el socialismo. Creo que todos estaríamos de acuerdo en que una expropiación de los expropiadores, una reabsorción de la sociedad de clases en una sociedad socialista de productores directos y libres, en Estados Unidos, por ejemplo, nos ofrecería los fenómenos de la burocracia, típica característica del atraso, no ofrecería las características de terror, contiguo a la burocracia, puesto que nacería sobre la abundancia. Debemos colocar las cosas en ese nivel. Frente al problema de los partidos, que has expuesto tan elocuentemente, yo diría que ese problema es puramente instrumental. Está ligado a la estructura, a la tradición de una sociedad, y es, simplemente, la manera con que distintas clases sociales expresan sus intereses e ideas. Mi

temor, para resumir mi pensamiento, ya que podríamos convertir esta conversación en una nueva Enciclopedia del siglo XVIII, en una larga conversación de iluministas (*risas*), mi temor, entonces, es que el Ejército como decía el padre Castellani, un jesuita argentino de derecha, es una institución “non sacra”, es una institución “profana”, sujeta a las múltiples debilidades de todo lo profano, y en consecuencia sujeta, como los partidos, como la vida misma, a los conflictos. Vale decir, aquel ejército que no hizo la revolución peruana, es muy distinto de este ejército que la está haciendo. Pero puede ocurrir, por el sistema de mandos, por las leyes internas de las instituciones armadas, por las generaciones que cambian, por todas las cosas que están ocurriendo en el Perú, puede ocurrir que el Ejército diga mañana que no está de acuerdo en seguir adelante y que si está muy bien lo hecho no desee que continúe el fluir de la historia peruana. En ese instante, y esa es mi pregunta o mi preocupación, ¿Qué corriente política y social actuante y militante puede retomar lo que el Ejército ha hecho e intenta detener?

D: Tú prologas la pregunta muy concreta con una serie de comentarios que no pueden pasar sin ser comentados. Lo que tú concibes como punto de partida errado en toda la argumentación nuestra, no es un punto de partida errado, toda vez que hemos dicho muchas veces que cuando recusamos a los países comunistas no nos estamos refiriendo para nada a la segunda acepción de la palabra, en tanto concepto que designa un eventual, probable e improbable, estadio de la evolución humana caracterizado por la desaparición de las clases y por tanto del estado, de acuerdo a una interpretación leninista del mismo, sino que nos estamos refiriendo a la forma con que históricamente se han organizado las relaciones de poder en los países gobernados por partidos llamados comunistas, particularmente el modelo ruso, que yo no le llamaría más el modelo soviético, habida cuenta de que los soviets desaparecieron de Rusia hace cincuenta años.

R: Aceptado.

D: De la misma manera que el capitalismo se sustenta en la intangibilidad de ciertas nociones definitorias básicas, el comunismo, entendido como explícito, se sustenta también en otras nociones básicas. Entonces, si tú examinas el modelo ruso, encuentras un determinado número de factores esenciales de definición: concentración del poder económico y político, institución del partido único como vía permisible, planificación centralizada del estado, intolerancia sistematizada y, por lo tanto, una política sistematizada de violencia, al servicio de un aparato estatal que no puede dejar de ser, en mayor o menor medida, un aparato policial. Todo esto es realmente y no inferencialmente o como visión del futuro, la forma en que está organizada la sociedad rusa. Eso es lo que nosotros llamamos el modelo comunista, y esa es la alternativa que nosotros recusamos como alternativa revolucionariamente válida al capitalismo. No es lo que designó Marx; es lo que ha cristalizado en la realidad y el lenguaje político contemporáneo con ese nombre. Ahora, a nuestro juicio eso no tiene nada que ver con el socialismo y no es una manera de llegar a una sociedad socialista, que por definición es una sociedad participatoria. Otro problema que advierto en lo que señalas, es que para nosotros existe una imposibilidad de separar medios y fines. Nosotros sostenemos que la naturaleza de los medios influye decisivamente en la naturaleza de los fines, y por lo tanto, es una ilusión sostener que se va a construir el socialismo vía el stalinismo en acción.

R: En eso estamos de acuerdo.

D: Entonces debe aceptarse que en Rusia se ha traicionado lo esencial de la revolución socialista.

R: Quiero hacer un breve comentario. El terror policial, el control de la renta nacional soviética por la burocracia, no excluye la idea de que las conquistas fundamentales de la Revolución de octubre subsisten hoy en la Unión Soviética y que...

D: ¿Cuáles?

R: Las conquistas fundamentales de la Revolución de Octubre son: la nacionalización y estatización de todos los medios de producción y el monopolio del comercio exterior. Eso

fue lo que no se modificó. La Revolución de Octubre produjo el régimen soviético, que fue la democracia más diáfana que recuerdan las masas.

D: Y la más efímera.

R: Y la más efímera. Pero yo estoy hablando de lo que subsiste, y no de lo que desapareció.

D: Bueno, pero lo que subsiste tiene un carácter puramente instrumental. Tú puedes tener una economía totalmente estatizada y eso no tiene que ver con un ordenamiento socialista, en tanto haya acceso directo de los trabajadores al poder.

R: De acuerdo. Pero quiero decirte esto: la Unión Soviética, detrás de esa fachada que has descrito – descripción que comparto- está procediendo a una acumulación interna formidable. Está desapareciendo la Rusia campesina, la base del poder del zar y de Stalin; está urbanizándose, tecnificándose hacia un poder científico gigantesco; aportan a la renta nacional millones de personas. El avance de lo que estaba latente en la Revolución rusa se va a convertir muy pronto en una abierta contradicción entre una sociedad de obreros altamente calificados, una sociedad de ingenieros, de biólogos, de físicos, entre una sociedad culta y con una ancha base material, cada vez más considerable, y una burocracia que va a enfrentarse con esa base. La perspectiva socialista brotará de este enfrentamiento interior. Este punto de vista yo creo que conviene tenerlo presente, para no considerar que se trata exclusivamente del reino del Faraón, un mundo poco menos que inmutable.

D: Hay una frase muy gráfica de Zinoviev sobre Stalin: “Es un Gengis Khan con teléfono.” Buenos, pero bromas aparte... Yo creo que nada de lo que tú dices tiene que ver con el fondo del asunto, que es el siguiente, me parece: ¿Todo lo que tú señala constituye esencia, fundamento, característica del socialismo? En absoluto. Todo eso que tú señalas se puede registrar en una sociedad capitalista. La esencia misma de la vida social sigue siendo profundamente reaccionaria, en el sentido de que sigue siendo profundamente autoritaria, antiparticipatoria, burocrática. El dominio del Estado no es un paso de avance; yo creo que es un paso de regresión, porque supone no el dominio de una entelequia sino el dominio de una burocracia constituida por seres humanos que abrigan, que generan una serie de intereses sociales concretos. Entonces, la apología del Estado es la apología de la burocracia, y eso no tiene nada que ver en mi concepto con un ordenamiento socialista.

R: Da la impresión, a través de tu apasionada defensa de la autogestión, de que el que estuviese aquí en Perú sosteniendo las realizaciones de las Fuerzas Armadas, desde un alto cargo, fuese yo y no tú. Y eres tú quien está en un cargo muy importante del Estado peruano dirigido por las Fuerzas Armadas. Cada país lleva sobre sí una gran carga cultural y el Perú más que otros países. Por ahora tenemos en el Perú a un Hijo del Sol, con sus guerreros y sus amautas, tratando de establecer un equilibrio en la vieja sociedad. Reitero: no estoy en el gobierno, no estoy en el estado. Simplemente sostengo la hipótesis de que puede peligrar el Hijo del Sol, los guerreros y los amautas, si no se instrumenta una corriente políticamente viva en la calle, que sostenga lo que el Gobierno ha iniciado. No digo más que eso.

D: No dices eso, pero dices también muchísimo más que eso. Tú aludes a un problema que ilustra la naturaleza básicamente contradictoria de un fenómeno revolucionario. La ambivalencia muy profunda de una revolución. Por ejemplo, aquí todos estamos de acuerdo en que durante un periodo histórico es necesario fortalecer el Estado, pero pocos de nosotros, creo, somos conscientes de que esa necesidad entraña el riesgo más grande de desnaturalización de esta revolución.

R: Es el riesgo que supone vivir.

D: Sí, pero la única manera efectiva de contrarrestar ese riesgo es no remitir la construcción socialista a un futuro inverificable. Si no empezando a reconocer que el futuro se hace hoy y no mañana, y que para participar hay que participar hoy. Y por lo tanto desde hoy hay que transferir poder de decisión, hay que crear un sustento de organizaciones sociales de bases libres.

R: Muy bien. Estamos acercándonos a uno de los aspectos principales de la cuestión ¿Por qué transferir poder económico solamente?

D: No solamente...

R: También hay que transmitir poder político.

D: Bueno, pero eso está enlazado con una innovación que aquí se está abriendo campo, para redefinir que es política. Política para nosotros no es el arte de gobernar una nación, porque eso corresponde a una concepción tradicional, elitista y finalmente oligárquica de la política, como quehacer de un grupo pequeño de elegidos, en el cual no podría estar actualmente el pueblo organizado; política así entendida significa que es un asunto privativo de profesionales de la política. Esa es la concepción que en el Perú tienen todos los dirigentes políticos, independientemente de su ubicación ideológica. Ahora nosotros pensamos que es necesario redefinir ese concepto, ampliar el universo semántico de lo que política significa, reintegrar la política a la vida de los seres humanos concretos, reivindicar lo económico con lo político, comprender que la participación política como acceso al poder de decisión no puede estar divorciada de una base de sustento en la participación económica.

R: Carlos, ¿puedo interrumpirte?

D: Claro.

R: Yo soy muy prosaico. Por política entiendo que una comunidad industrial intervenga en la designación del jefe de policía; entiendo que una comunidad pueda tener un diario y diga lo que quiera del proceso...

D: Eso está mucho más cerca de lo que nosotros entendemos por política. Si por política entendemos el ejercicio pleno de la participación, estamos de acuerdo. Pero entonces no hay manera de considerar como deseable la inevitabilidad de un partido, porque por esencia un partido es un mecanismo expropiatorio, vale decir, restrictivo y discriminador.

R: En estos momentos el mecanismo expropiatorio es el Ejército. Muy bien, es expropiatorio pero está realizando una labor histórica positiva. En algún momento puede dejar de cumplirla o, como institución profesional que es, considerar que ha llegado el momento de dejar el poder. ¿Qué ocurrirá?

D: Yo creo tener una sana desconfianza de las predicciones históricas, sobre todo desde que leí un texto de Trotsky del año '40 que a mí me interesó muchísimo. Es un texto que apareció en Buenos Aires, poco antes de la muerte de Trotsky y que según tengo entendido es lo último que él trabajó.

R: *La URSS en guerra*, en el que preveía un futuro muy sombrío.

D: No solamente muy sombrío. Ahí remataba el análisis haciendo inevitablemente una predicción. Él decía que al término de la guerra imperialista surgiría en Rusia un gran movimiento popular, conducido desde luego por el proletariado, que retomaría las grandes banderas de la revolución de 1917 y destronaría el poder de la burocracia; y que un movimiento similar ocurriría en los países capitalistas y que entre ambas revoluciones terminarían con el capitalismo. Lo importante de la predicción era el condicional que agregaba al final. Si esto no se cumple, dijo, tendremos que revisar todos los planteamientos teóricos del marxismo, empezando por revisar la adjudicación privilegiada que daba al proletariado como una clase social destinada a crear un nuevo orden en la sociedad humana. Ahora bien, yo no sé qué va a ocurrir en el caso específico del Perú, pero sí creo que la mejor garantía de que esta revolución se mantenga fiel a una concepción participativa, es si desde ahora, con la celeridad mayor que las circunstancias permitan, poniendo detrás de esto un voluntarismo bastante marcado, nosotros impulsamos todas las formas de institucionalidad participativa. Si logramos fortalecer en los próximos años la tradición participativa que esta revolución inaugura en la sociedad peruana, estamos en condiciones de poder, con toda la relatividad que términos así tienen, garantizar el futuro de la revolución peruana como una alternativa revolucionaria nueva y mucho más avanzada que las alternativas tradicionales de la izquierda ortodoxa en el Perú y en América Latina. Ahora, me parece que una forma totalmente errada e ilusoria de garantizar la continuidad del proceso, en el caso hipotético que

tú planteas, sería a través del partido, porque el partido, reitero, es una institución antiparticipatoria por definición.

R: Depende del desenvolvimiento social.

D: Eso es una frase que dice poco.

R: Es que depende de él, depende de la acumulación histórica, de los hábitos muy largamente incubados en las sociedades, depende del atraso. Aquí en Lima he leído un texto trotskista muy torpe, que decía que Stalin nunca había sido marxista. Eso es una barbaridad. Stalin fue marxista, Stalin fue revolucionario ¿Cuál fue la base para que Stalin encarnara luego la desviación burocrática? El atraso histórico, la pobreza cultural.

D: Las causas son complejas. Quizás tuvo mucho que ver la psicología salinista.

R: Dejemos el área de Viena (risas) veamos los grandes hechos. Se trataba del burócrata gran ruso, del atraso, del mujik cubierto de piojos, del pope iluminado, de Rasputín. Era la barbarie, y en medio de ella estaban los intelectuales que se habían educado en Ginebra, en Londres o en París. Lógicamente Lenin y Trotsky fueron derrotados. Los occidentales fueron derrotados por el representante de la barbarie que era al mismo tiempo un relativo factor de progreso dentro de la barbarie. Es el atraso, Carlos, el que determina la sobrevivencia del Estado y la sobrevivencia de los partidos. Si nosotros – tú lo has expuesto aquí y en otras partes, con mucha brillantez y yo estoy de acuerdo con eso- rechazamos el socialismo del iluminismo tecnológico, rechazamos el socialismo faraónico, rechazamos toda institución del poder colectivo por los intermediarios, tenemos que admitir al mismo tiempo que eso será el premio de una larga marcha y no el premio que está al comienzo del camino.

D: Pero eso nos remite de nuevo al problema de medios y fines. Si nosotros aceptamos la inevitabilidad de tener instrumentos expropiatorios para construir socialismos participativos, no lo vamos a lograr nunca. Corremos, como en un espejismo, detrás de una sombra que nunca alcanzaremos.

R: De la misma manera, Carlos, que tú aceptas que el Ejército peruano, que no está concebido para estos fines, esté haciendo una revolución. El Ejército, que es confiscatorio de poder por naturaleza.

D: Hay dos diferencias muy grandes entre la Fuerza Armada y un Partido. El partido político tiene un rol unívoco. Tiene un único papel. La Fuerza Armada Peruana tiene la dualidad de roles en este momento. Puede desinvertirse del poder político, y continuar teniendo una función positiva dentro de la sociedad. Esta opinión la planteó primero Ismael Frías. Hay que distinguir además la transitoriedad del ejercicio del poder en la estructura del poder militar y la permanencia del poder en la estructura partidaria. Lo que tú estás pidiendo es que algunos de nosotros, o yo concretamente, te ofrezcamos una garantía del futuro de esta revolución. Nadie puede dar esa garantía, y nadie te la puede dar porque no existe. No podemos ser dogmáticos, sino probabilísticos. La experiencia del movimiento revolucionario de los últimos cincuenta años muestra con mucha claridad que la continuidad de un proceso revolucionario ya en la etapa de la construcción de la nueva sociedad, tropieza inexorablemente con la institución partido. Si la construcción revolucionaria lo que quiere es lograr una vida social de “calidad” distinta, no se puede lograr a través de un partido. Si concebimos la construcción de una sociedad – llamémosle, genéricamente y con beneficio de inventario- socialista, entonces miremos como miremos el problema, esa sociedad tiene que ser una sociedad participativa, y eso no se construye a través de un partido que es la expresión de la concepción oligárquica de la política.

R: Depende de la naturaleza social del partido.

D: No, no de la naturaleza social del partido. Tú puedes tener el partido formado por quien se te dé la gana. Es la estructura organizativa del partido, sus cuadros de conducción, su liderazgo, es eso lo que va a definirlo, independientemente de su concepción social.

R: No se puede juzgar nada independientemente de la composición social.

D: No, si cree que quien es proletario es revolucionario por ser proletario. Por eso es falso, si se le toma como premisa, como “a priori”.

R: La composición social de un partido no está determinada sólo por el origen de sus miembros, sino por la doctrina y el significado de su lucha. Los partidos son instrumentos de las clases sociales. ¿Qué puede ocurrir si un general se retira a ejercer su profesión?

D: Tú me fuerzas a una predicción. Como no soy dogmático, soy enemigo de las predicciones. Pienso lo siguiente, forzado por tu presión para que yo te responda. Lo que pase cuando la Fuerza Armada se retire del gobierno peruano, dependerá de dos cosas básicamente. Una, del grado de avance del proceso de transferencia de poder, más que de las reformas de estructura económica únicamente. La otra, la profundidad de la impronta que en la Fuerza Armada peruana haya dejado este tránsito creador por la vida política, en términos de conducción del gobierno para una orientación revolucionaria. Tengo para mí que la Fuerza Armada del futuro no volverá a ser jamás la misma Fuerza Armada que fue en el pasado. Su vida estará indeleblemente signada por la experiencia de estos años y de los próximos. Suponer que aquí habrá una vuelta a los cuarteles total y completa, es elegir una improbabilidad muy grande. O para decirlo de otro modo, una probabilidad indeseable. Porque si tú ves la historia de este país, la división de militares y civiles siempre ha jugado a favor de la oligarquía. Cuando esa división comenzó a desaparecer, teniendo como antecedente la nueva percepción de su rol en el país, vale decir, cuando la institución militar comprendió que entre los problemas del frente externo y los del frente interno había una inseparabilidad real, cuando comprendió que para afrontar los problemas económicos y sociales del país, no tuvo otro camino que elegir una alternativa de tipo revolucionario. Ese día terminó, para todo propósito práctico, la hegemonía de la oligarquía peruana. Eso no va a ser abandonado por la Fuerza Armada del Perú. De modo que soñar con que el Perú va a ser un país donde militares anden por un lado y civiles por otro, en el que la función castrense sea una función puramente técnica de los cuarteles, es soñar con algo no sólo imposible sino con algo indeseable desde un punto de vista revolucionario. Si tú conjuncionas los dos criterios podrías tener un cuadro aproximado de lo que pasaría en ese caso hipotético que señalas.

R: Claro, uno mira las cosas peruanas con ojos ajenos. Fíjate que en Argentina el Ejército engendra el peronismo y un jefe militar es el jefe de ese movimiento cívico-militar.

D: ¿Por qué dices que el Ejército engendró el peronismo? ¿Tú crees que es así? ¿Por qué no puede ser visto como un fenómeno en el que se instrumentalizó al Ejército desde fuera, para ponerlo al servicio de un determinado ideal social?

R: No, porque en el Ejército había un grupo político dirigido por Perón, el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), que controlaba las estructuras fundamentales de los mandos, que realizó la revolución el 4 de junio de 1943. A raíz de las acciones que llevó a cabo desde el gobierno, Perón fue detenido el 8 de octubre, dos años más tarde, para volver apoyado por las masas el día 17. Ese día el pueblo ocupa la plaza de Mayo, desde la mañana hasta la noche. En la noche, los coroneles amigos de Perón se presentan a los cuarteles, armas en mano, y exigen se les entregue el mando de las unidades. Entonces se consolida la situación política y militar por arriba y por abajo. De este origen nace un compromiso social muy profundo. Perón se presenta a elecciones; no tiene partido y se organizan varios: el Partido Independiente, de los empresarios, el Partido Laborista, de los sindicatos organizados por él, con viejos militantes anarquistas y socialistas que rompen con sus partidos y se incorporan, y una parte del viejo partido, de la Unión Cívica Radical. En ese momento el Ejército admite que Perón ha tenido visión política y lo reconoce como jefe. Él va a hacer el Ejército moderno, él va a asentar la industria pesada en el país, él va a lograr un apoyo social amplio. Entonces es el Ejército que instrumenta la política y quien establece con las masas una alianza a través de Perón, dando lugar al peronismo. Aquí es donde quizás pueda hacerse una analogía con el Perú. Lo digo como hipótesis, puesto que mi observación se basa en la experiencia argentina. En un momento dado, una parte importante del Ejército rompe con el movimiento peronista y se convierte durante dos décadas en el obstáculo para el retorno de Perón, entregando la soberanía nacional. ¿Cómo subsistieron las banderas nacionales y

populares levantadas por Perón? Sólo porque existía un gran movimiento de masas que lo sustentó. De ahí mi inferencia con respecto al destino de la revolución peruana.

D: Acá queremos seguir un camino distinto.

R: Debe seguirse un camino distinto.

D: Justamente porque hay que crear una sociedad distinta. Aquí no se trata de modernizar el sistema capitalista para mantenerlo, tampoco se trata de sustituirlo por otro que repita los vicios principales del sistema capitalista como sistema deshumanizador, antiliberal.

R: Es natural. Nosotros tenemos que imponer nuestros propios vicios ¡Bueno sería que trajéramos los vicios de occidente (*risas*).

D: No, mira... La gran virtualidad histórica de la Revolución Peruana es que permite ensayar una modelística final esencialmente distinta a todas las alternativas planteadas a los sistemas tradicionales en otras sociedades contemporáneas. Si esto perdiera esa virtualidad continuaría el proceso de cambio – nacionalizaciones, etc.- pero se habría perdido la gran oportunidad de crear una vida social nueva, distinta, nunca vista, apenas entrevista en algunas profesiones insólitas, audaces pero verdaderas. Eso no lo vamos a lograr fortaleciendo por sí al estado, ni creando el partido único, ni restableciendo el sentido oligárquico de la política. Debemos recrear no sólo las estructuras económicas, también los conceptos. Tenemos que fundar una nueva direccionalidad, una nueva moral social, como complemento indispensable de las nuevas estructuras económicas. Finalmente, no nos interesa el avance cualitativo de las fuerzas de creación social. Tenemos que reintegrar la política como quehacer totalizador. Comprendemos que este es un nivel de ambición seguramente demasiado grande, y que no veremos pronto, ya que la revolución es un conjunto sucesivo de aproximaciones, que no es posible de realizar plenamente, en la medida en que toda revolución entraña una postulación de utopía, y esta es lo no realizable.

R: O lo no realizado. Ustedes emplean una palabra muy frecuente: participación. Es exacta, porque designa verazmente lo que es un ordenamiento donde el pueblo decida política y culturalmente, y no sólo económicamente; un ordenamiento así lo llamaría socialista, más allá de todos los textos.

D: De todos los textos y de todas las realidades, tú hace un momento llamabas socialista a la Unión Soviética...

R: Es una gran tragedia sin duda. Pero la historia de los hombres está hecha de noches también y cincuenta años de tragedia no importan nada. Eso comenzó con una gran alegría, la de Octubre, y creo yo que se han dado las condiciones para reasumirla. Ahora ese ejemplo trágico no debe repetirse en América Latina.

D: ¿Pero cómo se generó ese ejemplo? A través de un partido único totalizador.

R: Carlos, se generó a partir del zar loco, Nicolás Romanoff.

D: Y del voluntarismo de quienes se toman el derecho de interpretar a los demás.

R: Del mismo modo que el Ejército peruano decide interpretar a los demás.

D: Pero la Fuerza Armada no se ha fijado un rol permanente en la conducción de la sociedad nacional, ni se plantea un papel de intérprete de los intereses sociales.

R: Lenin tampoco planteó un rol permanente. Lo que importa para analizar el devenir soviético son los hechos.

D: Justamente por importar los hechos, es preciso reconocer que a partir de la concepción leninista del partido, como institución férreamente disciplinada selectiva, de profesionales que se constituyen en vanguardia que guía, orienta e interpreta, es que se generó la monstruosidad stalinistas. Stalin no puede ser comprendido sin Lenin. Se puede decir, sin duda, que la clase se expresaba a través del partido, pero esa es una rectificación que nos llevará a deformar la comprensión de los hechos reales. En el caso peruano, la Fuerza Armada no se propone cumplir el rol de un partido.

R: No se propone: lo hace.

D: No, porque si lo hiciera, nosotros no estaríamos impulsando en la medida de nuestras posibilidades – y hay obstáculos muy grandes, nacional e internacionalmente- , un proceso de participación y transferencia de poder. Y por primera vez en el Perú comienzan a existir centenares de organizaciones de base, dirigidas, con todos sus errores inclusive, por sus propios integrantes. Si la revolución se mantiene fiel a sus principios valorativos, y admito aquí también obstáculos muy grandes, la realidad de este país habrá cambiado de un modo que será difícil de reconocer, y la institucionalidad participatoria podrá ser un hecho tangible. En diez o quince años, quizás menos, el Perú podría ser, si nos mantenemos fieles a la opción libertaria fundamental de este proceso, un país donde la presencia real del estado no sea la presencia de un ente concentrador de poder y monopolizador de la capacidad de decisión, sino la presencia de un Estado entendido como una institucionalidad transferidora de poder. Por lo tanto, un Estado desconcentrado y descentralizado. Para una concepción revolucionaria de este tipo, el partido no es necesario. Por lo demás, como lo señaló el presidente Velasco, el partido no es la única vía de organización política. Se puede diseñar una organización política de carácter no partidario. Aquí la revolución ha resuelto el problema de formular el modelo global sustitutorio del régimen económico. Lo que esta revolución tiene que resolver, y esto es un problema central, es formular el modelo parcial sustitutorio del régimen político. Eso es lo que tiene que resolverse; pero los criterios para hacerlo ya están dados, la organización política de esta revolución deberá ser participaria, y no de carácter partidario.

R: No sé cómo se realizará esto, Carlos, en realidad.

D: Yo tampoco.

R: Creo que en América Latina la lucha por una revolución nacional que propenda a la confederación, a la inteligencia recíproca de los Estados, se ha planteado con enorme vigor en los últimos diez años. Cada uno de nuestros países está siguiendo difícil pero firmemente su reencuentro con Bolívar. Tengo para mí que la existencia de los grandes imperios modernos señala la necesidad de que América Latina encuentre su unificación. Es decir su gran espacio político que le permita realizar las tareas a las que tienen derecho sus hijos, y que no podrán hacerse en el espacio de las pequeñas plazas fuertes; de las ínsulas, de las repúblicas creadas por la disgregación de San Martín y Bolívar. En ese sentido la revolución latinoamericana va a tener múltiples caminos. Los nuevos caminos deben ayudarnos a encontrar las nuevas palabras que en el siglo XVI no encontraba el padre Acosta. La revolución cubana, por ejemplo, tuvo su singularidad. Y el rasgo de todas las revoluciones....

D: Es que son excepcionales.

R: Exacto, a eso iba. Son excepcionales. No estoy seguro si Guevara decía que la revolución cubana no era excepcional. En su momento, yo escribí sobre esa y otras opiniones del Che, y dije que sí, que lo que distingue a una revolución es la escisión, la fractura, la excepción. Es el espíritu de vida, no el espíritu de muerte; o sea, es lo singular. Creo, en resumen, que esos caminos van a enriquecer a América Latina, que debe dejar de ser naturaleza para hacerse historia, a diferencia de lo que quieren ver los europeos, también los de izquierda, y a veces cuanto más de izquierda, peor. Creo que la Revolución Cubana es un fragmento palpitante de América Latina, y creo que debemos esforzarnos por corregir el error geográfico que piensa que Cuba es una isla. Cuba debe ser territorio contiguo de la América Latina, y debemos contribuir como Perú, como Argentina, como todos los demás países latinoamericanos a conformar un rostro unido y particular. Debemos pensar en términos latinoamericanos. No creo que los largos períodos de colonización y dependencia de Inglaterra o Estados Unidos hayan sido sólo el dominio del cobre, la carne o los plátanos. Peor que eso quizás ha sido la dependencia cultural. De qué manera peculiar la América Latina fue encadenada a otros destinos, se refleja en el hecho de que los paquebotes que llegaban de ultramar hace cien años, nos traían los más refinados de la gran Europa: las constituciones napoleónicas , la democracia, los nacionalismos revolucionarios, los marxismos; y todo eso, al cruzar el atlántico, servía aquí para que las constituciones no se

ajustasen a un cuerpo distinto, para que los nacionalismos resultasen oligárquicos, para que las democracias deviniesen en elecciones fraudulentas, y para que los marxismos produjesen extravagantes subidos a un cocotero sin relación con la tierra firme. Necesitamos rehacer por nuestros propios caminos las revoluciones que Europa hizo para hacer sitio, finalmente, a las constituciones y a Marx. Necesitamos ser nosotros mismos, y si somos nosotros mismos, encontraremos la manera de vincularnos autónomamente a los productos últimos de la cultura de Occidente. Creo yo que el marxismo es uno de los más difíciles pero preciosos instrumentos que esa cultura dio. Debemos usarlo para nuestro beneficio, no para encadenarnos a una nueva colonización.

D: Yo suscribo el sentido de todo lo que has dicho: apenas lo frasearía de manera distinta. Esta revolución tiene una inadlicable vocación latinoamericana; nuestra recusación del comunismo no significa en modo alguno recusación del socialismo, porque asumimos la tradición libertaria y humanista; y de ninguna manera nos situamos en una posición recusatoria del marxismo, que para nosotros es un planteamiento probabilístico, una metodología de interpretación. Salvo que nosotros no nos acercamos a él con una posición genuflexa, religiosa: el marxismo no es un planteamiento certidumbres sino, como todo planteamiento científico, es un planteamiento de conjeturas y verificaciones; que eso se haya convertido en una suerte de religión o ideología, en el sentido peyorativo que esta última palabra tiene, no es culpa de Marx. Sí, hay que rescatar el legado del gran Marx de toda esa fauna de supuestos seguidores.

R: Hay izquierdistas que quieren encontrar las revoluciones en estado puro, y muchos de ellos son esos supuestos seguidores. Pero las revoluciones son una infracción al curso histórico y social, vienen siempre en estado impuro, arrastran escorias junto al metal noble. En tanto algo existe, es impuro. La revolución peruana es impura; me atrae: habla de algo que vive.

Capítulo 5

De Mariátegui a Haya de la Torre

Al día siguiente de cerrar Mariátegui sus ojos para siempre, comenzó la disputa política en el Perú sobre la verdadera naturaleza de sus ideas. Esta polémica no ha terminado todavía. Mariátegui, ¿era o no marxista? ¿Cuáles fueron en realidad, sus relaciones en el nacionalismo pequeño burgués peruano, esto es, con el aprismo? La vitalidad de la discusión reposa sobre un asunto de la mayor importancia. Pues del duelo teórico entre la categórica aserción de Mariátegui de que “la revolución latinoamericana será socialista o no será” y el puro anti-imperialismo del APRA, aunque no encierra todos los términos del problema, alude sin duda a la controversia tan actual sobre el carácter histórico-político de la revolución en América Latina. Tanto los stalinistas, como los ultraizquierdistas y en cierto modo los apristas, pretenden confiscar para su propio bando la figura del luchador desaparecido. En un curioso homenaje tributado por Luis E. Heysen en 1930, el dirigente aprista llamaba a Mariátegui “bolchevique d’annunziano”. Estas palabras irreverentes desataron una batalla de invectivas entre apristas y stalinistas que seguramente no enriquecerá la historia de las ideas en Perú.

Las tres figuras más notables del pensamiento revolucionario del Perú son Manuel González Prada, José Carlos Mariátegui y Víctor Haya de la Torre. El primero era un anarquista aristocrático, introductor del modernismo literario y de la polémica anticlerical que hacía furor en Francia por esa época. González Prada es la figura principal de la

generación positivista, un escrupuloso artista del verbo que proclama la urgencia de romper con la tradición española y la herencia colonial. Su contribución a la lucha social del Perú es señalar al indio como al protagonista de la vida nacional. A diferencia de otros escritores e intelectuales de América latina, que se complacían en las experiencias estéticas, cuyas fórmulas importaban de Europa, González Prada tenía el temperamento de un agitador. En el teatro Politeama de Lima pronunció un discurso en 1888 donde observó este hecho fundamental:

“No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminadas en la banda oriental de la cordillera.” Setenta años antes, Simón Rodríguez, el magnífico maestro de Simón Bolívar, escribía lo siguiente:

*“En lugar de pensar
En Medos
En persas
En egipcios
pensemos en los indios”*

Pero la oligarquía peruana, sus vástagos, protegidos y comensales no pensaban jamás en sus “pongos”. Los elegantes barrios residenciales de Lima y la despreocupada existencia en Europa se fundaban en la explotación inicua del indio, personaje central de la vida peruana desde el Incanato hasta hoy. Sin embargo, toda la vida del Perú visible se desenvolvía en la costa, entre blancos y mestizos. En el “foco de civilización” del litoral florecían el positivismo, el liberalismo, los golpes de estado, las “tradiciones peruanas” de Palma, la novela realista, el Parlamento, la pintura moderna, y hasta el marxismo. Pero hacia el interior de esa franja privilegiada, Perú se hundía en el atraso y la tristeza más profundos. De un lado se escribía la novela indigenista y del otro agonizaban los indios semiesclavos. Por lo demás, desde el levantamiento del siglo XVIII con Túpac Amaru no habían cesado nunca las sublevaciones campesinas. Los más escandalosos atropellos y las violencias de los propietarios rurales desencadenaban dichas sublevaciones campesinas. Los más escandalosos atropellos y las violencias de los propietarios rurales desencadenaban dichas sublevaciones, que concluían con la represión militar sangrienta de las víctimas de aquellos atropellos.

Después de cada masacre se extendía por la sierra el silencio de los muertos; y en la costa, tiempo después, algún miembro de la clase ilustrada escribía una novela. Hacia 1848 Narciso Arèstegui publicaba “El Padre Horàn”, en cuya intriga se combina el retrato despiadado del cura rural con la simpatía por el indio sometido. Cuarenta años más tarde Clorinda Mattos de Turner exhibía con fuerza penetrante en “Aves sin nidos” la espantosa situación de las masas indígenas. La novela no sólo vuelve célebre el nombre de la autora cuzqueña, sino que sitúa en el ámbito del gran público la cuestión de la raza maldecida y expoliada desde la Conquista, y manipulada desde el Imperio Incaico.

En 1888 José T. Itolarres publica otra novela: “La Trinidad del indio o Costumbres del interior”. Desde mediados del siglo XIX la inteligencia blanca y mestiza respondían a la explotación del indio o a sus sublevaciones con la solidaridad literaria. José Carlos Mariátegui opondrá a la vindicación puramente indigenista la formulación económica de la cuestión agraria. Puesto que la cuestión del indio era la cuestión de la tierra, Perú no sólo tenía un deber moral hacia la raza fundadora que los conquistadores subyugaron, sino que esa emancipación indígena era un prerrequisito de su propia emancipación económica. El crecimiento peruano hacia la civilización generalizada y la cultura sólo podía lograrse mediante la abolición de la servidumbre indígena y el ascenso sustancial de la productividad agraria que debía ser su necesaria consecuencia. Pero esto último exigía la expropiación de los terratenientes positivistas. El progreso del Perú estaba detenido por la opresión del indio o sea por la apropiación gamonalista de la tierra. La liberación del indio era el fundamento para

la liberación del Perú. Tal era la síntesis del problema, que Mariátegui arrancó del limbo puramente ético de la novelística para traducirlo en la fórmula inicial de la revolución peruana.

En las dos primeras décadas del siglo XX no se contaban en el Perú, virreinal y semicolonial a la vez, más de 50.000 obreros industriales. Pero en la sierra vivían varios millones de indios campesinos. La clase media burocrática, profesional y universitaria se distribuía en la costa, desde Arequipa a Trujillo, en la misma franja civilizada donde se levantaban las escasas fábricas y estructuras de servicios de la clase obrera naciente y del artesanado urbano. Como en el resto de América Latina, parte del proletariado (sobre todo en la aristocracia obrera) y la clase media, cuyos hijos concurrían a las universidades, hablaban y frecuentemente escribían la lengua castellana. En algunos casos, hasta producían grandes escritores. A diferencia del Alto Perú, la cenicienta del Virreinato, cuya decadencia económica y cultural comienza cuando se “bolivianiza” en beneficio de los picapleitos chuquisaqueños, dueños de minas e indios en el bajo Perú subsistía la tradición dieciochesca de los Virreyes. La civilización de la costa era europeizante y refinada. Acumuló la cultura suficiente para no exhibirla grotescamente en las vitrinas aldeanas. Poco a poco se formó una clase media que, como su congénere de la martirizada América Latina, gozó de una relativa prosperidad, gracias a la penetración del capital extranjero. El imperialismo generó cierto movimiento económico cuyos efectos sociales beneficiaron a algunas capas de la pequeña burguesía. Al instalarse en los grandes puertos, impulsó el desarrollo infraestructural de las ciudades costeras, promovió o financió la construcción de ferrocarriles, caminos, depósitos, silos, telégrafos, edificios públicos, aduanas. Alrededor de esa gran corriente exportadora e importadora de materias primas, frutos o minerales, se estratificó una masa de burócratas, maestros, profesionales y comerciantes que se sostuvieron en la actividad derivada del comercio exterior de las balcanizadas Repúblicas. Entre 1880 y 1930 se definen los Códigos Civiles, las tarifas aduaneras y los mitos nacionales de los miserables Estados post-bolivarianos, que se introducen en el mercado mundial. Cada República por separado ajusta perfectamente en ese mercado, pero al mismo tiempo saltan los dientes del engranaje comercial interlatinoamericano de antaño. Cada país latinoamericano vuelve sus espaldas a los vecinos y estrecha unilateralmente sus lazos de subordinación con los imperios extranacionales.

Hacia 1920, cuando Mariátegui comienza a estudiar los libros marxistas, los textos escolares en el Perú se traducían del francés. Los traductores peruanos eran tan malos en historia peruana - ¡tan olvidada!- eran tan mal pagados y tan detestable era esa “historia nacional” manufacturada en Francia por impasibles profesionales, que la frase del General Córdoba, vibrante de temblor heroico, al lanzar a sus soldados a la victoria en los campos de Ayacucho (“¡Armas a discreción, a paso de vencedores!) Es vertida para los ojos y el entendimiento de los niños peruanos de “*Pas de vainqueurs*” como “No hay vencedores”.

A tal punto se había perdido en el Perú del siglo XX la tradición revolucionaria de la América en armas que resultaba tan natural que los europeos escribieran la historia peruana como inconcebible que un día remoto los latinoamericanos marcharan “ a paso de vencedores”. El desmedrado francés y el andrajoso castellano del aterido traductor limeño simbolizaban la vida grisácea y sin esperanzas de la factoría peruana en la ciudad de los Virreyes. Al fin y al cabo la pequeña burguesía peruana lograba ingresar a las universidades y escapar de ese modo al oscuro destino del indio servil, pero difícilmente podía aspirar a mucho más que a disfrutar el honor académico de un título poco menos que inservible. La sociedad semicolonial entreabría ante los ojos extasiados del estudiante o del intelectual un horizonte insinuante de cultura y civilización, pero le impedía al mismo tiempo alcanzarlo. Ese dilema lanzó a la juventud al nacionalismo y al marxismo. Pero como esas maravillosas ideas, que procedían de la lejana Rusia y del estupendo México, iluminadas por el resplandor de grandes victorias, se asentaron en el suelo de la sociedad peruana, sufrieron la torsión de sus leyes específicas de la tradición del país, de las particularidades de la estructura social del

Perú. Y como no podía ser de otra manera, ni la revolución mexicana tuvo lugar por segunda vez en el Perú ni la revolución rusa pudo repetirse en el suelo incaico, según lo establecían los textos marxistas traducidos por los mismos traductores de aquellos manuales de historia de 1920 que vertían mal la frase del General Córdoba. En esta ocasión seguían traduciendo mal del ruso. Como todo lo que se copia resulta ridículo, las victorias soviéticas se traducían, en la realidad, como derrotas peruanas.

Los obreros y artesanos del Perú litoraleño creyeron percibir en el socialismo y en el nacionalismo indoamericano del APRA algo mucho mejor que la mediocridad de la sociedad peruana. Pero, al fin y al cabo, se trataba de una minoría pues ni la pequeña burguesía urbana ni el proletariado constituyeron la mayoría de la población. Los indios, que eran la mayoría, ignoraban la doctrina socialista, la doctrina aprista y la lengua castellana. Sin embargo, sólo con ellos podría hacerse la revolución en el Perú. Sin ellos, no había siquiera historia posible. Era preciso, ante todo, que los indios dejaran de pertenecer al terrateniente y a la literatura para convertirse en hombres libres y sujetos de la historia real. Para que tal cuestión al menos pudiera plantearse, se imponía que los “occidentales” del Perú, la fracción privilegiada y letrada de la costa repensase al Perú, lo “interiorizase” y sustituyera el positivismo por el socialismo. Esto último sólo sería útil a condición de que el socialismo, oriundo de Europa, se historicizase peruanizándose, pues sólo así podría entenderse desde adentro ese fragmento vivo y no copiable de la historia americana llamado Perú. Los dos hombres más notables que se esforzaron en esa dirección fueron Mariátegui y Haya de la Torre. Desgraciadamente, Mariátegui quedó a mitad de camino, pues murió cuando sólo contaba 35 años de edad.

Su formación espiritual estuvo impregnada del decadentismo wildeano y de la agorería bélico-mística de Spengler en las postrimerías de la primera guerra mundial. En esa época Lima, “la horrible”, era, a semejanza de las capitales de la América Latina balcanizada, una reproducción aldeana y simiesca de París. La guerra infundió terror, con sus incomodidades y peligros, a la “colonia sudamericana” que había parasitado varios años en Europa gracias a la esclavitud de sus países de origen. Volvieron precipitadamente a sus tierras los hijos de los terratenientes chilenos o argentinos, como aquellos que retrata Alberto Blest Gana en su novela “Los trasplantados”; los vástagos de los cafetaleros colombianos y brasileños, los ricachos de las sabanas venezolanas, los algodonereros, azucareros y arroceros peruanos, abrumados por un “cafarde” de reciente adquisición ultramarina. “De Europa trajeron aquellos infelices millonarios, dice un testigo, dulces saudades, pipas de opio, jeringas de inyecciones; queridas rubias; afición al champagne, la menta y el pernod; guantes color patito; polainas blancas, monóculo bajo la ceja airada; bostezos, piropos de color vivo, ociosidad parlante; amor a la ostentación”.

El ambiente literario y periodístico en que actuaba el joven Mariátegui (y también, según su propia confesión, Haya de la Torre) estaba sumergido en un galicismo existencial, suerte de “dandysmo” verbal que se apodera de su generación y que era tan típica de una Lima no-peruana, como lo era de aquella Buenos Aires no-argentina. En el caso peruano, el contraste resultaba patético, pues más allá de la frivolidad limeña se escondía el Perú indígena, que era casi todo el Perú. El colega y amigo de Mariátegui y Haya de la Torre (ambos muy jóvenes) Abraham Valdelomar, asombraba, escandalizaba y complacía a la ciudad con su atrevido atuendo de “Lyon”, exhibiendo con meditada afectación un enorme ópalo en el dedo índice de la mano derecha, en tanto esgrimía un ostentoso bastón de Malaca. Valdelomar examinaba con aire despreciativo a los paseantes del Jirón Unión y sus vestimentas extravagantes intimidaban a los transeúntes tanto como sus quevedos de carey unidos al cuello con una negligente cinta bicolor. El resto de la bohemia limeña preconizaba los paraísos artificiales, el esteticismo como forma de vida y la literatura aristocrática. Naturalmente, tales bohemios en su mayor parte pertenecían a la modesta clase media de Lima. Pero en el Palais Concert se atiborraban de sueños, de té inglés o de café de Chanchamayo; no tenían siervos, pero se sentían los reyes del mundo.

Mientas Valdelomar escribía en su mesa del Paláís, se besaba espectacularmente las manos diciendo en voz alta:

“Beso estas manos que han escrito cosas tan bellas.”

Mariátegui, siguiendo la farsa, le contestaba:

“hacéis bien, conde: lo merecen”.

Esta frivolidad de la inteligencia limeña en un país trágico, tenía hondas raíces. Ya Bolívar, que como San Martín había sufrido el cerco de esa sociedad oligárquica empapada en sangre indígena, había definido a Lima con estas palabras: “Oro y esclavos.”

Como en casi todas las capitales de América Latina, el núcleo intelectual soñaba con Europa. Pretendía huir de la pobreza circundante y de su clase privada de destino por los fuegos fatuos de la “pose” literaria o por la expatriación. En Lima había de todo: se podía ir a los toros, fumar opio, predicar la causa de Francia o aplaudir la misma noche a una bailarina suiza en el cementerio bañado por la luna parnasiana: allí estuvo el joven Mariátegui, mientras un extraviado violinista acompañaba, crispado, a la danzarina suiza. El escándalo de la ciudad fue enorme. Los muertos merecían a Lima más consideración que los vivos.

Transcurría la primera guerra mundial, con sus horrores. Pero tales horrores tenían para Lima un carácter abstracto. Allí se vivía una existencia comparativamente próspera y feliz. La vida era fácil y dulce para los beneficiarios indirectos de la explotación indígena. Al fin y al cabo allí derramaban sus consumos los hijos, primos y sobrinos de los grandes gamonales. Valdelomar expresaba de algún modo la beatitud y el orgullo de la ciudad de Pizarro, que no había fundado el inca:

“El Perú es Lima; Lima es el Jirón de la Unión; el Jirón de la Unión es el Paláís Concert.”

El aristócrata Riva Agüero que más tarde gestionará y obtendrá en España la revalidación de sus pergaminos que lo acreditaban miembro de la nobleza colonial, polemizaba con Mariátegui sobre la pureza castiza de su prosa. El conde Lemos, seudónimo literario y mundano de Valdelomar, lanza sobre la ciudad provinciana aforismos que complacen a las clases altas: *“Las almas tienen razas: hay almas aristocráticas y almas zambas.”* A la clase media también la distingue y percibe en ella a todo el pueblo peruano en una frase reveladora: *“El de universitario es el estado natural del joven peruano.”* Al campesino cuzqueño, arrodillado sobre la tierra ajena con su arado de madera, le habrían sonado extrañas tales palabras de haber comprendido la lengua española.

A Lima llegaban asimismo las ideas del futurismo de Marinetti y los versos erotomaniacos de Gabrielle D’Annunzio, el gran *poseer*. En la revista “Colónida”, en la que asoma a la vida intelectual la generación de Mariátegui y hasta se publican textos de González Prada, se combate el alcoholismo en nombre del opio y del éter, tóxicos al que algunos colaboradores de la revista atribuyen virtudes más refinadas que el innoble pisco. El joven Mariátegui se gana la vida como periodista y escribe poemas religiosos o místicos. Pero ya se escuchan temblores de tierra: la revolución mexicana está en marcha; la revolución rusa despunta en el rojo horizonte; la Reforma Universitaria estalla en la Argentina y convoca a la “juventud de América Latina”. Mariátegui comienza a interesarse tanto en la política peruana, a intervenir desde afuera en las luchas universitarias y a juzgar de modo tan agudo y áspero la miserable política oligárquica, que el dictador Leguía prefiere becar a Mariátegui y a otros jóvenes con análogas propensiones. Lo envía a Europa, donde permanecerá tres años. De allí regresará otro Mariátegui. Europa lo había provisto de la estética “d’annunziana” y ahora Europa lo había despojado de ella. Mariátegui volvía convertido al marxismo. ¿Bolchevique d’annunziano, como dice Heysen? Lo veremos.

Al pisar suelo peruano en 1923 Mariátegui vuelve con su mujer y su primer hijo. El escepticismo ha quedado atrás: el escritor se ha convertido en un luchador. Sólo le quedan siete años de vida. En ese breve lapso fundará la Confederación de Trabajadores del Perú, la

revista “Amauta”, el Partido Socialista y publicará los “Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana”. Como se trata de su obra más significativa, pueden estudiarse en ella las conquistas fundamentales de Mariátegui en la esfera del conocimiento crítico de su país y su modo de aplicar el método marxista a la realidad que estudia. Pero dicho libro proporciona, además, la oportunidad de examinar las variadas influencias heredadas por Mariátegui de su pasado esteticista, así como de su frecuentación reciente de Croce y de los sorelianos. En tercer término, los “Siete ensayos” encierran parte de las ideas flotantes en la generación latinoamericana de 1918, la generación pequeño- burguesa de la Reforma Universitaria. Resulta curioso advertir las observaciones que sobre el destino industrial del Perú formula Mariátegui:

“El industrialismo aparece todopoderoso. Y, aunque un poco fatigada de mecánica y de artificio la humanidad se declara a ratos más o menos dispuesta a la vuelta a la naturaleza, nada augura todavía la decadencia de la máquina y de la manufactura. Las posibilidades de la industria en Lima son limitadas. No sólo porque, en general, son limitadas en el Perú – país que por mucho tiempo todavía tiene que contentarse con el rol de productor de materias primas- sino, de otro lado, porque la formación de los grandes núcleos industriales tiene también sus leyes...A causa de las deficiencias de su posición geográfica, de su capital humano y de su educación técnica, al Perú le está vedado soñar en convertirse, a breve plazo, en un país manufacturero. Su función en la economía mundial tiene que ser, por largos años, la de un exportador de materias primas, géneros alimenticios, etc....”

Esta profesión de fe librecambista en el libro juzgado unánimemente por la inteligencia peruana como un texto marxista clásico debe explicarse a la luz de las dificultades que ha sufrido el marxismo para insertarse en la cultura latinoamericana. No debe pasarse por alto que en la “Advertencia” de Mariátegui a sus “siete ensayos” respondiendo a la acusación de “europeizante” defiende su aprendizaje europeo y agrega:

“Creo que no hay salvación para Indoamérica sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.”

Pero el librecambismo de Sarmiento, célebre degollador de gauchos y defensor de la hegemonía porteña sobre el interior no admite dudas y hasta emplea las mismas palabras que utilizará el marxista Mariátegui para defender la importación de productos extranjeros, setenta años antes:

“Cultivar la tierra será por mucho tiempo nuestro recurso industrial de preferencia.”

La firmeza con que Mariátegui abrazaba el pensamiento marxista y asumía la defensa revolucionaria del Perú, no admite dudas. Pero tampoco puede soslayarse el hecho de que la poderosa tradición del pensamiento económico librecambista de la oligarquía exportadora peruana deja su sello en las ideas económicas de Mariátegui en ese momento de su evolución hacia el socialismo. No resultaba esta actitud tan extraña para su época, pues en el Río de la Plata las ideas socialistas habían sido introducidas por el Dr. Juan B. Justo, traductor del primer tomo de “El Capital” y apasionado defensor del librecambismo. La singularidad del librecambismo predicado por un socialista de un país agrario o minero semicolonial residía en que pretendía asumir la representación del proletariado industrial defendiendo al mismo tiempo una política económica que tendía a impedir la formación de la clase obrera. He tratado el tema más detalladamente en otra parte.

La europeización de las ideas en las semicolonias de América Latina no sólo se ponía de manifiesto en la influencia de todas las escuelas estéticas del Viejo Mundo en auge, en la hegemonía del positivismo o en la reacción idealista antipositivista, así como en las doctrinas económicas de Adam Smith sino ante todo en la pérdida de sustancia revolucionaria del pensamiento marxista. Pues el librecambismo en una semicolonias no sólo significaba adoptar el criterio oligárquico contra la formación de una industria nacional, no sólo se dirigía contra

la burguesía, sino también contra el proletariado, cuya existencia y expansión amenazaba. Mariátegui, sin embargo, guardaba una gran distancia del socialismo cosmopolita pro-británico cuyas expresiones más características fueron el Dr. Justo en la Argentina y el Dr. Frugoni en el Uruguay.

En los “Siete ensayos” reaparecen huellas de antiguas afinidades: Sorel, Bergson, Croce. Mariátegui intenta sin éxito conciliar una especie de sincretismo filosófico, una actitud espiritualista con el materialismo histórico.

“Sabemos que una revolución es siempre religiosa, la palabra religión tiene un nuevo valor, un nuevo sentido. Sirve para algo más que para designar un rito o una iglesia. Poco importa que los soviets escriban en sus afiches de propaganda que la religión es el opio de los pueblos. El comunismo es esencialmente religioso.”

Más notable resulta aún encontrar en una cuidadosa lectura crítica de los “Siete ensayos” claras resonancias racistas, derivadas fuera de duda del auge positivista en América Latina. José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge y Alcides Arguedas, entre muchos otros, indagaron el “problema de las razas” como una cuestión cardinal determinante del atraso o maldición de América Latina. En nuestros días, el “mestizaje” como supuesto factor histórico, iría a encontrar su postrer refugio en algunas obras de Ezequiel Martínez Estrada. Al referirse a la inmigración china en el Perú, escribe Mariátegui:

“El chino... parece haber inoculado en su descendencia, el fatalismo, la apatía, las taras del Oriente decrepito...el aporte del negro, venido como esclavo, casi como mercadería, aparece más nulo y negativo aún. El negro trajo su sensualidad, su superstición, su primitivismo. No estaba en condiciones de contribuir a la creación de una cultura, sino más bien de estorbarla con el crudo y viviente influjo de su barbarie. El prejuicio de las razas ha decaído; pero la noción de las diferencias y desigualdades en la evolución de los pueblos se han ensanchado y enriquecido, en virtud del progreso de la sociología y la historia. La inferioridad de las razas de color no es ya uno de los dogmas de que se alimenta el maltrecho orgullo blanco. Pero todo el relativismo de la hora no es bastante para abolir la inferioridad de cultura.”

Riva Agüero no lo hubiera dicho mejor. A este respecto Mariátegui invoca como autoridad a Vilfredo Pareto, lo que ya es bastante decir, sobre todo porque afirma a renglón seguido que es preciso estudiar en los mestizos

“su aptitud para evolucionar, con más facilidad que el indio, hacia el estado social o el tipo de civilización del blanco. El mestizaje necesita ser analizado, no como una cuestión étnica, sino como cuestión sociológica.”

El examen de los “Siete ensayos” demuestra que Mariátegui reúne en dicho libro testimonios de su avance hacia el marxismo. Su heterogeneidad pone de relieve el pasado y el presente del autor; páginas notables y maduras nos demuestran el inminente Mariátegui a punto de ser cuando lo detuvo la muerte. Su estilo y su visión interna del mundo y del Perú, surgen a cada paso depurados de los detritus retóricos del “Paláis Concert”.

¿Bolchevique d’annunziano todavía?

¿Cuáles son las causas de la ruptura de Mariátegui con Haya de la Torre? ¿Cuáles son las relaciones entre Mariátegui y la Internacional Comunista? El tema merecerá un estudio particular. El jefe del aprismo no había ocultado nunca su resistencia a comprometerse con el marxismo al que la revolución rusa y la Internacional Comunista de los tiempos de Lenin y Trotsky habían impuesto su sello. Su declaración en un banquete de Londres acerca de que el APRA era en el Perú algo análogo al Kuo-Ming Tang chino, era la doctrina oficial de los grupos apristas. La tesis de Haya, con la que Mariátegui rompió, era la siguiente:

1ª El imperialismo que en los países avanzados es la última etapa del capitalismo, resulta ser la primera en los países atrasados. En otras palabras, reviste un papel progresivo, al despertar las dormidas fuerzas productivas.

2ª Como en los países latinoamericanos, precisamente por su escaso desarrollo histórico, la clase obrera o no existe o es insignificante, no corresponde fundar un partido “de clase” sino formar un “Frente de trabajadores manuales e intelectuales”, integrado por varias clases, para realizar la revolución antiimperialista. Esta revolución será la primera etapa de una larga evolución que al crear las condiciones materiales para la aparición de un proletariado y de una industria permitirá pasar en el futuro a la sociedad socialista.

Haya de la Torre desarrolló estos puntos de vista, a nuestro juicio profundamente erróneos, como parte de un notable esfuerzo para repensar América Latina como un todo. Nunca la pequeña burguesía latinoamericana se había elevado tan alta para apreciar el presente y futuro de América Latina como un “bloque nacional” y no, según lo tenían y tienen por costumbre los patriotas parroquiales y los izquierdistas cipayos posteriores, como un revoltijo turbulento de repúblicas bananeras, endemoniadamente distintas y opuestas las unas con las otras. Con Haya de la Torre retorna el pensamiento bolivariano, ligeramente marxistizado (puesto que, a la manera de los mencheviques rusos, Haya, como un “deus ex machina” otorgaba a cada clase social y a cada régimen social su papel en el vasto proceso de la historia universal e indicaba ceremonialmente el momento de la entrada a la escena de cada uno).

La política stalinista posterior a 1930 va a sembrar la desolación en América Latina. La muerte de Mariátegui, de una parte, y la expansión y arraigo de masas del aprismo, por el otro, permitirán a Haya de la Torre por un tiempo ocupar toda la escena. En apariencia, no había en el Perú otro camino que el que ofrecía un gran caudillo nacionalista socializante, puesto que las tácticas espasmódicas del stalinismo obedecían únicamente a los cambios de frente de la diplomacia soviética, como en los restantes grupos stalinistas del mundo. En definitiva, Mariátegui, poco antes de morir, había roto con el aprismo y con el stalinismo por las siguientes razones:

Su ruptura con el aprismo obedecía a la renuncia de Haya de la Torre a concebir a la clase obrera como a la clase dirigente de la revolución nacional latinoamericana.

Su ruptura con el stalinismo en la Conferencia de Montevideo (de 1929) se produjo a causa de la resolución imperativa de dicha conferencia para luchar en el Perú por el establecimiento de las Repúblicas Quechua y Aymará como Estados independientes. De ese modo, los burócratas stalinistas concebían la cuestión indígena peruana como una cuestión nacional. Los “delegados de la Internacional” pretendían aplicar al Perú semi-colonial la consigna leninista de la autodeterminación. Pero al revés de lo que sucedió en el imperio zarista, donde Lenin planteaba a los pueblos oprimidos por el yugo gran-ruso el “derecho a separarse”, en América Latina la consigna debe expresar el “derecho a unirse”, puesto que ya el imperialismo se reservó el de dividirnos. Mariátegui, con acierto, consideraba que ese problema estaba absorbido por la cuestión agraria. Lejos de comprender que la cuestión nacional del Perú consistía en integrarse con el resto de los estados latinoamericanos para formar la Nación latinoamericana inconclusa, el stalinismo propendía a fragmentar más todavía a América Latina, agregándole dos nuevos países a la abundante floresta institucional de la balcanización.

Mariátegui no asistió a dicha Conferencia latinoamericana. Ya estaba muy enfermo. Envió para su discusión un documento titulado “Punto de vista antiimperialista”, que no fue aprobado. Consideremos las ideas básicas del documento:

Se declaraba partidario de una *“absoluta independencia frente a la idea de un partido nacional- burgués y demagógico.”*

“La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista.”

“Ni la burguesía ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política antiimperialista. Tenemos la experiencia de México, donde la pequeña burguesía ha acabado por pactar con el imperialismo yanqui.”

“Somos antiimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico llamado a sucederlo.”

Como está a la vista, Mariátegui rechaza el carácter nacional y democrático de la revolución latinoamericana: ella es “socialista”. Si tuviera ese carácter, los “Siete ensayos”, en particular la cuestión del indio y la cuestión de la tierra, no podrían haber sido escritos. Una revolución de contenido socialista supone que ya el capitalismo ha desarrollado ampliamente todos los requisitos técnicos y productivos de su régimen social. Ahora bien, ni el Perú ni América Latina han sufrido hasta hoy por exceso de capitalismo sino por su escasez. Este hecho es el que determina su carácter *nacional* (porque América Latina es una Nación fragmentada) y *democrático* (porque la inexistencia o debilidad de su burguesía no han permitido eliminar las formaciones precapitalistas o parasitarias que se oponen a su crecimiento económico- social).

Suprimir verbalmente las tareas nacionales y democráticas que exhibe la realidad social de América Latina significa eliminarse políticamente de las grandes batallas que se libran para realizarlas. Generalmente esto conduce a consolidar la hegemonía de jefes o clases no proletarias en la dirección de los movimientos nacionales que se forman en las colonias o semi-colonias. El papel de los grupos ultraizquierdistas que contemporáneamente sustenta puntos de vista semejantes es demasiado elocuente para comentarlo.

En cuanto a la afirmación b) de Mariátegui de que ni la burguesía ni la pequeña burguesía pueden hacer una política antiimperialista, fundado *“En la experiencia de México”*, no resiste el menor análisis. Justamente en México, sólo 5 años más tarde, el General Cárdenas iniciaba la etapa más profunda de la revolución mexicana, distribuía tierras de los terratenientes, nacionalizaba el petróleo y los ferrocarriles de los imperialistas y atraía sobre sí el boicot de las grandes potencias. Fuera de México, tal juicio de Mariátegui (que ha hecho fortuna en toda América Latina, sobre todo en las microsectas universitarias y entre la izquierda académica bienpensante del género de Gunder Frank, Dos Santos y análogos) pondría fuera de la historia al grupo pequeño burgués democrático jacobino encabezado por Fidel Castro desde 1953, que luego se transformó en nacionalista y más tarde, desde el gobierno, en socialista. En materia de actos antiimperialistas realizados desde fuera del gobierno por movimientos nacionales populares, de contenido económico social burgués y socializante, citaremos a Busch, Villarroel, Perón, Vargas, Paz Estensoro (en su primer gobierno) el coronel Caamaño, Juan Bosch y el general Velazco Alvarado. Este último, en el Perú, ha emancipado a los indios después de (aproximadamente) un milenio de una condición servil que provenía de la consolidación del Imperio Incaico, hasta la succión española, la era Republicana y llegaba a nuestros días. Todas las personas mencionadas pertenecen a la pequeña burguesía o burguesía nacional, sea por sus ideas políticas o por su posición social, y todos ellos han entrado a la historia de las luchas sociales de América Latina porque expresaron o expresan las esperanzas de millones. Si la historia latinoamericana debiera esperar a que sólo la “revolución socialista” – sin discutir qué significado mucha gente le atribuye a esta expresión- llegara nimbada de aurora para que un indio peruano deje de arrodillarse ante el gamonal o para que un pongo boliviano pueda votar y disponer de un pedazo de tierra, entonces deberíamos aguardar a que los grandes países capitalistas modelos realizaran una revolución que aún no se observa en el horizonte y luego, como aspiraba hace 70 años la socialdemocracia europea, extendiera su bondad marxista hacia las tierras bárbaras. Puesto que, para decirlo una vez más y de una manera diferente, las masas no proletarias de un país pobre y atrasado no pueden percibir el significado del socialismo, que es la doctrina de la clase obrera industrial, si el reducido proletariado de ese país semi-colonial no se dirige a ellas reivindicando lo que para ellas constituye su aspiración profunda: esto es, liquidación del gamonal, incorporación del indio a la civilización, nacionalización de las grandes industrias y propiedades imperialistas, democracia política, protección crediticia,

alfabetización, planificación, protección de la pequeña y mediana propiedad y apoyo a los comerciantes, capitalistas pequeños y medianos. Ahora bien, tales consignas no son socialistas, pero si las esgrime y las aplica el partido revolucionario socialista grandes masas de la población lo sostendrán en su lucha para abrir el camino a tales partidos y depositarán su confianza en los líderes civiles o militares, burgueses o pequeño-burgueses, ateos o tomistas, de izquierda o de derecha, que respondan a sus aspiraciones. Si Ho-Chi-Min o Mao hubieran formulado un programa puramente socialista a sus pueblos, hoy vivirían en Hong-Kong o en París. Por su parte, nadie ignora que entregar la tierra a los campesinos, como lo hizo Lenin en 1917, no es precisamente una medida socialista, sino burguesa. Si los bolcheviques hubieran planteado a los campesinos colectivizar sus tierras, al poco tiempo hubieran pasado el resto de sus días en Ginebra estudiando estadísticas. Lo mismo puede decirse de Fidel.

En el apartado d) Mariátegui afirmaba:

“Somos antiimperialistas porque somos marxistas. Porque oponemos al capitalismo el socialismo como sistema antagónico llamado a sucederlo.”

Cada palabra es un error. Si sólo los marxistas son antiimperialistas y si los marxistas, en su lucha antiimperialista oponen al capitalismo el sistema socialista, es que dichos marxistas carecen de porvenir en la revolución que preconizan. El antiimperialismo es una acción política que se desarrolla en un país colonial o semi-colonial. Los países coloniales o semicoloniales se designan como tales precisamente porque el imperialismo y las oligarquías internas le han impedido crecer, esto es, llegar al capitalismo plenamente. Si los países coloniales y semicoloniales más o menos típicos (América Latina, Medio Oriente, África) hubieran desarrollado un poderoso sistema capitalista nacional, no hubieran sido considerados como países atrasados y en consecuencia, no es pertinente oponer a un capitalismo subdesarrollado un socialismo que corresponde a un país avanzado. En los países históricamente rezagados, por el contrario, la lucha antiimperialista, tal cual la describe Lenin, consiste justamente en que no se trata de una lucha anticapitalista. Pues la acción antiimperialista supone la confluencia de varias clases sociales. Este tipo de lucha adquiere forzosamente un contenido nacional, ya que el imperialismo es extranjero además de expoliador. La lucha anticapitalista, en cambio, puede suponer un ataque contra capitalistas nativos. Esa circunstancia disminuye peligrosamente el poder de la lucha nacional, que también se integra con capitalistas de las más diversas categorías. Por esa razón, Lenin sostenía que para los países atrasados correspondía promover la formación del Frente Único Antiimperialista (o Frente Nacional). Para los países avanzados, sostenía la formación del Frente Único Proletario. Si algún marxista deseara proponer en Inglaterra el Frente Nacional, sería un perfecto reaccionario, como lo son los laboristas, ya que las tareas nacionales de la revolución inglesa las realizó en el siglo XVII Oliverio Cromwell. Hoy sólo puede plantearse en Gran Bretaña la lucha directa por el socialismo. Por el contrario, si algún marxista propusiese en un país atrasado la integración de un Frente Único Proletario, sería el paradigma del sectario. Su desconocimiento de las particularidades nacionales de un país atrasado sería castigado con el aislamiento a que lo reducirían las masas.

El “Frente Único Proletario”, planteado en el Perú, por ejemplo, llenaría de placer al imperialismo, pues dividiría a la clase obrera (minoritaria) del océano campesino. La coincidencia entre imperialismo e izquierda ultracipayá ha llegado a ser un fenómeno corriente en América Latina.

En su último escrito programático conocido, Mariátegui incurre en los errores que hemos mencionado. Entonces ¿bolchevique d’annunziano en definitiva? No nos apresuremos. Consideremos ahora a Haya de la Torre. Su tesis acerca de que el imperialismo constituye un factor progresivo en su primera etapa de contacto con los países coloniales o semicoloniales, llevaba en germen la capitulación de 1940. El antiimperialista de 1931 descubriría en Franklin Roosevelt inéditas virtudes. Ante la guerra imperialista, Haya trocaría su antiimperialismo por el antifascismo. Se declaró dispuesto a colaborar con las

democracias, que eran preferibles a los totalitarismos. El enorme edificio teórico y político se derrumbó ante la prueba de los hechos. El más grande movimiento que había aportado a la historia latinoamericana la Reforma Universitaria se arrodillaba ante el Moloch del Norte y abjuraba de su programa. Nadie, realmente, podía volver a confiar en la pequeña burguesía peruana aprista que había ambicionado encabezar el Frente Antiimperialista, rechazando al mismo tiempo la hegemonía del pensamiento socialista. Es cierto que el aprismo había organizado a grandes masas populares del Perú mestizo y que había introducido en la acción política y sindical a la clase obrera, a los artesanos, a los agricultores capitalistas, a los marginales. Había pensado al Perú y el Perú había terminado por digerir al APRA. Pero el peligro que el aprismo representaba era tan enorme, y la banda de vampiros aristocráticos de la costa tan infame, que durante treinta años lograron mantener su alianza con el Ejército y perseguir, calumniar y proscribir a Haya de la Torre.

Finalmente, lograron vencerlo al introducir en el espíritu del jefe aprista la convicción de que su triunfo como revolucionario nacionalista era imposible. La oligarquía, en su extrema dureza, ablandó al Haya de 1931 y le permitió participar lateralmente del poder, del parlamento, de las municipalidades, de los ministerios. El APRA se convirtió en el guardián de la lucha contra el comunismo. Llegó a ser el partido de los denunciadores de la guerrilla y de los acusadores de las acciones armadas. Si en algún país latinoamericano la pequeña burguesía se había elevado a las más altas perspectivas políticas y organizativas como clase y había visto frustradas más amargamente sus esperanzas y las esperanzas de una generación, ese país era Perú.

Aquella clase media que en Perú, como en el resto de América Latina, se había formado y había relativamente prosperado gracias a la penetración del capital extranjero, esa pequeña burguesía profesional, universitaria y comerciante o intermediaria, que era “democrática” porque el imperialismo era “democrático” se identificó durante largos años con el APRA. Ahora, que el gobierno militar de Velasco Alvarado realiza gran parte del programa del APRA sin el APRA. Ahora que comienza la transformación de la sociedad peruana que de algún modo le había hecho un lugar mediocre, pero seguro a la clase media justamente ahora sus hijos combaten en la Universidad al Ejército que liberó a los indios. Naturalmente que lo hacen con la palabrería de “izquierda” que en América Latina se emplea para combatir a los gobiernos nacionalistas que suscitan problemas al imperialismo.

Toda la concepción aprista de la revolución latinoamericana giraba alrededor de la idea de que el imperialismo, de alguna forma, aparecía como el introductor de la “revolución técnica”, es decir, del capitalismo. Pero la renuncia teórica expresa de Haya de la Torre a luchar por el socialismo mediante la movilización de las masas con consignas patrióticas, llevó a su movimiento a un callejón sin salida. En cierto modo, quedó al margen de la historia viva, como las tesis de Mariátegui. Se equivocaba Heysen al designar a Mariátegui como “bolchevique d’annunziano”. En realidad, Mariátegui venía de D’Annunzio y marchaba hacia Marx. En cambio, su antiguo amigo y compañero Haya de la Torre provenía de Marx y concluyó junto a Franklin Roosevelt. Considerarlo como “bolchevique d’annunziano” era una cruel injusticia cometida hacia Mariátegui. Pero el “menchevismo rooseveltiano” era una incuestionable verdad.

La disociación entre un socialismo como el de Mariátegui, que no concebía a América Latina como una nación inconclusa y el nacionalismo de Haya, que rechazaba el papel dirigente de la clase obrera en la revolución nacional unificadora de la Patria Grande fue una evidencia trágica de la inmadurez histórica de los latinoamericanos en el primer tercio del siglo XX. Si se fusionara a ambos, brotaría de ellos un socialismo criollo rebosante de originalidad.

Setiembre de 1973.

Capítulo 6

Lord Ponsonby y la invención del Uruguay

El libro de Luis Alberto Herrera sobre la “Misión Ponsonby” reviste un doble interés⁴. En primer término, exhibe una impresionante cantidad de documentos copiados en el archivo de Foreign Office de Londres, de los que brota elocuentemente el papel decisivo desempeñado por la diplomacia inglesa, en especial por Canning y Ponsonby, en la creación del Uruguay como Estado independiente. En segundo lugar, la obra arroja una luz peculiar sobre la historia de las ideas políticas en la sociedad uruguaya y, sobre todo acerca del pensamiento de un célebre caudillo político de la tierra purpúrea, Luis Alberto Herrera.

Durante varias décadas, hasta su muerte en 1959, Herrera fue la figura central del viejo Partido Nacional o Blanco. Su autoridad en dicho movimiento, que participó varias veces en el gobierno de su país, sin lograr triunfar electoralmente nunca, salvo en el último año de la vida de Herrera, fue inmensa. Era un hombre de vasta ilustración histórica y un astuto jefe político a la criolla. Había montado a caballo en su juventud en las guerras civiles junto al legendario Aparicio Saravia y remontando caballadas en las estancias próximas a la frontera en medio de un remolino de lanzas, pero también había almorzado pulcramente en el Palacio de Buckingham con el rey Jorge V de Gran Bretaña (y emperador de la India). Herrera era el prototipo del gauchi-doctor, característico de las pampas regadas por el Plata en una época desaparecida para siempre. Había iniciado el revisionismo histórico en su país con el *drama del 65*, donde examina la política del mitrismo porteño y el aniquilamiento del Paraguay. En la guerra del Chaco militó en las filas del ejército paraguayo, pues creía en la unidad de destino de paraguayos y orientales y temía una nueva catástrofe sobre la tierra de Solano López. Durante la segunda guerra imperialista de 1939-1945, la mayoría de la clase media del Uruguay prestaba su apoyo a la causa de los aliados anglo-franco-yanquis y deseaba intervenir en algún modo en el conflicto. Herrera defendió tenazmente la neutralidad. Sus adversarios, incluidos los comunistas, lo acusaron de “nazi” y pidieron la cárcel para él. Se opuso igualmente a la instalación de bases militares extranjeras en el Río de la Plata, negó su concurso al gobierno en 1950 para enviar tropas uruguayas a la guerra de Corea, como lo exigía el gobierno de los Estados Unidos y fue el único y declarado amigo de Perón en un Uruguay liberal, democrático y antiperonista durante la década 1945-1955.

¿Cómo se explica, entonces, que este libro constituya la más asombrosa apología al imperio británico que se haya escrito jamás fuera de Inglaterra? Para colmo, este himno en prosa al genio político de Canning lo escribe un oriental en recordación del papel jugado por Ponsonby en la creación de la República del Uruguay, lo que equivale a decir que se trata de un homenaje escrito a la fragmentación de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta feroz paradoja sólo puede ser descifrada a la luz de la evolución sufrida por la sociedad uruguaya desde la conclusión de las guerras civiles.

Cuando Herrera se incorpora a la vida política de su país en la década del 90, la sombra de Artigas comienza a corporizarse. Había sido arrojado a un abismo de olvido después de la derrota a manos de los porteños y del portugués; pero después de hundirse su proyecto de una Nación sudamericana, federando las provincias, una de ellas se erigía en Nación y transformaba al unificador olvidado en su héroe de bronce. Herrera forma sus ideas en una Banda Oriental que desde hace medio siglo se llama Uruguay. Es un país fundado con la garantía británica, que disfruta de una economía agraria floreciente incrustada en el sistema mundial de Gran Bretaña.

A semejanza de la Argentina, Uruguay empieza a desarrollarse como una gran planta fabril de productos cárneos, que abastece sin competidores los mercados europeos, gracias a los bajos costos derivados de la fertilidad natural de las mejores tierras del mundo. Separado

⁴Editado por Eudeba en 1975 y degollado por su director, el socialista Luis Pan en 1977. Ver nota introductoria de este libro.

por Canning de las viejas Provincias Unidas del Río de la Plata , poseedor de una gran pradera, de una hermosa capital y de un excelente puerto de profanidad natural, el Uruguay se constituye en un país que prospera gracias a las ventajas climáticas, a una población reducida y a la protección de la gran amiga británica.

Mientras América Latina esclavizada se consume en el hambre, el Uruguay se revela como un notable ejemplo de instituciones democráticas, con su apacible Capitolio Blanco, una especie de Westminster criollo que funciona sin sobresaltos y donde los oradores no cargan pistolas. La relación estructural entre el intercambio de lanas, carnes, cueros y cereales y la importación de artículos industriales está respaldada por una renta agraria que permite a un millón de orientales gozar del nivel de vida de una ciudad europea, sin salir de la condición de una República compuesta de pastores y burócratas. Aunque esa rara felicidad depende de las carnes rojas, se explica la satisfacción reinante en el Uruguay por cuanto semejante estado se prolonga desde comienzos de siglo hasta iniciarse la década del 60. Su fase culminante se puede situar entre 1904 y 1930, entre la muerte de Aparicio y la crisis mundial. Pero como un régimen de producción determinado engendra una sociedad de rasgos específicos, el Uruguay, nacido de una pradera abundante, ofreció a la mirada de América Latina fenómenos que jamás pudieron reproducir los enfermizos Estados latinoamericanos, salvo en los textos vacíos de sus admirables constituciones; una gran clase media propietaria de viviendas confortables; un régimen provisional de retiros sin paralelos (una sola persona podía llegar a acumular hasta tres o cuatro jubilaciones: había jubilados de 40 años); una clase obrera pequeña y relativamente bien remunerada; el mejor índice de escolaridad de América Latina; la más baja proporción de nacimientos; el más bajo índice de mortalidad; irrestrictas libertades públicas, un partido socialista librecambista y un partido comunista admirador a la vez de Stalin, de Batlle y de Franklin Roosevelt. Muchos liberales extasiados emitieron la opinión de que tales maravillas eran el resultado del buen funcionamiento de las instituciones parlamentarias, que a su vez permitía la prosperidad. Jauretche señaló marxísticamente (¡quién lo diría!) que, por el contrario, si las instituciones democráticas funcionaban bien esto se explicaba por la prosperidad. Jóvenes jubilados, una rica y refinada literatura, profusión de becados por el Consejo de Cultura Británica o por el Departamento de Estado que se lanzaban a conocer el mundo, abundancia de alimentos y de libros, prensa de izquierda para satisfacer a un público ávido de información sobre las revoluciones lejanas, protección a las madres solteras, a los niños y ancianos, ley de divorcio, ferrocarriles y servicios públicos nacionalizados (hasta el expendio de leche), mutualización generalizada de la medicina, ese admirable Uruguay se enfrentaba pacíficamente cada cuatro años, en fecha electoral. Los dos partidos históricos, el Colorado y el Blanco, llegaron a sellar un pacto bastante simbólico de semejante sociedad: el partido triunfador se reservaba el 60% de los cargos públicos; y el derrotado, disponía del 40% restante. A este convenio equitativo, la prensa uruguaya designaba risueñamente como “el reparto de las achuras”.

En ese Uruguay británico surgido de la balcanización de América Latina y, de algún modo, beneficiario de dicha balcanización, se formó Herrera. En procura de alguna justificación histórica escribió *La Misión Ponsonby*. Del presente libro, se desprende lo siguiente: Artigas no fundó el Uruguay; lo fundó Ponsonby. El Protector de los Pueblos Libres se había propuesto construir una gran federación de provincias con un gobierno central. Ponsonby, en nombre del imperio, dijo a Roxas y Patrón:

“El gobierno inglés no ha traído a América a la familia real de Portugal para abandonarla. Y la Europa no consentirá jamás que dos estados, el Brasil y la Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del Sur, desde más allá del Ecuador hasta el cabo de Hornos”.

La vida de Herrera conoce tres etapas fundamentales: su juventud, que transcurre en los últimos años de la estancia criolla y del enfrentamiento declinante entre ese mundo arcaico y los nuevos intereses urbano- rurales ligados a la época exportadora encarnada por Batlle y Ordoñez. En la segunda etapa de su existencia, el Uruguay conoce un bienestar y una

lozanía económica y social sin precedentes. Es el período en que Herrera compone *La Misión Ponsonby*. En la tercera, que es la de su vejez, luego de la prueba de la segunda guerra mundial y del crepúsculo del Imperio Británico, que a duras penas puede garantizarse a sí mismo y mucho menos estaba en condiciones de garantizar al Uruguay. Herrera va cambiando radicalmente los puntos de vista que expone en *La Misión Ponsonby*. El Uruguay posterior a 1945 aún se mantiene en pie, goza todavía serenamente del premio a su insularidad, pero ya se insinúan en el horizonte los relámpagos de una crisis irresistible. Herrera advierte la significación de los nuevos tiempos. Daré aquí un testimonio personal, que excusará el lector. Conocí a Herrera en 1950, en Montevideo. Me sorprendió su simpatía y declarada estima por mi libro *América Latina: Un País*, que el diputado peronista de origen conservador José Emilio Visca acababa de secuestrar en la Argentina. En dicho libro me permitía designar al Uruguay como a la “Gibraltar en el Río de la Plata”. Afirmaba categóricamente mi convicción de que Canning había intervenido en nuestro río padre para debilitarnos y para fortalecerse. Al darme un abrazo, el viejo caudillo me dijo:

Cuidado mi amigo con sus verdades, que lo van a colgar.

Sentí, en ese momento, que Herrera era otro y que el autor de *La Misión Ponsonby* había dejado de existir en 1930. No hay nada de extraordinario en ese cambio. El Uruguay se precipitaba hacia una crisis irrevocable, y los jóvenes ilustrados de buena familia que se habían iniciado en las filas del Partido Socialista intemporal y aséptico fundarían más tarde el movimiento de los Tupamaros. Buscaban oscura y heroicamente las huellas perdidas de una vieja historia olvidada. Eran los rastros de Artigas que montaba de nuevo a caballo y se disponía a romper en pedazos los tratados de Ponsonby. En aquel 1928 en que Herrera reúne en Londres los documentos que ahora publicamos por primera vez desde esa fecha, cada uruguayo (y Herrera, con su intuición de historiador y de político) advertía que la paz interna y el nivel de vida de la Banda Oriental, eran una verdadera bendición, un nirvana único y deseable. Nadie quería renunciar a él. Ángel Floro Costa había titulado un libro sobre el Uruguay precisamente así: *Nirvana*. Ni en el Uruguay de 1928 ni en la Argentina de la misma época, podía encontrarse un solo “antiimperialista inglés”. En el mejor de los casos había una legión de “anti yanquis” que protestaban por las tropelías norteamericanas en el Caribe. Pero Raúl Scalabrini Ortiz era impensable en 1928 en ambas márgenes. De algún modo había una conformidad general implícita en el hecho de que las relaciones con Gran Bretaña eran tan normales como podían serlo. Faltaba la perspectiva histórica para descubrir que habían sido relaciones óptimas, si se tiene en cuenta que los ingleses, en otras partes del mundo, habían empleado la brigada ligera para asumir su control directo en las regiones rebeldes. Justamente Scalabrini Ortiz encuentra después de 1930, en la lectura de *La Misión Ponsonby*, las pruebas de que Inglaterra era la autora de la segregación del Uruguay. Antes de esa fecha, el gran escritor argentino se consagraba a la literatura. Destruído el mito del patrón oro y la ciega seguridad de las colonias, el sector más militante de la pequeña burguesía argentina, procedente del radicalismo – FORJA – se lanza, con Jauretche y Scalabrini Ortiz, a la búsqueda de los orígenes. Se encontrarán con *La Misión Ponsonby*. Pero también la apología de Herrera se trueca por obra de la bancarrota mundial y del papel que en dicha bancarrota juega Gran Bretaña, en la prueba para condenarla. El mismo libro servía, año 1930 por medio, para dos tareas opuestas.

Es muy singular que Artigas, al enterarse por boca de los amigos que van a buscarlo al Paraguay para que regrese, que se ha escrito en la Banda Oriental una constitución y fundado una República, rehúse volver con estas palabras: “Ya no tengo patria.” Su patria era más grande. En 1928, Herrera dedicó el libro que glorificaba a Ponsonby de este modo: “A mi patria.” Treinta años más tarde, los estancieros, importadores, industriales y banqueros que había engendrado la insularidad, y que se aprovecharon de ella, conducían al despreocupado Uruguay de la era británica a la dictadura militar. Ponsonby realmente había muerto y Artigas estaba más vivo que nunca.

Capítulo 7

La victoria de Malvinas

La autopropaganda inglesa durante siglos transformó en frase común el hecho incierto de que “Gran Bretaña perdía todas las batallas y ganaba todas las guerras.” Ahora ha ocurrido lo contrario. En estas líneas me reduciré a exponer ese hecho irrefutable.

En los últimos cien años la Argentina se integró al mercado mundial dominado por las potencias anglo-sajonas. Desde Roca hasta hoy, en que el sistema ha saltado por los aires, nuestro país se desarrolló como provincia agraria de Europa. La articulación entre la Europa Industrial y la Argentina exportadora de productos primarios permitió un prodigioso crecimiento hasta 1930. En la crisis mundial, la orgullosa factoría de estancieros gordos y vacas flacas se estrelló como el “Titanic” en el iceberg de la década. Volvieron todos los parásitos de París, aterrados por la baja de los precios del ganado. Se hizo célebre la frase.”Quel difference, de Paris a l’estance.”

Gracias a la depresión mundial, se abrió la posibilidad en los países semicoloniales, de iniciar la marcha hacia la industrialización. La segunda guerra benefició de nuevo a la Argentina al aislarla de las potencias occidentales, absorbidas por sus sangrientas querellas. La prosperidad del mercado interno, los nuevos obreros, la joven burguesía industrial y la aparición de Perón son los signos externos de la nueva época. El nacionalismo industrial de Perón, sin embargo, encontró en la oligarquía un implacable enemigo.

Aunque el peronismo constituyó un gigantesco avance industrial en todos los órdenes, la hegemonía cultural de la europeización en el sistema cultural y educativo no cedió.

Parte de las clases medias, a la rastra de los patrones de prestigio de la sociedad oligárquica, constituyó la “base de masa” del poder imperial y sus aliados internos. Como había ocurrido en las dos guerras mundiales (1914-1918 y 1939-1945), la partidocracia y una parte notoria de la “inteligencia” sostuvieron arduosamente a los “aliados” anglo-yanquis o sea a los explotadores coloniales directos de la Argentina. Esas mismas fuerzas conspiraron contra Perón entre 1946 y 1955, en que lograron derribarlo.

Se trataba de los mismos sectores “democráticos” que a partir del 2 de abril se niegan a aceptar el carácter heroico de la gesta, se obstinan en pagar la deuda externa a la banca inglesa y tienden una cortina de humo sobre este grandioso acontecimiento del siglo XX. Han reemplazado todo análisis sobre el imperialismo invasor por una insustancial palabrería dirigida a los comicios. Son los apóstoles vacíos de la “democracia formal”. Ayer reverenciaban a Roosevelt y a Churchill. Hoy lo hacen con Mitterrand, Felipe González y otros escandinavos. Todos ellos son representantes del colonialismo europeo, bloqueadores de la Argentina. De este modo, la guerra de Malvinas, como lo afirma burlescamente la señora Thatcher, habría sido la lucha de la “democracia inglesa” contra la “dictadura argentina”. Quien esto escribe ha sufrido varios procesos y detenciones a manos de este régimen que agoniza⁵. No tengo benevolencia hacia Galtieri ni hacia ninguno de sus colegas anteriores o posteriores. Pero comprendo muy bien a la partidocracia sucesora de Saturnino Rodríguez Peña (aquel que ayudó a escapar al general Beresford, cuando la primera invasión inglesa). No falta entre ellos quienes proponen el día 2 de abril como “día de luto”.

Gracias a esa sociedad anglófila que venera a Europa o a EE.UU, se formó una clase “democrática” devota de todas las guerras ajenas y héroes alógenos. Son el producto directo de esos bachilleratos franceses importados por Mitre, indiferentes a la América Criolla, capaces de ahogar en un hastío glacial las mejores vocaciones y las rebeliones más originales, seguidos de una universidad productora de especialistas indiferentes al destino nacional, siempre dispuestos a emigrar por un buen contrato en el exterior. ¡Cómo para entender la guerra de Malvinas con un sistema cultural que reposa en el dilema sarmientito de “civilización o barbarie”, que según cabe imaginar sitúa la barbarie en América y la

⁵ escrito en 1983

civilización en Europa! Se trata del mismo Sarmiento que había escrito al general Mitre: “No ahorre sangre de gauchos. Son lo único que tienen de humano.” A su lado, ¿Podrían entender la guerra con Inglaterra los “izquierdistas portuarios”, tan alejados del drama argentino como los terratenientes que vivían en Europa?

La primera pregunta que brotó en todos los labios de la Argentina Ilustrada fue: ¿Por qué razón ocupó Galtieri las islas? ¿Qué propósitos se ocultaban detrás del acontecimiento? ¿Ambiciones personales, etcétera? Cuando la flota inglesa avanzó armada hasta los dientes, tras la hipócrita euforia inicial, todos empezaron a retroceder, a murmurar, a conspirar. Así se gestó una intriga palaciega de políticos nativos y embajadores extranjeros destinada a derrocar a Galtieri y facilitar un “gobierno de transición” hasta el ansiado comicios. A esta Argentina político-institucional se le ocurrió entonces calificar al 2 de abril con la frase de: “Una aventura irresponsable.” Según se sabe, es la tesis británica. Los cipayos (vocablo hindú que designaba de ese modo a los nativos aliados al usurpador inglés del suelo nacional) estaban horrorizados. Borges sentía que se hundían las columnas de Hércules. Los “demócratas” consideraban que esa heroica lucha contra el imperialismo no podía ser realmente legítima porque procedía de un gobierno malo y de Fuerzas Armadas que no merecían confianza. Pero lo notable de los aspectos políticos de la guerra de Malvinas es que la mayor parte de los partidos políticos argentinos habían apoyado directamente al régimen nacido el 24 de marzo de 1976 y habían ocupado (y siguen ocupando hoy) miles de cargos, desde intendentes hasta ministerios provinciales, ministerios nacionales y embajadas. Solo se alejaron del gobierno (pero no de los cargos mencionados) cuando el histórico giro del 2 de abril puso en evidencia que la Argentina había entrado en conflicto con las pérfidas potencias del Occidente colonialista y sus aliados de la usura mundial. Entonces descubrieron muchos de estos partidos que este régimen era una dictadura.

Pero cuando está en juego el suelo de la patria, sólo un cipayo puede preguntarse si el gobierno que conduce la guerra le gusta o no. Si San Martín hubiese renunciado a luchar contra el Imperio español al descubrir a su llegada a Buenos Aires la catadura de Rivadavia y Pueyrredón, quizás seríamos todavía súbditos del rey de España.

El pueblo argentino y los hermanos de la Patria Grande comprendieron instantáneamente que la Argentina había emprendido una gran gesta. El 3 de abril, hasta los ultrademócratas y los severos “izquierdistas” se informaron que los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, etc., habían votado contra nuestro país, en el Consejo de Seguridad mientras que China, la URSS, Polonia y España, se abstenían. Sólo votó a nuestro favor la gallarda República de Panamá, por la boca de su canciller Illueca. El apoyo provenía del legendario suelo al que había convocado Bolívar en 1826 para fundar entre todos una “Nación de Repúblicas.”

Con las tropas argentinas en las Malvinas, saltó en pedazos el TIAR y la Doctrina Monroe, los simuladores de la “democracia” europea y los admirados yanquis de Alexis de Tocqueville, en suma, los modelos ideales en que habían sido educados los oficiales de las tres armas en la Argentina. Volvimos nuestras miradas hacia la América Latina. Nicaragua sandinista nos apoyó lo mismo que Cuba. Por encima de todo, éramos latinoamericanos. Y este hecho de trascendencia mundial, que reubicaría a la Argentina en el campo del Tercer Mundo junto a aquellos pueblos que como nosotros luchaban por su independencia nacional, sería objeto de una feroz campaña de “desmalvinización” que no cede ni un solo día.

El 2 de Abril resolvió con el irresistible poder de los hechos esta paradoja: las mismas fuerzas armadas que habían entregado el poder económico durante siete años a los abogados de Inglaterra y Estados Unidos, se enfrentaron con los amos imperiales y rompieron a cañonazos esa alianza. Por esa causa, Gran Bretaña ganó una batalla y perdió la guerra.